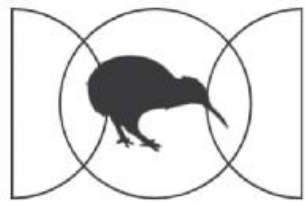
LARS VINTERGATAN

EL SÍNDROME KIWI

FOTOS DE JOSEMANUEL FERRER

El síndrome kiwi



Lars Vintergatan
Con fotografías de Josemanuelerre

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Edición autopublicada en España, abril de 2019.
Título original: El síndrome kiwi.
Copyright © Edición original de 2019 por Lars Vintergatan en su texto y Josemanuelerre en fotografías.
http://www.josemanuelerre.com/
http://larsvintergatan.wordpress.com/

Primera edición física: Sevilla, abril de 2019.
ISBN: 9781795821308
Safe Creative identifier: 1903020123201

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Para todos los que conviven con su monstruo.

Prólogo

Jules y el momento

Abraham Eagle

Haere y el firmamento

Barbra Webbe

Jules y la mentira

Midred Patel

Connor y la verdad

Kevin Natana

Adler y la oportunidad

Benjamin Webbe

Jules y la realidad

Sarah Eagle

Connor y el miedo

Veronica Chase

Haere y la libertad

Bianca Wagner

Adler y la ocasión

Edward Green

Haere y el vértigo

Pamela Fraser

Jules y el azar

Ekara

Otras obras

AGRADECIMIENTOS

Gracias a los lectores que sacrificaron su tiempo en corregir este despropósito, Koldo, Bibiana y Miguel, sin vosotros no hubiera sido posible llegar a la meta.

Gracias a Josemanuelerre por las fotografías que ayudaron a dar forma a esta historia, lo que comenzó con terror ha cambiado a forma de letras que espero estén a la altura. También a Bibiana por sus dibujos que trazan un camino inesperado.

Y finalmente a todos los que disfrutan con mi escritura y que espero sepan leer entre líneas lo que a veces se esconde para ser sentido más allá de una primera impresión.

PRÓLOGO

Solo el sonido del crepitar de las llamas se oía entre las paredes de la cocina. No era para cocinar, nadie iba a comer. Tampoco para calentar el ambiente, en verano no hacia falta ni siquiera en esa esquina de Nueva Zelanda. Un hombre estaba tumbado en el suelo, solo movía sus ojos incrédulos por el techo en busca de la luz del fuego que comenzaba a inundar todo. La sangre rodeaba su cuerpo formando un charco del que sería imposible calcular el volumen; toda la que él había perdido hasta que su conciencia también se había ido durante un instante.

Era extraño eso de sentir frío y a la vez comenzar a abrasarse, aunque lo que de verdad le hizo sacar las últimas fuerzas fue comenzar a no poder respirar. Sus pulmones entraban en pánico a la vez que salía del aletargamiento en el que se había sumido un momento antes. Intentó incorporarse, no fue posible. No quería morir, deseaba poder cumplir su último sueño. Probó a colocar sus manos para girar e impulsarse hacia la puerta de salida de la cocina. Nada garantizaba que viviera si llegaba al exterior, el aire era una necesidad entre otras muchas. Su falta de sangre le empujaba al sueño otra vez, a rendirse al que se había decidido que fuera su destino, pero el mismo tacto de ella le hizo comenzar a reptar y resbalar lejos del fuego que comenzaba a devorar con animosidad lo que encontraba.

Al menos su herida del cuello había dejado de sangrar un segundo, tampoco es que hubiera más que expulsar tras el coágulo que caía con desgana deslizándose por su piel. Fue en el segundo movimiento de su cuerpo cuando cayó al suelo más sangre; en el giro en el que encaró el suelo para intentar centrarse en su objetivo. La puerta estaba a unos pasos, unos segundos en cualquier situación, un abismo para el hombre. La distancia era inabarcable y, mientras se regodeaba en aquel líquido rojo que ya comenzaba a oscurecer, no se planteaba el siguiente reto si superaba la primera prueba.

El pomo para abrir la puerta respladecía al ritmo del fuego, alto e inalcanzable. Un estruendo le estremeció lo que era posible en su estado. Un mueble había cecido a las llamas como si fuera de cartón. No quedaba mucho tiempo, toda una vida de lucha se reducía a unos segundos. Volvía tener frío cuando estaba siendo abrasado desde sus

pulmones, no tenía esperanza en volver a respirar el aire puro que le esperaba a un «lo siento», unas palabras que no servirían de nada aunque las hubiera podido gritar.

JULES Y EL MOMENTO

«Hāngi» es una forma de cocinar maorí con origen en Nueva Zelanda. Consiste en un método tradicional que usa piedras calientes enterradas en un horno de pozo.

Estaba decidido a hacerlo.

Una gota de sudor frío cayó serpenteante por la senda de la yugular derecha de Jules. Fue despacio hasta colarse por el cuello de su camiseta de la Universidad de Otago. Su ropa comenzaba a impregnarse con el olor corporal característico de los momentos en los que estaba más nervioso de lo usual. No era un día de los que se pudieran considerar calurosos de primavera, había amanecido nublado; tampoco de aquellos otros en los que la ropa se queda pegada. La temperatura la elevaban, sobre todo, los litros de cerveza que corrían desde primera hora de la mañana por el parque Logan.

Jules Eagle guardó el teléfono en el bolsillo y respiró hondo tras la enésima conversación sobre el mismo tema con su padre; aquella última vez se había escapado a uno de los servicios para tener un poco de privacidad lejos de los compañeros de facultad que plagaban el parque. No sabía si considerar a su padre astuto o manipulador, pero se había salido con la suya a fuerza de insistir, lo había convencido porque para él no había más opciones que valorar en su prisma para ver la vida y todos se debían adaptar a ello. Jules llevaba días planeando cómo provocar un momento ideal, qué palabras debía usar y cómo debía comportarse si todo salía mal cuando llegase dicho instante. Intentaba ser positivo y, salvo en contadas ocasiones, no se ponía en el peor lugar de todo el abanico de catastróficas desgracias posibles. Aquella vez lo hizo y, por un instante incluso, deseó que lo más desastroso ocurriera, que alguna fuerza sobrenatural le liberase de un destino que parecía ya escrito a fuego desde que le tocó el primer rayo de sol en su natal Okarito.

No podía respirar.

Jules sintió que le oprimía el pecho, como cuando los chicos le empujaban en los vestuarios llamándole maricón hasta que se desmayaba porque no le llegaba oxígeno al cerebro. No quería que sucediese en ese momento, ya había pasado esa fase y necesitaba mirar adelante.

Recordó una frase que alguien le dijo una vez. Abrió la bragueta y se agarró el pene apretando los ojos. No fue consciente del tiempo que estuvo dándole a toda velocidad, pero sí que sirvió en su cometido. En el momento que llegó el orgasmo volvió a respirar a duras penas.

Superar ataques de ansiedad cada vez era más fácil, había aprendido a controlarlos.

Jules se lavó las manos y después las secó en su pantalón azul al darse cuenta de que no había toallas de papel en el baño portátil que él mismo contrató. Echó una última mirada levantando la cabeza para verse bien reflejado. ¿Importaba estar bien? Claro que le importaba, al menos parecerlo. Sus ojos marrones otearon a ese joven que lo

observaba dubitativo desde el otro lado del raído espejo que, como el resto del cubículo plástico, olía a un químico fétido nuevo para su sentido.

No había más que pensar, atusó con los dedos su pelo castaño y su silueta espigada escapó del reflejo hacia el exterior.

—Es el momento —susurró para su cuello. Luego dio un último y largo suspiro, empujó la puerta con firmeza y salió del baño con total ímpetu hacia su destino, pisando la hierba que cubría todo.

Al abandonar la seguridad ficticia de aquel sitio privado y enfrentarse de nuevo al ojo público, su cuerpo se puso en alerta como si una manada de leones le estuvieran acechando.

Nadie iba a atacarle, él mismo era su único peligro.

Era un sitio amplio, salpicado de árboles bajos, que esperaba a los pies de las montañas que algo ocurriese para dejar de ser una estampa perfecta. El paisaje se teñía con la luz verdosa que reflejaba el parque urbano; naturaleza domada que intentaba romper la ciudad con un poco de belleza entre los que pasaban allí las horas muertas de sábado.

Sus compañeros de promoción estaban al alcance de su vista; eran los que le hacían sentir que sus miedos y dudas volvían a asaltarlo cuando ya pensaba que había dejado atrás cualquier discusión de lo correcto.

«Haere es la chica ideal, lo sé», repetía en su cabeza una y otra vez como un mantra, con la certeza de que había llegado el momento de sentar cabeza. Su padre le ayudó en pequeños detalles para creer que ya no era más un estudiante universitario que pudiera permitirse algunos momentos de irresponsabilidad aquí y allá. Se había convertido en un dentista graduado en la facultad de Dunedin y debía comportarse a la altura de lo que le deparaba su futuro. El futuro era la única guía que siempre había tenido, se iba acercando con minúsculos pasos que arrasaban su vida como apisonadoras hacia un punto final.

Tomó una fuerte bocanada de aire y al hacerlo pudo percibir el exquisito aroma de la comida asándose desde el horno tipo hāngi que habían contratado; una comodidad que les evitaba, si llovía, tener que cavar un agujero en la tierra y poner la comida sobre piedras ardientes. Sus cálculos le decían que quedaba poco para que la carne estuviera perfecta, entonces oyó que lo llamaban a lo lejos desde el lugar más popular, la zona que rodeaba el barril de cerveza marca Tui.

—¡Jules! Te esperábamos para la foto. —Era su amiga Pam, con quien había compartido sus años en la facultad, la misma que le presentó a Haere al poco de llegar a Dunedin.

Jules se apresuró a entrar apretado en el lado izquierdo de la instantánea, la que iba a inmortalizar aquel día de comienzo nuboso

que les había dado una tregua para la fiesta informal de fin de curso.

—¿Dónde te has metido? Iba a llamar a la policía —bromeó su amiga con la cerveza en la mano.

—Andaba en el baño, ¿no puede uno ir a cumplir tranquilo con la naturaleza? Ya te empiezas a parecer a mi padre y mira que hace solo unas horas que nos hemos graduado.

—¿Perdona? Dentro de poco te mandaré a cepillarte los dientes —dijo Pam enseñando su sonrisa—. Pero antes a comer, ya casi está la carne al punto.

—Debo hacer algo antes. ¿Sabes por dónde está Haere?

Pam dudó. Se giró sobre sus pies poniendo la mano sobre los ojos como si de verdad el tenue sol la cegase.

—Ni idea, se ocupa del postre. Le he prohibido que se traiga la cámara de fotos para que disfrute como los demás.

—Ya me parecía raro que no la llevase encima.

—Ella es una más en la celebración de hoy —dijo Pam guiñando un ojo.

De repente comenzó a sonar una canción de Kylie Minogue desde el puesto del DJ y todos comenzaron a cantar *Can't get you out of my head*, o algo que se podía entender así por el tono perdido que llevaban.

—Vamos, Jules, es nuestra última fiesta como estudiantes, quítate esa cara de acelga. —Pam lo arrastraba a bailar con el resto sin que opusiese resistencia.

Todos cantaban eufóricos y se abrazaban con poca preocupación por no derramar la cerveza que, por tres zonas distintas, manchó la camiseta de Jules con lamparones como si fuera un estampado felino. Fue en ese momento, al levantar la cabeza por encima de sus amigos, cuando vio a lo lejos el vestido blanco ondeante de Haere.

Sintió que el corazón se le salía del pecho como una señal de alarma, entonces trató de respirar hondo y despacio, como le habían enseñado en las sesiones parroquiales para disminuir la ansiedad en los exámenes, y se liberó del abrazo de sus compañeros. Recordó contar hasta diez y expirar, aunque en ese momento no tuviera frente a él a su amigo Connor como en aquel curso horrible al que asistieron con quince años, ese en el que estuvieron a punto de engrosar las filas de fracaso escolar.

¿Qué estaría haciendo Connor cuando él estaba dando pasos hacia un cambio radical en su vida? Jules trató de que no le importase, cada uno había elegido su camino y el de su amigo no se iba a parecer en nada al que él tenía pensado transitar hasta la tumba.

Haere estaba frente a él, menuda y morena, con su piel que parecía bronceada al sol de una isla perdida durante siglos. Tan solo les separaban unos metros de distancia y sabía que el momento había

llegado. No admitía más dilaciones. «Ahora o nunca», se reafirmó antes de enfilar el último tramo.

—Jules, creo que van a faltar platos para la tarta —dijo ella con indiferencia a su llegada.

—Lo sé, los compartiremos. Ahora es tarde para ocuparse de eso.

—Creo que me da tiempo a ir a comprar...

—Olvídalo, hay cosas más importantes de las que quiero hablarte —la interrumpió Jules tras acariciar su mano.

—La verdad es que estás muy serio. —Los ojos de Haere pudieron leerle su mente—. ¿Sucede algo malo?

—No, nada de eso. He estado pensando en preguntarte algo.

Antes de poder continuar llegó Pam, los interrumpió ofreciéndoles una suculenta bandeja repleta de carne que sostenía como una profesional.

—Por fin salió, está en su punto. Tenemos para nosotros y para todo el que esté al sur del estrecho de Cook.

—Sí, ya era hora, no sé a quién se le habrá ocurrido hacer una barbacoa hāngi para celebrar la graduación, la comida tarda siglos —comentó Haere antes de volver a los platos.

—Aclamación popular —aclaró la incipiente dentista.

Jules rio al recordar que en la reunión estuvo a punto de ganar pasar el día en una sesión de paintball, pero en realidad se sentía frustrado por la interrupción, era el peor momento. Pam llegó justo cuando había reunido las fuerzas suficientes para soltarle a Haere todo el discurso que había preparado durante más días de los que se atrevería a reconocer. Sin embargo, allí estaba de nuevo como al inicio, preguntándose cómo retomar el tema; sintió que le sudaban las manos, no quería defraudar a su padre, más aún, se negaba a defraudarse a sí mismo y lo que se esperaba de él.

Las palabras de su padre ofreciéndole ocuparse de la clínica familiar en su Okarito natal retumbaban en su cabeza: «Hemos hecho un esfuerzo muy grande enviándote a Dunedin, te necesito aquí porque no puedo con todo». ¿Cómo podía negarse a esa llamada de ayuda? Jules sabía que Haere era la mujer de su vida, no podía ser otra, y que aquella barbacoa era el instante justo para dejar atrás unos planes de vivir en la ciudad que no le cuadraban. Al fin y al cabo, fue Okarito lo que los unió cuando Pam les presentó y los dos se dieron cuenta que pertenecían al mismo lugar, por mucho que Haere llevase viviendo más de la mitad de su vida lejos de donde nació. Así que se llenó de nuevo de valor y miró al DJ que anunciaba a los recién graduados que la carne esperaba en el horno.

Jules anduvo unos pasos hundiendo sus zapatos en la hierba y le quitó el micrófono al animador como si la vida le fuera en ello. Comenzó a pedir la atención de sus compañeros y todos se giraron

intrigados al apagarse la música sin razón aparente. Por un segundo pareció que se hubiera detenido el tiempo, tanto que se arrepintió de su impulso, como si ese futuro que le empujaba le diera una tregua.

El futuro volvió a empujar.

Tomó aire una última vez y comenzó a soltar el discurso que tantas veces se había repetido mirando a los ojos negros de su novia.

—Haere, reconozco que no tenía muchas esperanzas el día que Pam me insistió en que conociera a su amiga. Fue la primera vez que salí de fiesta en Dunedin y lo último que quería era conocer gente de Okarito. Nos sentamos en una esquina oscura de un pub y pasamos horas hablando, te convertiste desde ese día en mi compañera inseparable para todas las aventuras que íbamos a vivir estos años. ¿Podrías venir aquí?

Jules leyó en los ojos negros de Haere que estaba dudando. Su cuerpo se puso en tensión y el gesto apretado de sus labios no parecía presagiar nada bueno. Le pareció una eternidad lo que tardó en acercarse al lugar en el que él esperaba a la vista de todos.

—Mis padres te adoran, mis amigos están deseando que vuelvas e incluso Connor quiere ayudarte a encontrar trabajo. Sé que somos jóvenes, pero no necesito más para darme cuenta de que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, quiero que vuelvas a Okarito conmigo. No hablo de vacaciones o reuniones familiares, te ofrezco crear una familia y envejecer juntos. ¿Qué dices? ¿Quieres casarte conmigo?

Haere miró al cielo un segundo y bajó la mirada para encontrar sus ojos.

Jules se arrodilló y sacó un anillo de su bolsillo al verla un poco más relajada. Llevaba tres meses guardándolo desde que su madre se lo entregó cuando fue a verla por su cumpleaños. El chico no pudo contener la risa al ver como la cara de Haere se tornaba roja ante la mirada fija de los presentes.

—Jules, ya sabes que no tengo claro ni dónde queda Okarito.

—Bromas ahora... no, cariño —suplicó el chico, que conocía su tendencia a quitar importancia a las situaciones cuando estaba nerviosa.

Haere se acercó a Jules despacio, sujetó sus manos con el anillo y volvió a romper el silencio del parque, con un contundente: «De acuerdo, hagámoslo».

Tres días después fue la graduación oficial en el corazón de Dunedin, dentro del edificio principal de la Universidad de Otago, con toda la pompa que se esperaba de un acto así. No hubo alcohol ni bailes, aquello no era el parque y los estudiantes daban un paso definitivo en sus vidas bajo los ojos atentos de sus seres queridos. Los padres de Jules acudieron al acto, nunca se lo hubieran perdido, y en

la cena posterior todos estuvieron de acuerdo en que la gran boda sería en febrero, pocos meses después, en la iglesia de Okarito.

Las puertas de Nuestra Señora de los Alpes los vio salir como marido y mujer. El futuro se tornó en presente y después en pasado un diez de febrero.

ABRAHAM EAGLE

Sabía que no me equivocaba. Jules es un buen chico, no iba a decepcionarme cuando más tenía que cumplir conmigo y el legado que preparé para él. Ha dado una lección a todos, un Eagle nunca se rinde, jamás.

Tres generaciones orgullosas de dentistas en Okarito… como cualquiera puede comprender no íbamos a dejar de sumar una cuarta porque mi hijo se quedase en Dunedin, la ciudad nunca puede compararse al hogar y las raíces. El primer Eagle que puso sus pies en Nueza Zelanda viajó al sur con un pañuelo de un águila al cuello que le dio su madre para que no olvidase sus orígenes en Dover, ave que preside la entrada a mi clínica dental a la misma semejanza que la que partió de las costas inglesas. Fue mi abuelo, cirujano-barbero, el que compró la casa de la calle principal donde está mi clínica, fue mi padre quien me miró orgulloso el día que colgué mi título allí después de la remodelación y fui yo quien lloró cuando vi a mi hijo casándose para que mi legado no quedase en el olvido.

Sarah iba esplendorosa a su lado como madrina, casi creo que volví a ver ese brillo en sus ojos como cuando terminaba una de sus recetas de repostería y me tapaba los ojos para ver mi reacción al contemplar el resultado. El olor y el sabor también eran importantes, pero a ella sobre todo le importaba la imagen al exterior, siempre lo respeté.

Los momentos felices son los que curan el dolor y la desesperanza, sentirse orgulloso da tranquilidad. Esa Haere parece una chica agradable, discreta y prudente, como habíamos esperado siempre de él. A mi mujer le vendrá bien estar tranquila, yo necesito saber que lo está para poder continuar mi senda lejos de todo.

No fui perfecto, mis acciones se cuentan como errores, por suerte con algún acierto. Siempre quedan cuentas pendientes, si hay otra vida quizá tenga que pagarlas o incluso disfrutarlas. Yo intenté ser buen cristiano, por si acaso el destino me había colocado en el lugar de la verdad.

Hasta pronto, amor mío. Hasta luego, hijo.
No hay camino, solo la espera para conocer la cima o la sima.

HAERE Y EL FIRMAMENTO

«Te Waka» o «Aoraki», traducido como La canoa de Aoraki, es el nombre que recibe la Isla Sur de Nueva Zelanda. Aoraki, también llamado monte Cook, es el nombre del pico más alto de los Alpes Neozelandeses que recorren la costa occidental de la isla.

Haere no pensaba hacer caso a la petición de Jules de hacer reformas en casa, tampoco al deseo de que dejase el trabajo en la imprenta para estar con él en la clínica como una ««subordinada» más, como ella decía a Jules cuando se enfadaba y le lanzaba la palabra a la cara. Es cierto que le relajaba hacer las férulas dentales cuando él las llevaba a casa, sumado a que ese rincón del garaje le daba la posibilidad de aislarse cuando lo necesitaba. La otra opción era entregarse a la vida de su marido y Haere no estaba dispuesta a dejarse consumir en el tiempo sin más senda que la ya marcada.

La chica estaba apoyada con la cara cerca de la ventana, tanto que su respiración nublaba el cristal en cada bocanada. El verano de Nueva Zelanda es siempre muy especial, sobre todo en la isla sur con ese cielo único que se podía contemplar los días que las nubes no estaban. «Hoy se verá hasta Orión», pensó mirando a la carretera que llevaba al glaciar Franz Josef desde Okarito. La nave de trabajo se ubicaba en la única salida del pueblo, hacia el camino en el que se encontraban las casas de lujo fuera del ámbito urbano, si es que ese pueblo se podía considerar como tal y su casa, que ella sentía como una prisión, algo a envidiar.

Haere Paniora esperaba que un pedido se terminase de imprimir, mientras se entretenía en contar las pocas nubes que se movían al compás del viento de las capas altas hacia el océano. Estaba sumida en los cálculos sobre la batería que quedaría en su cámara de fotos. Su tranquilidad se vio interrumpida por un ruido estruendoso que conocía mejor de lo que cualquiera en su posición hubiera deseado. Aquellos golpes de metal infernales llegaban de la mayor de las impresoras Xerox, una máquina de tóner solo para trabajos en blanco y negro que les servía para encargos baratos y masivos, periódicos locales, folletos administrativos u hojas de la parroquia que no importaban a nadie.

—¡Maldita sea! Otra vez no, por favor —suplicó Haere dando vueltas a la antigualla con impotencia.

Se acercó al panel de control en el que leyó «ERROR 005». Tenía una pantalla verde que delataba su fabricación a finales de los ochenta y le indicaba un atasco en el interior como solía ocurrir demasiado a menudo en los últimos meses.

Apagó la máquina, buscó la trampilla central y se retiró el anillo de casada para introducir su pequeña mano en ella con determinación. Haere iba siempre adelante, si algo le había enseñado ese trabajo en medio de la nada con solo un compañero, es que nadie iba a sacarle las castañas del fuego. No le costó encontrar el problema, mucho mayor que en otras ocasiones y, al parecer, también más aparatoso. Comenzó a sacar papeles rebeldes, decenas de ellos, arrugados y

manchados en una orgía negra, que habían decidido no seguir las reglas de su camino hasta los colegios de la zona para informar de los menús semanales «sanos y equilibrados», también asquerosos e inútiles. Tiró del último papel con posibilidades de ser retirado; ya no quedaba ni un resquicio del blanco original en la hoja, tampoco en su mano que parecía embadurnada de tinta de calamar de lo más profundo del lugar en el que el Antártico se unía con el Pacífico.

—Connor, ¿puedes dejar el porno y hacerme caso? —gritó Haere.

—¿Qué ocurre? —escuchó de la voz de su compañero Connor desde la oficina.

—Lo de siempre, pero esta vez parece que se ha roto el depósito.

—¿Necesitas ayuda? —insistió sin acercarse.

—Lo que necesito es una ducha. —Haere volvió a encender la máquina y se encontró el mismo mensaje de error—. Creo que ha vuelto a morir la vieja Xerox, si quieres echarle un vistazo...

—No creo que yo pueda hacer nada que no hayas hecho ya. Tú eres la experta, ¿no?

Connor se acercó por fin y vio la mano de Haere, que la extendió como un zombi para intentar mancharlo.

—¿Quieres un poco? Te puedo volver el pelo negro con una pasada.

—Deja las bromas, es viernes y no pienso ir a casa a cambiarme.

—La verdad es que me da igual, como si tuvieras algo mejor que hacer en este pueblo.

—Creo que eres la única que me supera en el odio a Okarito. —Connor sonrió y siguió evitando acercarse a Haere, no se fiaba de su especial sentido del humor.

—Odio más a los gatos —sentenció la chica.

—No te metas con el viejo Heathcliff, es uno más del pueblo.

—Hacedlo alcalde.

—Ve a lavarte, yo abriré el parte de avería —dijo Connor huyendo de la chica.

Connor tenía razón en dos cosas: que Haere odiaba Okarito y que la experta en maquinaria era ella mientras no apareciese nadie más por la delegación. Durante años, cinco desde que le consiguió el trabajo en Sooner, ella se había hecho cargo de todo lo que tuviera que ver con el manejo de las impresoras y su compañero se centraba en temas administrativos con la excusa de su torpeza.

Haere se limpió como pudo la tinta en el lavabo, frotó y frotó con jabón, pero un tono grisáceo se agarró a la piel de su mano como si estuviera muriendo poco a poco podrida como en la última película de George A. Romero. Con más de la mitad de trabajo de los comedores sin poder realizarse por el incidente, decidió que era mejor cambiar el foco de su atención a algo que pudiera ser productivo, comenzó a

hacer algunas pruebas de imprenta con una de las pequeñas máquinas a color y unas invitaciones a unas bodas de oro. Aquellos vecinos del pueblo que habían trabajado por décadas para el gobierno iban a cumplir toda una vida juntos. Los señores Webbe no es que fueran los más amados de Okarito, una pareja sin hijos que se dedicaba a protestar cuando en Halloween los huevos caían en su casa, a cocinar horrendos pasteles de carne para los pícnics de la parroquia y a quejarse en la ferretería por el cambio. Sin embargo, no había quien dudase de que eran el uno para el otro. Quizás por eso no habían reparado en gastos para la comida en la que iban a celebrar cincuenta años con su círculo más íntimo después de la misa: es decir, con todo el que quisiera ir y los conociera, que eran la mayoría del pueblo.

Haere colocó el papel dorado en la máquina y calculó que le quedaban diez veces lo vivido en su matrimonio para igualar a los Webbe, a los que saludaba con un escueto «buenos días» si tenía la mala suerte de cruzárselos. Ella llevaba cinco años casada con Jules, habitando en aquel pequeño pueblo perdido en los mapas al que podría llamar su hogar si no fuera porque no lo había vuelto a sentir así por mucho que lo había intentado desde su vuelta.

La primera prueba de las invitaciones salió milímetro a milímetro, papel satinado, de doble capa, dorado con letras plateadas en relieve. Una verdadera joya que arruinó la huella dactilar negruzca de Haere en la esquina inferior al sostener el primer ejemplar. La chica se llevó el dedo índice a la boca antes de volver a poner en marcha otro intento, después imaginó que tendría los dientes negros por la tinta y se apresuró a llegar al baño para usar el kit de emergencia dental que siempre guardaba con las mil muestras que le daba su marido.

—¿Ya has dado parte? —preguntó la chica con el cepillo de dientes en la boca.

—Claro... No te preocupes por nada, la intranet de Sooner es mi terreno.

—Espero que tarden menos en hacernos caso que la vez anterior.

—El lunes a primera hora tendremos aquí a Paul.

—¿Qué? ¿Me decías algo? —preguntó Haere tras enjuagarse.

—El técnico de Sooner, ya me ha confirmado que vendrá lo antes posible.

—Claro, y tú encantado. —Haere escupió en el lavabo—. Empiezo a pensar que te ocupas de que esa máquina del demonio esté estropeada cada tanto para verle.

—Paul es hetero, yo no me fijo en imposibles.

—No sería el primer hetero que cae a tus pies.

—No, este es hetero purasangre, los puedo oler a millas de distancia. Cuando mi hermano Dylan vuelve a casa desde Dunedin lo

sé unas horas antes —bromeó Connor—. ¿Me acompañarás a la feria luego para ver si hay algún turista interesante?

—Hoy no, no tengo ánimo de fiesta. Además, hay que terminar el trabajo para el matrimonio Webbe. De hecho, deberías hacerlo tú, no hay manera de que el polvo de tóner se vaya del todo —dijo la chica mostrando una mano.

—Mientras no tenga que ir a enseñárselo.

—Ah, sí, eso también.

—¡Vamos, Haere! Dijiste que la próxima vez que hubiera que enseñar una prueba ibas tú... y hoy es el día.

—Tengo cosas que hacer, no puedo ir a la casa de los Webbe —dijo Haere exagerando su cara angelical.

—No pienso volver a esa casa solo. Barbra Webbe es una bruja, no imaginas las veces que me castigó en el colegio hasta que se hacía de noche y tenía que volver a casa andando. Menos mal que Jules me esperaba, sabía que me daba terror andar de noche. Esa mujer me odia todavía, estoy seguro.

—Esa mujer paga tu sueldo, Connor.

—Y nosotros su pensión y la de su marido, ¿no? El agente demoníaco Ben Webbe, casi peor que ella.

—No insistas, vas a ir tú, Connor.

—Ese tipo me tuvo dos horas en la comisaría cuando tenía quince años por saltarme una señal de stop con la bicicleta.

—Casi tiene que salir de la carretera por tu culpa. No te quejes tanto, son unos clientes como cualquiera.

—Está bien, les daremos la prueba de la invitación de camino los dos, así aprovechamos el verano.

—Tengo una idea, te vas a ligar y de camino me haces el favor de dársela tú —dijo ella.

—Me niego —protestó Connor con determinación.

—Es nueve de febrero, debo hacer cosas.

—¿Me vas a poner de excusa tu aniversario?

—Connor, no me apetece hablar con los Webbe, acabemos con este trabajo lo antes posible y pasemos página —explicó Haere con gesto serio.

—No voy a perder más tiempo tratando de convencerte, mejor termina de lavarte los dientes y a ver si podemos salir, aunque sea mañana. Tengo algo importante que comentarte

Connor se retiró, conocía la extraña fijación de Haere con la limpieza bucal. Necesitaba tener siempre la dentadura impecable, por lo que lavaba sus dientes más veces al día de las que debiera, incluso cuando Jules le había advertido de que podía llegar a dañar y rayar su esmalte.

Haere frotaba con rabia, necesitaba que todo estuviera como al

principio. Aquel día había otra intención oculta de Haere: estuvo una vez con aquel hombre y su mujer, no fue en los últimos cinco años, ocurrió mucho antes; ella tenía diez años el día de la muerte de sus padres en un accidente de tráfico regado por una incesante lluvia. El agente Ben la llevó a su casa y Barbra le dio un vaso de leche a aquella niña asustada que no acababa de comprender lo que había pasado, ni la importancia que aquellas muertes iban a tener en su experiencia vital.

Su vida dio un vuelco en aquel instante.

Haere tardó unos minutos en concluir su rutina dental completa, más de lo que calculó, porque Connor esperaba con su chaqueta puesta, la prueba de la invitación en una mano y una barrita de chocolate en la otra.

—Necesito hablar contigo, Haere.

—Cuenta, te pasas el día hablando.

—Quiero que estemos tranquilos, fuera de aquí —dijo Connor mirando alrededor.

—¿Es una estrategia para que te acompañe a ver a los Webbe?

—Por favor, Haere... ¿Mañana podrá ser posible verte?

—Es diez de febrero y creo que tengo planes, aunque los desconozca en este momento.

—Entiendo —replicó Connor con ironía.

—Pero podríamos vernos por la mañana —propuso Haere.

—¿A qué hora quedamos para desayunar? —Connor estaba dispuesto a hablar con ella como fuese.

—Pues, en realidad debo ir al supermercado, no sabes lo poco que nos queda en casa y si yo no hago la compra, Jules nunca la hace.

—Perfecto, te acompaño entonces.

—Como quieras.

—Te veo mañana, conduce con cuidado a casa. No te perdonaré lo de Barbra Webbe. ¡Me debes una!

A Connor le faltó un portazo, lo suficiente para asegurarle a Haere que la puerta metálica había quedado cerrada sin margen de error. Antes de irse tras su compañero, agarró la cámara fotográfica y se aseguró de que la carga estuviera al máximo para lo que tenía planeado. En soledad, como siempre se sentía en Okarito, se dirigió a la salida de la nave filial de Sooner y activó la alarma con un suave zumbido. Rezó un instante para que los Webbe estuvieran contentos con la prueba de la invitación. Solo la idea de pensar que Ben Webbe pudiese aparecer por allí le produjo escalofríos.

El Toyota Yaris azul esperaba a unos metros de la sede de Sooner y su cabeza seguía perdida cuando se subió al coche sumida en unos

pensamientos que surcaban la melancolía. Encendió la radio para volver a casa y comenzó a tararear una canción que a Connor le resultaba divertida, algo sobre un bolígrafo, una mazana y una piña. Ningún sentido, como tampoco cuando pasó su casa y luego en una curva decidió girar para dirigirse rumbo al parque natural de Waiho por esa carretera que le parecía mágica. En su infancia era un camino casi impracticable que parecía llevar al fin del mundo. Necesitaba el aire freso que el pequeño pueblo no le daba, un espacio de esperanza donde no tuviera preocupaciones.

Hacía seis meses que había cambiado, intentaba salir de un invierno anímico eterno que no suavizaba ni febrero. Haere necesitaba libertad, la que sentía al estar a los pies del glaciar, frente al océano que miraba a Australia como única salida. Sarah, su suegra, decía que debían ser esos genes maoríes los que le hacían ser distinta a Jules no solo por sus ojos negros y su piel morena, sino también por su espíritu inconformista. Jules nunca decía nada, respetaba su espacio como un bien preciado a cambio de que respetasen el suyo. Incluso la falta sexo entre ambos se había convertido en una rutina, tanto que había dejado de tomar la píldora anticonceptiva porque no sentía que hiciera falta. No se preguntaba, no se respondía, el trato perfecto sellado en una boda que se acercaba al lustro convertida en un témpano de hielo. Lo siguiente debía ser que dejara de insistirle a su mujer para que estudiase algo relacionado con la odontología, aunque ella sí se dedicara a ello en sus ratos libres para ayudarle. Haere siempre había sido una chica inteligente, pero le faltó motivación para realizar una carrera universitaria o cualquier estudio serio. Lo máximo que hizo fueron un par de cursos en informática, fotografía y Photoshop cuando estuvo viviendo en Dunedin al terminar el instituto. No fueron pocos años los que estuvo allí. Desde los diez años llevaba en la «gran» ciudad, desde el mismo momento en que sus padres murieron. Al volver a Okarito como una mujer adulta, casi catorce años después, consiguió trabajo en una imprenta local con la ayuda del mejor amigo de Jules, Connor. Fue en una filial perteneciente a Sooner, una gran empresa neozelandesa de edición. Los últimos años había estado viviendo una existencia monótona. Se dedicaba a diseñar tarjetas para eventos en el mejor de los casos y desempeñando día tras día un oficio que no le generaba ninguna satisfacción.

Haere no se detuvo al paso del cruce hacia el glaciar Franz Josef, tampoco en el Hotel Glaz del viejo Edward Green, que hacía de entrada base para turistas de paso. Lo más normal hubiera sido aparcar cerca del hotel de madera y seguir andando desde allí a la naturaleza, pero iba a aprovechar que no había llovido en días, por lo

que el camino estaba libre de barro. Tras de ella quedó el edificio de dos plantas que había nacido después de su marcha, lejos de la imagen de su retrovisor al pasar una colina hacia el mar.

¿Por qué no había ido a ver al señor Green en los cinco años que llevaba allí? Era lo más parecido a una familia que recordaba, amigo y compañero de su padre desde que tuvo conciencia. Pues por lo mismo que él no fue en más de diez años a verla a Dunedin, por todo y por nada. Okarito se olvidó de ella y ella lo hizo del pueblo, hasta que Jules llegó a su vida para ponerlo todo del revés.

Detuvo el coche cuando estaba oscureciendo, lo dejó en un claro en pleno corazón del parque Waiho, poco después de donde acababa el asfalto. No le importaba, conocía el camino como la palma de su mano. Después anduvo con su trípode y lo ubicó cerca de un lago en el embarcadero que tuvo frente a su casa en su infancia. Fue entonces cuando dirigió su cámara al cielo y comenzó a fotografiar las estrellas con el filtro abierto. En aquellos momentos de oscuridad encontraba la paz, se sentía en la búsqueda de la plenitud con preguntas que solo podía ser respondidas por ella misma: «¿Cometí un error al casarme con Jules?».

Ella sabía la respuesta, era tan obvia que ni siquiera merecía la pena ser contestada. Haere lo supo desde el momento en el que aceptó su propuesta de matrimonio en un impulso para no dejarle en ridículo. Lo sintió de forma aún más latente durante la ceremonia de boda en la que solo deseaba irse lejos de Okarito. Aquel debía ser recordado por ella como el colmo de la felicidad, sin embargo lo visualizaba como el día en que Jules se emborrachó como nunca y terminó vomitando en el ponche mientras Connor intentaba que no se ahogara con la fruta. ¿Por qué bebió tanto? Quizá la pregunta era por qué ella bebió tan poco cuando su suegra los anunció como los señores Eagle y Haere tuvo que rectificar con la noticia de que no pensaba renunciar a su apellido de soltera. Iba a seguir siendo una Paniora. Sarah Eagle se lo tomó mal y a Haere le molestó en aquel momento, no entendía porque aquella mujer se tenía que meter en sus decisiones. Fue importante hasta que descubrió que lo más sencillo era ignorar a esa mujer como hacía con el resto de personas que le incomodaban.

Allí, a su espalda en esa zona de Waiho estaba su casa. Ya no quedaba nada, le contaron que ardió por un rayo poco después de irse de allí. Sus padres creían en aquellos mitos, con creencia férrea habrían asegurado que Tāwhaki, el dios maorí relacionado con las tormentas, se ocupó de limpiar la naturaleza a su marcha. Ella no creía en esas tonterías, incluso había dejado de lado el cristianismo que le inculcaron en el orfanato y estaba camino de un ateísmo

acérrimo. Ya ni siquiera temía a esos dioses maoríes, Rangi y Papa, que sus padres cuidaban como sus protectores por temor a su furia de cielo y tierra. No sentía que tuvieran nada que ver con ella.

Haere intentaba que nada le afectase, el pasado debía quedarse allí donde lo quisieran, no era para ella.

El problema que sentía estaba en su presente. Dos meses antes descubrió un detalle sobre los particulares gustos de su marido. Quiso darle una sorpresa para su cumpleaños, una reserva para el famoso restaurante Glison's, en la carretera hacia Pukekura. En un intento de mejorar su ausente vida sexual, la idea era pasar una noche especial y desconectar del mismo ambiente de siempre. Casi cuando había confirmado la reserva, su ordenador portátil se quedó sin batería y no tenía mucho tiempo para terminar todo el proceso de confirmación. Jules estaba en la ducha y le pareció buena idea tomar prestada su tablet. También le pareció buena idea mirar más a fondo aquellos resultados en el navegador, cuando escribió la letra «g» descubrió las páginas recomendadas a raíz del historial de visitas. Aquel día no vio mucho más, fue al día siguiente cuando tuvo tiempo de investigar todo con detalle. A su marido le iba más la testosterona, los músculos y... bueno, los paquetes en general de tíos tatuados que follaban a coste cero por todo el universo internauta. Al parecer no era algo reciente ni esporádico, ya que el registro mostraba que ocurría desde hacía al menos tres meses antes, los mismos desde la última vez que Jules borró el historial.

Haere sacudió su cabeza para intentar alejar esos pensamientos. Se debatía entre el deseo de la ignorancia y la culpabilidad: «No debí haber mirado nada, no debí haber buscado lo que no se me había perdido». La mayoría del tiempo preferiría no saber nada, continuar engañada y sin tentaciones ni presiones, le había ido bien durante toda su vida. A veces la verdad no nos hace libres, solo nos encapsula en nuestros propios pensamientos y crea cárceles de mentiras e hipocresía.

Una brizna de aire fresco se hizo presente, cerró la cremallera de su chaqueta para que no le calase el frío y miró al cielo de nuevo con cuidado de no mover la cámara mientras capturaba la imagen. Conectó con las estrellas, allí en medio de la oscuridad absoluta. Ellas eran las únicas que podían verla con claridad y Haere les devolvía la mirada. Amaba observarlas, sentía que no existía nadie más, solo ella y el infinito firmamento para ser capturado en toda su complejidad. Era como cuando, a solo unos metros de ese lugar, se sentaba con sus padres durante horas hasta que caía dormida sobre sus piernas, escuchando los cuentos y leyendas que alguien les contó a ellos. Su

favorito era la de Hinemoa y Tūtānekai, una leyenda sobre dos enamorados que consiguieron triunfar ante las adversidades bajo la mirada del monte Aoraki; Haere era otra entonces, en esos tiempos tenía esperanza y soñaba despierta sin preocupaciones.

De repente escuchó un ruido entre los árboles y durante un segundo se asustó. Después recordó que estaba en casa; si había un lugar en el mundo al que pudiera llamar así era ese parque natural. Respiró para recuperar la calma y se acercó a la cámara de fotos para revisar el proceso de ordenación de píxeles como una imagen nítida. Hacía muchísimo tiempo que no veía un cielo tan estrellado y no deseaba perder la oportunidad de plasmar el momento para su colección particular.

Volvió a escuchar unos pasos. Cerca.

Una rama se había roto a su lado. Estaba petrificada.

Escuchó algo más y comenzó a ponerse en alerta, como un kiwi asustado.

Hacía mucho que no sentía una respiración que no pudiera ver. Haere se giró y percibió una gran silueta oscura que hizo que su corazón comenzara a palpitar.

—¿Quién anda ahí? ¿¡Hola!?

Subió el tono asustada, dudando de si debería usar la linterna del teléfono y fastidiar la toma de la cámara por el exceso de luz. Al instante supo que no era la única que la tenía, una luz brillante de un teléfono apuntaba a su cara y la cegaba hasta no poder ver nada.

—Disculpe, me he perdido —dijo una voz masculina.

—Estoy haciendo fotografía nocturna, quite eso de ahí —respondió Haere cubriendo sus ojos para evitar seguir cegada.

—Perdone, necesito llegar al hotel Glaz —explicó tras apagar la luz.

—¿Cómo?

—A ver, no sé dónde estoy, salí a explorar un poco y me he perdido.

—Mire el teléfono, todas las rutas están bien marcadas en los navegadores.

—No va bien la cobertura por esta zona, la señal es débil. ¿Sabe cómo ir al hotel?

—Es tarde, le llevará media hora llegar andando. —Haere dudó si proponerle que se quedara y luego llevarle en coche, aunque ni siquiera sabía quién era ese tipo—. Si sigue la senda no tiene pérdida. —Haere señaló a la oscuridad de la derecha confundida.

—¿Por allí? —preguntó el tipo al alumbrar la senda a la que Haere señalaba.

—Sí, en esa dirección. No salga del camino principal y llegará a la

carretera.

—Lo intentaré, aunque llevo una hora dando vueltas. Con suerte encontraré algún kiwi.

—Con mucha suerte en esta parte de Waiho. —Haere oteó la silueta del hombre antes de que volviera la oscuridad.

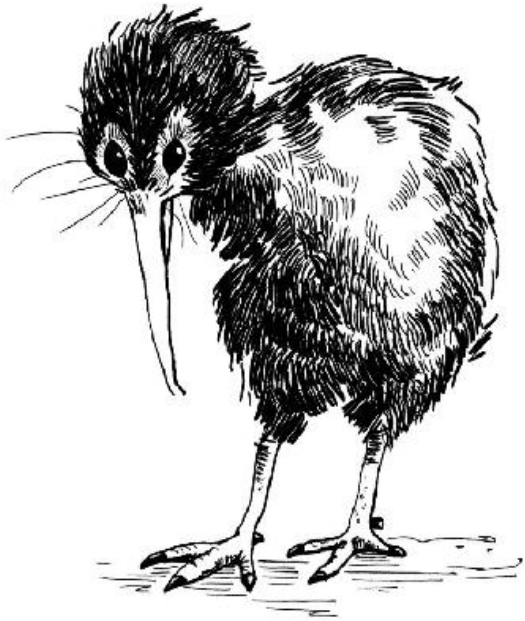
—Mil gracias por su ayuda.

—Tenga cuidado —se despidió perturbada.

La figura se alejó por el camino de Waiho que Haere conocía como la palma de su mano. Pensó que el tipo tenía un acento extraño, cosa que no era rara si se quedaba en el hotel debido a la cantidad de extranjeros que solían pernoctar en él. La mayoría llegaban buscando aventuras o algún paisaje cinematográfico para sus redes sociales y presumir de viaje ante sus amigos de ciudad.

Esa noche iba a ser de ella y la estrellas, pero las estrellas son de todos y alguien había querido compartirlas destruyendo su tranquilidad. Estaba nerviosa, nunca se había encontrado nadie a esa hora por allí los días que escapaba para despejarse. ¿Quién iba a querer estar allí a esa hora? Desmontó su cámara y su trípode, con el trabajo arruinado en la que iba a ser la mejor toma, y se fue a su coche veloz, casi corriendo por si el tipo seguía por allí. Cuando estuvo en el interior del Toyota colocó los seguros de inmediato y apoyó la cabeza atrás para respirar hondo antes de volver a casa. Apuntó en su agenda mental dejar de ver todos esos documentales sobre asesinatos en la televisión de pago antes de que se volviera paranoica del todo. Un papel que iluminaban los faros llamó su atención y salió del coche un segundo a buscarlo. Alguien había perdido un pequeño dibujo, trazado en una hoja de libreta, con un kiwi que la miraba intentado decir algo. Parecía tan perdido como ella.

Su teléfono vibró en el momento que encendió el motor del coche y respiró hondo.



Es un papel suave, dorado y excéntrico, un poco de animación a la fiesta. ¡Qué deleite! Habían dado en el clavo con lo que quería para la celebración. A veces hay que ser un poco atrevida.

Parece mentira que vaya a cumplir cincuenta años desde que me casé con Benjamin, aquel chico que me miraba de lejos y al que solía llevar la leche de oveja de mi granja que ordeñaba mi madre cuando todavía no había salido el sol. Yo ni siquiera sabía si le gustaba o no, mi intuición me decía que aquellas miradas no eran como las que dedicaba a las demás. Pasaron unos años y me convertí en maestra, era mi salida para evitar ser una esclava y tener que levantarme todos los días a las cinco de la mañana.

Un día se acercó tras la misa y me invitó a desayunar con su familia el día que «pudiese», lo que significaba cuando «me permitiesen». Mi sueldo seguía controlado por mi padre a esas alturas. Estaba pletórica, no cabía en mí de gozo y estuve buscando la mejor leche para llevar, una recién parida me pareció la más especial. Mi padre fue muy reticente a dejarme ir. En su día le costó aceptar que me hiciese maestra y estudiase en Pukekura, como para dejarme hablar con aquel joven que le parecía poco para mí. Yo sabía que Benjamin estaba enamorado, lo sentía, así que lo convencí para que me dejara ir y, si salía mal, aceptar al pretendiente que él me buscase. Sabía que lo conseguiría, que Ben era para mí y que, con un poco de esfuerzo, me susurraría su amor al oído.

Allí me presenté con dos lecheras colmadas, que yo misma ordeñé, frente a sus padres y sus hermanas que no abrieron la boca en todo el tiempo que pasé en aquel desayuno veraniego. Benjamin solo bebió un vaso, el resto desaparecieron en los estómagos de su familia. Pero fue suficiente, porque antes de irme se acercó a mí y preguntó si podía ir a mi casa a hablar con mis padres. ¡Eureka! Había conseguido mi propósito.

Mi padre tenía sus reservas por ser demasiado humilde, pero cuando se enteró de que iba a ser policía no le pareció tan mala idea ese fichaje familiar. Benjamin iba a ser un hombre de buena pasta. Me casaría, me quedaría embarazada y me apartaría de mi trabajo de maestra para ser ama de casa. Esa era la teoría que empezó según lo planeado, pero los niños no llegaban y el médico me diagnosticó

endometriosis. El mundo se me cayó encima, pensé que Benjamin buscaría la manera de dejarme, pero no fue así. Estuvo a mi lado y planteó la adopción. Yo fui la que me negué a hacerlo porque tenía terror a la persona que pudiera llegar a nuestras vidas, a que nunca pudiera llegar a sentirlo como parte de mí y a no ser una buena madre.

Seguí en la escuela, me olvidé del tema y continuamos nuestras vidas sin hacer caso a lo que me ocurría, como si fuera una elección propia. Todo fue bien hasta que Benjamin llegó con aquella niña mojada y llorando, como un animal indefenso hasta que supiese qué iba a ser de su vida, que me miró con sus ojos negros cuando hacía poco más que horas que se había quedado huérfana. Le di un vaso de leche y busqué un camisón seco que le quedaba como un saco de cebollas. Se durmió en mis piernas, como un animal herido que buscaba un cobijo que solo yo le podía dar. No pudo ser, mi llanto no sirvió de nada y supe que aquella pena nunca se me pasaría. Por fin encontré la forma de ser valiente y útil para nada, porque pronto supe que mi anhelo era imposible. Cincuenta años casados... es un momento que no volveré a vivir y será mejor aprovecharlo antes de que la muerte nos lleve y el olvido nos borre.

JULES Y LA MENTIRA

Un «Lamington» es un bizcocho esponjoso en forma de cuadrados, cubierto con una cobertura azucarada, usualmente a base de chocolate, y espolvoreada con coco rallado.

Aparcó su moto a la entrada, una chopper Indian de color blanco que cegaba con su reflejo cuando tenía la suerte de que saliese el sol. Como tenía claro que no iba a llover, la dejó fuera de su casa, sacó de debajo del asiento las bolsas con los modelos dentales que había llevado para Haere y los dejó en un gancho de la puerta del garaje. Jules miró su reloj, eran las diez de la noche en punto y no parecía que hubiera señales de vida humana en aquella casa aislada desde su perspectiva bajo los escalones que subían a la entrada. Había llegado un poco tarde pese a no tener intención de ello, al menos en teoría.

Cuando acabó con la última extracción dental del día, Midred, su ayudante en la consulta, le avisó de que su madre había bajado y esperaba paciente para hablar con él. Hay que decir que Sarah Eagle vivía encima de la consulta, el lugar en el que Jules se crió y donde seguía subiendo para comer y visitar a su madre la mayoría de los días, aunque no solía hacerlo al final de la semana laboral. Aquel viernes Sarah quería que fueran juntos a la feria ambulante que se había instalado en Okarito. ¿Con quién mejor que con él? Jules era el hijo perfecto, adoraba a su madre y ella lo idolatraba, más aún después de la muerte fatídica de su padre en manos de un cáncer de páncreas que lo arrancó de su lado seis meses después de ser diagnosticado. Era junio cuando murió, lo suficiente para llegar a verle casado y a cargo de la clínica familiar como deseaba.

Jules nunca se habría perdonado a sí mismo si no le hubiera dado ese regalo para su eterno descanso.

Aunque estaba seguro de que Haere no estaba en casa, abrió con cuidado por si ya se encontraba dormida a esas horas, cosa extraña porque le encantaba quedarse viendo la televisión hasta altas horas como si no tuviera que madrugar. Entró haciendo el menor ruido posible, todo estaba apagado y encendió una pequeña lámpara de la entrada para no partirse la crisma entre los muebles. No había nadie en la cocina, tampoco en el salón. Se dirigió a la habitación para descubrir que Haere tampoco estaba allí.

«Bueno, parece que estoy solo», pensó con un alivio agradable. Aquella casa a las afueras fue un capricho de Jules, quería vivir lo más lejos de la clínica que fuera posible para así no estar atado a ella día y noche, lejos de los pacientes para no sufrirlos como le pasó a su padre. No fue un lugar barato, seguían pagando el préstamo para construir una casa enorme en los pocos lugares en los que se permitía hacerlo en Okarito, cerca de la carretera y con la suerte de tener el arroyo de Zalas al lado. Demasiado frío para el baño, aunque su encanto resultase innegable y les proporcionase agua fresca natural. Al principio, cuando llegaron, a Haere y él les gustaba sentarse en el porche a escuchar el agua caer por el cauce hacia el océano. No recordaba en qué momento ocurrió, pero un día estaba sentado solo y Haere no fue más a su lado, tampoco la fue a buscar, como si no la echase de menos.

La echaba de más la mayoría de las veces.

Se sintió feliz de que Haere no estuviera en casa, le avergonzaba un poco admitirlo, no era lo que debía sentir en ese momento cuando además se acercaba el quinto aniversario del diez de febrero que cambio sus vidas. Durante un segundo despertó remordimientos sobre lo que tenía estudiado en su manual personal del perfecto marido, algo así como que no era justo pensar así de Haere y era una falta de respeto ante la moral heteronormativa que llevaba a cuestas.

Desechó aquellos pensamientos, no podía evitar sentir tranquilidad. Llevaba meses en los que no lograba sentirse así al lado de su esposa, no existía comodidad si estaba ella. La tensión entre ellos se palpaba en el ambiente cuando compartían el mismo aire. Compartían lugar físico, pero a kilómetros de distancia real. Cualquiera hubiera tenido claro que era un problema, algo que deberían afrontar en algún momento y arreglar para que los dos volvieran a estar bien como en el pasado. Jules ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que follaron. ¿Hacía tres meses? ¿Quizás cuatro?

«Lo sé, son al menos cuatro», calculó Jules, mientras pensaba en

la de veces que habría tenido poluciones nocturnas en ese tiempo si no se hubiera descargado él a mano.

Volvió a mirar su reloj. Quedaban menos de dos horas para su aniversario, poco tiempo para cumplir cinco años de feliz matrimonio a la vista de toda la loable villa de Okarito. Un triunfal amor de puertas hacia fuera, un trozo de hielo que dejaría en ridículo al del glaciar Franz Josef entre aquellas paredes de una casa perdida.

Aquella casa silenciosa era testigo de la nada.

Se dejó caer en el sofá y subió los pies en la mesa de centro del salón. Haere nunca le permitía hacer eso, lo hubiera mirado con esa cara que ponía cuando una de sus bromas le salía mal, aunque recordando bien, podrían haber pasado meses desde que le hizo la última. Se ponía roja, nerviosa, pero ella no estaba aquella noche y Jules era libre de hacer lo que le diera la gana por una vez. Tenía claro que debía arreglarlo, volver a ser feliz con ella y que Haere se abriera como al principio, cuando empezaron y todo el porvenir parecía perfecto. ¿Cómo iba a hacerlo? Cuando se casaron eran felices y pasaban tiempo juntos, más o menos, y por lo menos solían follar. Los primeros meses en Okarito intentaron mantener el nivel como en los días de Dunedin con sexo tres veces a la semana. Al mes de casarse ya lo hacían dos veces, y al año comenzó a ser esporádico hasta convertirse en la nada.

Jules encendió la televisión, ponían en el canal cuatro un documental de los pingüinos emperador, un macho buscaba la misma hembra un año después de aparearse con ella y perder el polluelo. Ella lo rechazó al principio, puede que fuera despecho, aunque tras ello lo aceptó para volverse a aparear. Pensó en si estaba enamorado de Haere. ¿Alguna vez lo estuvo con locura o solo se sintió atraído hacia la idea de casarse con ella? No tenía claro que ese hubiese sido su sueño de toda la vida, pero sí el de sus padres y él siempre había procurado ser perfecto ante los ojos de los demás, sin importar que tuviera que sacrificar su propia felicidad para conseguirlo. Haere fue la primera chica con la que se sentía cómodo, la primera que no le hacía desear apartarla de su lado antes que ocurriese algo más.

Se había convertido en el marido perfecto, el hijo perfecto, incluso hasta el dentista perfecto. Se sentía como aquel pingüino que esperaba meses incubando un huevo, sin comer, sin hacer nada más que sufrir para hacer feliz a otros. Él era el doctor Jules Eagle, hombre de casa abnegado, entregado a su familia y a sus deberes como se esperaba de él. Sabía que donde fuera que estuviese su padre en este momento, si es que podía verlo, debía de estar muy orgulloso de él, aun cuando a él le costase reconocerse cuando se observaba a sí

mismo en el espejo negro de la pantalla de la televisión al ir a publicidad.

Sentía un gran peso sobre sus hombros, todos esperaban algo de él, como si tuviera responsabilidad en la realización personal de otros, lo mismo que ocurría con la salud dental de sus pacientes. No quería decepcionar a nadie de los que formaban parte de lo considerado como familia, la única persona a la que le estaba fallando era a Connor, o por lo menos eso pensaba cuando le daban ganas de buscarle para volver a ser amigos del alma como en el pasado.

Los polluelos pedían comida a sus padres cuando Jules dejó caer todas esas tensiones en los cojines, cerró los ojos y se quedó dormido por un momento, luego se despertó cuando los pingüinos jóvenes saltaban entre plumajes mixtos al mar con el terror de la primera vez. El proceso había terminado, hasta el año siguiente.

«Feliz aniversario. ¿Has ido a la feria?», escribió en un mensaje a su mujer.

No recibió respuesta, ni siquiera tenía claro que lo hubiera recibido.

Comenzaron unos anuncios de teletienda en la televisión, un aparato con forma de alas que prometía, como por arte de magia, unos abdominales marcados en dos semanas. Hubiera estado bien para Jules que aquello fuera verdad, lo hubiera comprado sin pensarlo un segundo para parecerse al tipo del anuncio que parecía tener solo músculos. Él estaba bastante bien en general, pero su margen de mejora era bastante grande teniendo en cuenta que no había pisado un gimnasio en años y el deporte que hacía era cada vez menos desde que se compró la moto y siempre estaba cansado por el trabajo. Nadie como el tipo de la televisión, ni siquiera en los que se había fijado en el pueblo o el mismo Connor con sus carreras mañaneras.

Los recuerdos le habían animado, tanto como para seguir la llamada hacia su rutina para desahogarse. Jules quería ir al baño un rato a encerrarse con su tablet, pero pensó un segundo y temió que quizás Haere quisiera follar esa noche si llegaba con la excusa del aniversario.

Jules seguía teniendo ganas de hacerse un paja.

No era el día, ya era diez de febrero.

Llegó a la conclusión de que si se masturbaba, no podría responder a Haere más tarde. No era que Haere no le atrajese... Bueno, ese era el problema en realidad. Si hubiera entrado al baño no habría visto imágenes de Haere, tampoco de nada que se le pareciese. El material con el que se corría estaba protagonizado por tipos como

el tatuado que le preparaba el café todas las mañanas, desnudos y con el sudor cayendo por sus cuerpos hacia los que le acompañaban, terminando en un clímax del orgasmo y semen, sin mujeres... Desde hacía meses ya no había ninguna en lo que veía.

Se dirigió a la cocina y colocó su rostro bajo el chorro frío del grifo, necesitaba calmarse, disipar los pensamientos que lo desviaban del camino de lo que se esperaba de él. Se puso a preparar un poco de té helado y se sentó a seguir viendo al culturista que seguía asegurando que tenía aquel cuerpo por una máquina milagrosa y no por los ciclos que se metía en vena por periodos regulares.

Miró su teléfono, no tenía respuesta al mensaje enviado. La experiencia le decía que Haere estaba a punto de llegar, no solía tardar tanto, excepto cuando se le iba el tiempo haciendo fotos.

Falló en su suposición, los ojos se le volvieron a cerrar esperando.

Jules estaba muy cansado, había tenido un día bastante largo con cuatro endodoncias seguidas, algo que, si bien era extraño, tampoco lo convertía en una jornada de trabajo mucho más dura que cualquier otra de ese mes. Ya se encontraba en un sueño profundo cuando escuchó que se abría la puerta principal. Haere intentó ser silenciosa, pero enseguida le regañó al verle abrir los ojos en el sofá del salón.

—¿Qué dijimos sobre los pies en la mesa? —advirtió Haere con una sonrisa.

—Me has pillado. ¿Cómo ha ido tu día? —preguntó Jules apartando los mechones castaños de su flequillo.

—Podría haber sido mejor, siento haberte despertado.

—No, cariño, no te preocupes, ya sabes que tengo un sueño bastante ligero. ¿Fuiste a la feria? —preguntó Jules echando un vistazo a su reloj.

—No tenía ánimo, problemas en el trabajo. Recogí el pedido de la clínica esta mañana antes de entrar a trabajar, está en el maletero —informó Haere.

—Ya me lo llevarás, no tengo prisa.

—En cuanto pueda, el mismo lunes cuando salga.

—Connor te acabará liando. Pensé que te habrías quedado por el pueblo, todo el mundo estaba en la por la feria disfrutando de los puestos de comida.

—Estuve fotografiando estrellas en Waiho. ¡No te imaginas lo abierto que estaba el cielo! —Haere estaba pletórica—. Ni una nube, solo millones de luces rompiendo la oscuridad de la noche.

—Es una noche especial.

—Feliz aniversario a ti también, Jules.

—¿No me das un beso?

—Un momento, voy a lavarme los dientes. Seguro que sigo teniendo tóner de la impresora, no imaginas la que se ha liado.

—Como tu dentista, te dejo que no lo hagas hoy.

—La verdad es que Pam también es mi dentista y ella no me lo permitiría.

—Lo sé.

La chica se dirigió al dormitorio y Jules se incorporó con dificultad para hacer el mismo camino después de apagar la televisión, ya no quedaba nada de los pingüinos ni los tipos musculosos.

Jules escuchó como Haere entraba al baño y anduvo por la casa hasta el dormitorio, se quitó la camisa gris, el pantalón vaquero y tumbó su huesudo cuerpo en ropa interior sobre la cama. Desde aquel lugar podía escuchar el lavamanos, se preguntaba si tal vez la obsesión de su mujer con la higiene oral tuviera algo que ver con su profesión como dentista, pero bueno, eso no le importaba en ese momento. ¿Debía prepararse para reactivar su vida íntima matrimonial? Su pulso se aceleró, como si fuera a perder de nuevo la virginidad, como la primera vez que lo hizo con Haere, la única mujer de su vida.

La chica apareció preparada para dormir y con pequeños pasos se acercó al aparador.

—Mañana iré al supermercado por algunas cosas, ¿te apetece venir? He quedado con Connor.

—Haz tú la compra, yo cocinaré cuando vuelvas. Toca comida especial.

—Como quieras, además Connor quería contarme algo, seguro que es alguna de sus historias con algún ligue —dijo Haere sin darle importancia.

—¿Qué harías sin él? —añadió desde la cama Jules con una sonrisa.

A Jules no le gustaba ver a Connor, mucho menos salir con él y encontrarse a solas en situaciones que incluyeran alcohol. Solían ser buenos amigos, pero había llegado a sentirse muy incómodo y nervioso en su presencia, ni siquiera le gustaba que fuera tan íntimo amigo de Haere, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto teniendo en cuenta que trabajaban juntos y una de sus normas era no inmiscuirse. Solo podía controlar sus propias decisiones y sin duda ver a Connor no estaba entre sus prioridades por mucho que desease en ocasiones volver a tener su amistad. El solo hecho de imaginarse en una misma habitación con él lo hacía querer huir hasta Wellington o a una isla perdida de Tokelau.

Haere se tumbó a su lado en la cama con un camisón, Jules se

acercó a ella con timidez y comenzó a besarla con delicadeza. Haere tardó en responderle, pero de repente pareció a seguir las ondas que le llegaban y empezó a besarle cada vez con más y más fuerza. Jules dio el siguiente paso y buscó con sus manos los pezones de su pecho redondeado como planeaba su cabeza.

Haere se separó y se quedó mirando el techo.

—Eh, Jules… No.

—¿Pasa algo?

—No, solo que ahora no.

—Claro, cariño, no hay problema, lo entiendo.

Jules se retiró y se sentó en la cama con la espalda desnuda apoyada en la pared.

—¿Dónde está tu alianza? —preguntó Jules mirando la mano de la chica.

—Me la quité para que no se manchase en el trabajo. El lunes seguirá allí.

—No pasa nada. Yo también me la quito cuando opero.

—Buenas noches, Jules.

—Feliz aniversario, te quiero —dijo Jules volviendo a tumbarse.

—Feliz aniversario —respondió ella dándole la espalda en un movimiento.

Jules miró la nuca de Haere, pensó cómo cualquier hombre la desearía y se hubiera sentido decepcionado por no poder follársela, por no poder sentir el contacto de su piel suave cerca.

Él no era como los demás.

Haere de repente se giró y colocó uno de sus brazos sobre él intentando abarcarlo, abrazándolo sobre el pecho como si fuera un tronco. Jules respiró hondo, por primera vez en mucho tiempo le agradó tener contacto con ella sin tener temor a algo más. Su mujer era su mejor amiga y ese era el tipo de contacto que le gustaría que siempre tuvieran, cariño y complicidad sin presión añadida. Se sentía muy aliviado, demasiado.

¡Qué suerte que ella no quisiera tener sexo!

¡Qué fantasía que ella lo hubiera dicho!

Ni siquiera sabía si aquella polla escondida en su ropa interior hubiera respondido a un estímulo con Haere.

Ella levantó la cabeza de su hombro y lo miró con extrañeza.

—¿De verdad me quieres? —preguntó Haere sin dejar de estar abrazada a él.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres perfecta —le dijo sin apartar la vista de sus ojos negros.

—Nadie es perfecto.

—Tú sí.

Jules le sonrió tras decir eso.

—Lo pregunto en serio, necesito sentir que me quieres.

—Claro que te quiero. No imagino la vida con otra mujer que no sea contigo.

—Quiero que me hagas el amor.

—Dijiste que no...

Haere se lanzó a besarle, él no se retiró e hizo lo que se esperaba. Jules volvió a su plan, la búsqueda de los pezones, y empezó a acariciar el pecho a través del camisón. Las uñas de la chica se hundieron en la piel de la espalda de Jules hasta hacerlo estremecer, pero los besos no cesaron, se mantenían aumentando la humedad entre ambos. Haere levantó su camisón y comenzó a frotarse con la ropa interior en la entrepierna del hombre, concentrado porque su polla crecía a duras penas.

—Si me quieres, demuéstralo. —Haere parecía fuera de sí al quedarse solo con las bragas.

Jules se detuvo un momento ante la orden, era el momento que temía; necesitaba sentir por sí mismo y demostrar que podía seguir siendo el marido ideal. Agarró a Haere por el culo y la levantó en volandas para dejarla caer de espaldas sobre la cama. Se quitó la ropa interior, liberó su polla que comenzaba a levantarse y se lanzó a besarla un poco más. Jules cerró sus ojos, buscó en su cabeza el olor a café, el mismo que le hacía estremecer cuando cada día se acercaba el camarero que necesitaba ver antes de entrar a trabajar, el olor que sentía cuando Connor pasaba corriendo frente al cristal que tenía la palabra Luck, mirando hacia la calle.

No eran besos con pasión adolescente, tampoco sexo para dejarse llevar por el vicio, nada era como debía ser para Jules. La penetró sin esperar más como si aquello que follaba fuera el culo de un tipo en los baños de una estación, deseando que pudiera sentirlo igual. Sintió como ella se estremeció al penetrarla y agarró su cuerpo pidiendo más contacto, pero no aguantó la cuarta embestida, tanto tiempo sin masturbarse esperando ese momento tuvo su precio.

Jules se corrió sin casi haber empezado.

Haere lo miró un instante, entre decepcionada y sorprendida, mientras él se separaba. Despacio, la chica apartó a Jules con una mano y se giró para buscar la sábana y taparse. Volvía a darle la espalda.

No hubo más palabras, la noche se hizo dueña del tiempo. Jules pasó más tiempo del que podía contar mirando el techo, desnudo, sin taparse, como en una dimensión distinta de la que estaba ella. Se giró para ver a Haere, que dormía como si nada hubiera pasado.

—Quiero amarte, necesito amarte —susurró con miedo y a la vez

con adrenalina a solo unos centímetros de ella.

No podía dormir. Le temía demasiado al fracaso y al qué dirán. No quería cometer errores, no quería decepcionar a nadie, ni arruinar el apellido de su padre. No quería equivocarse de nuevo como lo hizo con Connor; el precio de aquel desliz fue demasiado caro y había sembrado miedo. No estaba preparado para perder nada, su vida era como debía ser y así iba a seguir si estaba en su mano.

¿Cuándo se durmió? No es importante, pero lo cierto es que lo hizo. Se despertó con ganas de café, vio en el despertador que seguía siendo diez de febrero y se acercaban las once de la mañana en el camino hacia el sexto aniversario.

Estaba solo en su cama, Haere ya se había marchado al supermercado y él ni siquiera la escuchó.

MIDRED PATEL

La casualidad tuvo mucho que ver en mi vida, pequeños detalles marcan el camino.

Con ojos inocentes entré en aquella clínica, buscaba trabajo porque mis hijos eran mayores y las cuentas no nos cuadraban en casa con la bajada de los precios de la trucha. Yo había sido enfermera, la mejor antes de llegar a Okarito. Luego dejé todo para dedicarme a la familia cuando conocí a aquel tipo loco que pescaba para restaurantes de toda la isla. Era lo que había que hacer, empezaba a verse mal que siguiera sola y la casa familiar se me caía encima.

Nunca pensé que acabaría en una clínica dental. Ocurrió porque era lo disponible en ese momento y la única oferta en la que encajaba en el pueblo. Comencé a pasar muchas horas entre aquellas paredes, no me importaba, por fin me sentía útil de verdad. No imaginaba que aquel dentista y yo acabaríamos juntos cuando nadie nos veía, tampoco que Sarah, su esposa, se enteraría y miraría hacia otro lado mientras no le influyese. Quería que me tuviera siempre presente, así que un día de Navidad le regalé un gato de la última camada de la granja. Debo reconocer que esperaba que Sarah lo odiase, pero creo que, para enviarme un mensaje, se encariñó con el gato incluso más que el doctor.

En todos estos años no ha salido el tema y ya no merece la pena discutir a quién amaba más Abraham, pese a que yo sé la realidad. Los dos hicimos nuestra elección de vida, que fue dejarla pasar ante nuestras caras. Abraham se fue pronto, con todo atado y bien atado. Descansa en paz, yo haré lo posible para que así sea. Me queda Jules, es un poco como ver un fantasma cuando está inmerso en el trabajo, perdido entre las obligaciones de la responsabilidad. Puede que signifique nostalgia por lo que ocurrió pero no fue.

Me gustaría hablar con Sarah, como amigas, de todo lo que compartimos a espaldas, ser sinceras por una vez, pero es imposible sin que haya esos reproches que nunca se han dicho. Mañana me traerá otro lamington de fresa con una sonrisa forzada, a Jules siempre se los trae de chocolate.

La «Kumara» es una raíz tuberosa parecida a la batata cultivada en la isla sur de Nueva Zelanda.

Connor Bowers ya no llamaría la atención a nadie por tener el pelo blanco a los treinta años. El problema es cuando empezó a tenerlo con doce, un signo de madurez que no se correspondía con lo que sentía. Es del tipo de hombres que echan de menos que las series vuelvan a tener letra en sus canciones de cabecera, la mayoría de su infancia la pasó cantando a escondidas lo temas que aprendía de la tele. Ya de adulto su cabeza siempre tatareaba, en todo momento excepto cuando dormía y follaba, cosas que hacía menos de lo que le gustaría. Hay que aclarar que su verdadera pasión era el chocolate, diagnosticado con dieciséis años de trastorno obsesivo por esa necesidad, aunque como dijo el médico: «Mejor que coma chocolate que otras cosas», afirmación con la que Connor no estaba muy de acuerdo porque llegó a pesar demasiado al cumplir los veinte años. Había tenido que moderar su consumo... y con otras cosas no se producían esos problemas.

No es que fuera la persona más popular en su adolescencia, la mayoría le hacían el vacío o le insultaban por lo bajo. «Cabeza de cebolla» o «fantasma» era lo más suave que le decían. A Connor le daba igual, no estaba solo como el raro de Kevin o la hipócrita Veronica, él tenía a Jules y no le hacía falta ningún amigo más. Lo que tenía claro es que lo que no le ayudaría a que esos insultos terminasen, era convertirse además en un tonel. Se preparó una rutina para compensar su adicción que incluía carreras matutinas y dieta estricta, que no afectaba al cacao en ningún caso. Por suerte la cumplía a rajatabla y nadie diría que con su estado atlético a su edad estaba atiborrándose a grasas e hidratos de carbono simples una gran parte del tiempo desde hacía veinte años. Él mismo dedujo que si la pigmentación de su vello se había ido un día sin razón aparente, el chocolate podría hacer que volviera a su color original. Nunca lo había contado, a nadie le interesaba lo que aquel niño soñase para sentir que había esperanza.

Llegó corriendo a su cita con Haere. Aquella mañana de diez de febrero estaba en su paraíso particular, una selección cuidada de chocolate, no al mismo nivel del que podría encontrar en Christchurch o Dunedin por desgracia. El supermercado Croydoners estaba lleno en su pasillo número tres de sabores, olores y colores que le evocaban placer. Connor los miró un instante como un niño en un juguetería, luego respiró hondo para volver al mundo de las advertencias sobre obesidad y diabetes.

Anduvo por entre las estanterías y oteó las etiquetas, 80% de pureza, cacao orgánico, sin azúcar, chocolate suizo, origen de Ecuador y el elegido, una tableta Whittakers negra que conocía bien de su infancia. Su abuela las usaba para fundirlas en repostería

religiosamente, todos los domingos cuando iban a pasar el día tras la iglesia.

Aquella tableta le ayudaría, ese día necesitaba un empujón porque no estaba seguro de cómo afrontar lo que había callado durante veinticuatro horas. Tenía algo que contarle a Haere, era importante, y no sabía cómo reaccionaría cuando supiese que se lo había ocultado por simple miedo.

—¿Ya tienes tu compra? —preguntó su amiga al verlo con el chocolate.

—Eso creo, casi me había quedado sin reservas en casa.

—Vaya drama, Connor.

—¿Y esa ironía? No te pega, Haere, te pareces a mí.

—Una noche dura, fui a tomar fotos a Waiho y casi muero del susto.

—¿Por darte cuenta de que llevabas cinco años casada?

—De eso me di cuenta al llegar a casa.

—No quiero detalles. —Connor levantó las manos en señal de desaprobación.

—Pienso contarte todos los detalles. ¿Sabes que para captar bien el cielo se necesita un ISO elevado? Entre los 2.000 y los 4.000, dependiendo de la cámara, en la mía son como unos 2.500.

—Muy graciosa, aunque gracias por la información.

Ambos rieron. En realidad a Connor le parecía interesante lo que Haere le contó, tomar fotografías podría convertirse en su billete hacia la libertad lejos de Okarito, un mérito más que no le eclipsara ante ella a ojos de Sooner.

Connor envidiaba a Haere, sabía que ella no estaba ofreciendo al mundo todo el potencial que poseía y eso le provocaba sentimientos encontrados. Era una mujer excepcional con paciencia y gran talento que poseía todo lo que él siempre hubiera querido, aunque a ella le pareciera insuficiente para hacerle feliz. ¿Hubiera estado dispuesto a quedarse en Okarito con la vida de Haere? Vaya pregunta obvia, pero evitaba que esa envidia se enquistara porque, al fin y al cabo, sabía que era una buena persona.

Su amistad se había convertido en un milagro, un extraño suceso de alineación de los astros teniendo en cuenta que Connor poseía demasiada información que callaba.

Jules, claro.

Al principio fue duro guardar el secreto de lo que ocurrió con Jules, no quería herir a Haere y que su ya maltrecha relación con su amigo empeorase. Si es que era posible que fuese peor de lo que era, que ya rozaba lo nulo por las pinceladas que ella contaba. Lo que ocurrió no fue premeditado, con Jules nada lo era. Volvía de Christchurch, así se quitaba de tener que estar con su hermano en

Dunedin, tras un fin de semana en el que no había tenido mucho éxito con los tipos que había conocido. Muchas palabras pero pocos hechos en los bares de ambiente de la ciudad. Le consolaba al menos haber bailado la música que nunca encontraría en un bar, en el bar, de Okarito. Se bajó del autobús en el apeadero de Franz Josef-Okarito, evitó ir en coche porque eran muchas horas y no sabía el nivel de resaca que tendría el domingo si la noche del sábado se descontrolaba. Unas colinas le recibieron a las afueras del pueblo, el verde se perdía hasta confundirse con el mar. Mochila al hombro entró en el baño de madera del apeadero, llevaba horas con ganas de hacer aguas mayores y no era algo que pudiese esperar a llegar a su apartamento por razones obvias. En plena faena, alguien entró en el baño de al lado cuando estaba a punto de acabar. Hasta aquel momento todo era normal y nada reseñable. Hasta aquel momento.

Un golpe en el separador de madera.

Connor respondió intrigado.

Otro golpe.

Connor sonrió y repitió el gesto de vuelta a la madera.

Aquella sonrisa dibujada en su cara duró poco, desapareció al cambiar a sorpresa. Una polla apareció por el hueco de abajo, era rosada y venosa, dura como un témpano cuando su mano la tocó. La meneó dos veces, ni una más para no perder el tiempo ni la oportunidad. Salió de su reservado a toda prisa y fue a la puerta de al lado en la que sonaba ya cómo abrían el pestillo. Connor no sabía que era Jules, y preguntar si hubiera acudido de haberlo sabido tiene poco sentido. Los ojos de ambos se abrieron como platos al encontrarse frente a frente, pero sus bocas no pronunciaron palabra, era tarde para decir nada. Connor intentó acercarse a su boca, Jules se separó y jadeó en su cara mientras se masturbaban el uno al otro y la temperatura llegaba a niveles máximos. El jadeo que llegaba a la cara de Connor se hizo más intenso, aunque no duró el suficiente tiempo para que pudiera regular la velocidad de su mano y evitar que sus pantalones se mancharan con el semen de su amigo de la adolescencia. Se fundieron en un beso, corto, poco húmedo, como si fueran dos adolescentes agazapados en una esquina de una iglesia.

Lo siguiente puede parecer más una película de terror, un Jules atemorizado se subió los pantalones, dio un empujón a Connor contra el separador y escapó del apeadero en unos segundos con un paso disimulado y rápido, como un ladrón de poca monta.

Connor se quedó solo, más que nunca. A partir de aquel día, la ya fría relación de amistad desapareció en su totalidad. Jules le evitaba, no lo culpaba teniendo en cuenta que estaba casado con la mujer con la que compartía la mayor parte del día en el trabajo y estaría aterrorizado porque lo ocurrido pudiera hacer caer el castillo de

naipes de mentiras en el que vivía.

¿Haere deseaba escuchar esa historia? La verdad hace daño y en realidad no era lo que pretendía contarle ese día. Su confesión mañanera de sábado nada tenía qué ver con la vida marital de Haere, ni con las preferencias sexuales de Jules y mucho menos con sus propias aventuras. Lo que quería decirle estaba relacionado con el campo laboral, pero también era un asunto trascendente e incluso podría llegar a poner en riesgo su amistad y enfrentarlos.

Haere se esmeraba en pesar la verdura y meterla en el carrito que llevaba. Al chico le resultaba graciosa verla como ama de casa cuando en el trabajo sus labores ocupaban el grueso de las tareas técnicas.

—¿Qué era eso que querías contarme? —preguntó Haere al acercarse con una bolsa de kumaras.

—Tiene que ver con el trabajo.

—¿Quieres que el lunes te deje solo con Paul? Puedo llegar media hora tarde si quieres.

—No seas tonta, Haere.

Haere volvió a moverse para seguir comprando en la zona a granel. Connor no dejaba de pensar ni un minuto en lo que tenía que decirle a Haere, pero las palabras no salían de su boca.

—Mira aquel tipo, Connor, creo que te está mirando, es guapo, ¿no? —dijo al volver.

—Eh, claro.

—No me haces caso, mira aquel tipo, no quita ojo.

Connor se giró con descaro intentando evitar pensar en el tema laboral pendiente con ella. Un hombre rubio de aspecto corpulento y atractivo no disimulaba en su actitud por donde se encontraban.

—Creo que te equivocas, Haere. No en lo de guapo. —Connor sonrió al volver a ella—. Te está mirando a ti.

—Yo no ligo, no desprendo ese perfume a sexo cuando camino que atrae a los hombres.

—¿Yo lo hago?

—Algo así, puedes hablar sin decir palabra. Es como si no tuvieras ninguna careta, me parece que puedo leer en ti como en un libro abierto.

—Todos guardamos secretos —aclaró Connor.

—Unos más que otros, creo que podría haber sabido que eras gay hablando contigo cinco minutos sin que nadie me lo hubiera dicho.

—¿Intentas decirme que tengo pluma?

—Para nada, con ese cuerpo que tienes no te hace falta más, demasiado mono para ser hetero. —Haere torneó sus ojos al ir en busca de unos tomates.

La verdad es que no estaba ofendido, esos tiempos pasaron hacía mucho. Todos en el pueblo sabían que Connor era homosexual, se

convirtió en la noticia de la semana. Le hubiera gustado que todo ocurriese como en una de esas películas donde los amigos apoyan incondicionalmente la noticia, el amor imposible aparece al final mientras suena *Dancing Queen* y se dan un beso ante la mandíbula batiente de los cabrones que llevan la hora y media de metraje insultando burdamente. No tuvo nada de lo que su fantasía bebía, solo ocurrió y todo siguió su curso sin más novedad que algún drama insustancial. Veronica Chase se lo contó a todo el que pudo cuando él se negó a acostarse con ella en su fiesta de diecinueve cumpleaños. Ella era un bruja despechada y lo que contaba era mentira, Connor nunca lo confesó llorando, como afirmaba ella, aunque luego tampoco lo negó llegado el momento de la verdad. Tenía asumido que se sabría tarde o temprano, no le importó que los demás hablasen sobre sus preferencias sexuales ni tampoco que lo considerasen golfo o no. ¿Qué más daba? De todas formas ese pueblo de mierda no era un lugar para tener escrúpulos ni remordimientos.

Habría que puntualizar algo, así como todos sabían que él era gay, él también conocía quiénes compartían sus inclinaciones sexuales en el pueblo agazapados entre el silencio. Podía distinguir a millas de distancia, en fotos supuestamente anónimas, a todos los pobres diablos que usaban las aplicaciones de contactos a la espera de nuevo material. Sentía pena por ellos, la mayoría ni siquiera se habían atrevido a salir del armario y vivían escondidos y amargados esperando que la muerte viniera a buscarles.

Connor no iba a dejar que eso ocurriera, se iba a ir de allí como fuese. Si la manera era dar una puñalada en la espalda a su mejor amiga, que así fuera. No se sentía bueno en nada y no pensaba poder sobrevivir en ningún otro sitio, ahí estaba la cuestión. ¿Vivir o sobrevivir? No podía estar en ambas.

Podría decirse que lo único bueno de vivir en Okarito para Connor eran los turistas que pasaban por allí día sí y día también. Hombres de todas partes del mundo, con acentos que a Connor le ponían la piel de gallina, machos desorientados por ese hemisferio en busca de un polvo con algún tío local. Él estaba dispuesto a complacerlos y a sumarlos a su no tan pequeña lista personal.

Pero aquellos polvos casuales no le bastaban para sentirse a gusto en aquel lugar, una puerta se estaba abriendo ante él y no la iba a dejar escapar.

—Connor, ¿puedo preguntarte algo personal? —dijo Haere al comenzar a caminar con el carrito.

—¿Te vas a poner intensa?

—No mucho, es de mi mítica faceta superficial.

—He hablado contigo de todo, Haere, no creo que me escandalice.

—¿Es verdad que los gays tenéis un radar para detectar otros?

—Te lo contaré... es por el olor —respondió Connor bajando el tono de su voz.

—¿En serio?

—Sí, es extraño, algo así como un perfume que desprendemos a fresas con sobaco. —Connor mantuvo el gesto serio hasta que comenzó a reírse—. Solo nosotros lo podemos detectar.

—De acuerdo, si no vas a tomártelo en serio, no me respondas.

—A ver, hablando en serio, sí. Hay un sexto sentido que hace que te des cuenta de determinados detalles que para la mayoría de la gente pasan desapercibidos. Una mirada, un gesto, una palabra, no sé, es todo y nada en concreto.

Haere se detuvo en seco y lo miró.

—Dime un ejemplo de un supuesto hetero del pueblo al que tú notes que podría ser de tu acera.

—Es algo personal de ellos, cada uno debe de decidir el cuándo, el cómo...

—Y el dónde… —le interrumpió Haere—. Connor, la verdad es que llevas años contándome de todo, no te hagas el digno.

Connor se sintió muy incómodo con la pregunta de Haere, pero no quería despertar ninguna sospecha sobre su tema con Jules, así que trató de actuar lo más natural posible y comenzó a señalar con la cabeza a uno de los trabajadores del supermercado.

—¿Te apetece una pavlova?

—Nada de tartas hoy... —Haere se detuvo—. ¿Kevin el de la panadería? No me dirás que…

—Un reina, además le va el cancaneo, te lo aseguro. —Connor afirmaba con la cabeza.

—Si te lo has tirado no cuenta.

—No lo he hecho, pero estoy seguro de que si alguna vez consiguiera que se tomara dos copas lejos de su mamá, caería en el primer intento.

—Qué humilde eres.

—Es un tipo raro, pero tiene su punto, ¿no?

—Yo también sería rara si me hubiera criado en el tanatorio del pueblo —dijo Haere con una sonrisa.

—Imagina, seguro que cuando era adolescente se escondía a hacerse pajas donde guardaban a los muertos.

Haere abrió sus ojos con sorpresa por la afirmación y le agarró del brazo fuera de la vista de Kevin.

—¿Alguna vez has estado con algún casado del pueblo?

Connor se quedó petrificado un segundo, aunque su abanico de historias tenía una amplitud suficiente para no tener que acudir a nada que tuviera que ver con Haere.

—Varios, pero no soy muy partidario de obligar a nadie a contar lo que no quiere, cada uno decide su propio camino.

—Es una gran hipocresía por su parte, es una mentira de vida que obliga a su mujer e hijos a no conocer quién está frente a ellos.

—No todos tienen hijos o mujer, incluso estuve con un viudo una vez.

—¿Cómo? ¿Del pueblo? Todos los viudos que conozco son mayores, el viejo Benjamin, Adam el mecánico...

—Mi boca está sellada.

—Después te dedicas a enseñarme fotos en aplicaciones de tíos descabezados desnudos y te da igual.

—No es lo mismo, no es como en mi caso que solo por el vello se me reconoce —bromeó Connor.

—Ah, ¿Clay? Siempre he sospechado de él cuando he ido a la ferretería.

—Haere, no te voy a contar quién es.

—Entonces es Clay. ¿De verdad has estado con él? Vamos, no voy a criticar lo de la diferencia de edad, pero esa barriga nunca hubiera dicho que entrase dentro de tus gustos.

—No es Clay. Nunca lo acertarás, de hecho, en la práctica ni siquiera vive en el pueblo.

—¿Un viudo que en la práctica no vive en el pueblo? Déjame que piense.

—¡No inventes! —exclamó Connor, avergonzándose porque varias personas se giraron por el volumen.

—El único que se me viene a la cabeza es Edward Green, siempre en su hotelito —dijo, en un recuerdo sobre un rumor que recordaba del suicidio de su mujer poco después de llegar.

—Vale, fue Edward Green, pero dejemos ya este tema.

—¿Edward Green? Pero si podría ser tu padre, era de la misma edad que el mío. —Haere se detuvo, nunca solía hablar de su padre.

—Te aseguro que está de muy buen ver, no para repetir, pero no me arrepiento.

Haere se rio con disimulo y Connor trató de reír también, pero no le salía natural y se sentía fuera de lugar. No quería seguir con ese tema y el hecho de no contarle lo que ocurrió con Jules le parecía omitir información, ser un hipócrita como esos de Okarito a los que tanto había criticado siempre.

—Edward Green... —repitió Haere.

—No te debería haber dicho nada.

—Tranquilo, solo es que me ha sorprendido.

—Tengo que irme, voy a comer con mis padres hoy —improvisó Connor. No podía soportar más tiempo la situación y decidió salir de allí.

Avergonzado, soltó el chocolate y dijo adiós con la mano.

—Dale saludos a Rose y Harry.

—Los Bowers los tendrán de tu parte, incluso mi hermano Dylan si nos llama.

—Qué mono es… ¿y lo que querías contarme del trabajo?

—El lunes, puede esperar. No llegues tarde.

—No sé si eso es una indirecta —bromeó ella, que ya se dirigía con su carrito en dirección opuesta a su amigo.

Haere por suerte aceptó la evasiva y Connor se sintió salvado por la campana. Salió disparado hacia la salida del supermercado, como si allí dentro le faltara el aire para respirar.

Cuando iba a cruzar la puerta volvió a ver al tipo rubio que miraba con sus ojos azules a Haere. «Definitivamente no es gay», pensó, para después desear estar en su apartamento para no hacer nada un día más, no pensaba acercarse a comer con sus padres en fin de semana.

Estiró sus músculos en la puerta del supermercado y comenzó a correr. Pasó Cloudesley Road y dejó atrás la cafetería con la clínica dental Eagle en frente. Hacía siglos que no entraba allí, desde que Jules se fue a la universidad. Tampoco es que tuviera muchas ganas de ver a Jules en esa situación por mucho tiempo que llevase evitando su revisión dental. El cartel del único dentista de Okarito aparecía a su vista cada vez que iba y volvía corriendo al trabajo en Sooner, a veces los dos hacían como si no se viesen, así era y así debería seguir siendo para él. El pasado no importaba, ya no eran los dos chicos atemorizados que se apoyaban el uno al otro para no escuchar los insultos.

Aquel pueblo le parecía el fin del mundo. «Si el mundo se acaba, ¿seremos los últimos en desaparecer?», se preguntó, porque al menos sería algo positivo para Connor de vivir allí, en el culo de Nueva Zelanda. Cosas así se preguntaba con Jules cuando eran adolescentes, reflexiones tontas que no llegaban a ninguna parte y solo podían compartir entre ellos.

Recordó la última vez que tuvo una conversación con Jules, algo más que «Hola, ¿qué tal?». Fue el día después del encuentro en el servicio del apeadero. Jules lo llamó bastante nervioso para saber si todo estaba claro entre ellos y luego, no quedando contento con la llamada, le escribió un mensaje que decía: «Espero que lo ocurrido quede entre nosotros, un error no debe destruir una vida». A Connor le ofendió mucho que lo tratara de error pero siguió adelante con su vida y cargó con el secreto. ¿Fue un error su amistad? ¿También lo que pasó con quince años? ¿Todo lo que hacía era un error para el mundo?

Si era un error, como una piedra seguiría provocando tropiezos en

todo aquel que se acercase por Cloudesley Road.

Tras una ducha por la carrera de vuelta, se tumbó en el sofá de su casa y abrió Grindr. Los de siempre aparecieron, excepto algo nuevo, una foto de un chico guapo con barba que le hizo detenerse.

«Hola».

Connor tenía plan y también muchas horas por delante para prepararse, esa noche había quedado para ir a la feria con un mochilero de Francia que andaba de paso por Okarito. Quizás follarse a un extranjero es lo que le hacía falta para disipar sus fantasmas y aclarar sus ideas.

KEVIN NATANA

Todo era pan congelado, incluso la mayoría de los bizcochos más sencillos. Si la mayoría supiera que en Croydoners solo se ordenaban los elementos y que nunca cocinaban lo más mínimo, dejarían de ir allí a comprar lo que se vendía como «recién hecho».

Al menos olía como tal, era lo que le gustaba de su trabajo. Toda la vida creció oliendo a muerte, en el tanatorio Natana nunca llegaba nada agradable a la nariz, excepto una vez que todo olía a flores de verdad.

Ver a esa chica llamada a Haere se lo recordaba, el día que todo fue distinto. Vivía entre químicos y ambientadores que ocultaban ese olor que comenzaban a tener los que no podían pagar un embalsamamiento de primera. Era un niño cuando sus padres prepararon en la capilla principal un funeral maorí, o un intento de él.

En el colegio le decían indio, gordo negro o cenizo maloliente, insultos que intentaba ignorar por ser lo más bajo de lo más bajo entre lo que allí habitaba. Estaban los guapos y deportistas, la élite, la masa que se consideraba normal y los dos mariquitas que todos apartaban. Yo iba después, en mi propia categoría de niño extraño que no era capaz de mantener una conversación más de dos minutos.

¿Culparles? Ojalá otro hubiera ocupado mi lugar, lo hubiera destrozado a insultos para no ser yo. Era gordo, maorí y con dotes sociales nulas, lo peor que se podía ser siendo adolescente.

Aquel funeral del matrimonio Paniora fue especial para mis padres, ellos vieron que estuvieron a punto de pasar por el mismo camino, mangoneados por el gobierno y separados de sus raíces. Los Natana hicieron ese camino solos y, de repente, se sintieron en la obligación de hacer el funeral maorí lo mejor posible. Colocaron flores y adornaron todo con hojas verdes que deslumbraban.

Dos noches debían pasar allí los cuerpos escuchando cómo sus seres queridos admitían sus defectos y contaban sus virtudes. El problema es que los seres queridos no estaban cerca. Tampoco se les esperaba porque estaban tan desconectados unos de otros que cuando se enterasen ya sería tarde.

Los Paniora fueron los primeros fallecidos que veía solos, sin nadie que fuera a llorar excepto algún tipo extraño como Edward Green o Benjamin Webbe. Mi madre me contó que los Paniora

llegaron a través de un programa de integración del gobierno que obligó a los indígenas a aceptar trabajos basura como funcionarios por toda Nueva Zelanda a cambio de integrarse en la sociedad.

¿Integrarse? Lo que vi fue a gente que lo perdió todo por ser como los demás, gente que dejó atrás sus raíces para que les permitieran vivir en un sistema que no era el suyo. Ellos no querían esa vida, estoy seguro. Tenían derecho a decidir, pero se les negó.

A mí me gusta estar solo, nadie me entiende, pero así quiero pasar mis días... entre un olor agradable que no me recuerde el pasado ni la muerte. Todos nos vamos a morir, todos nos pudriremos o seremos vaciados para ocultar que la carne no aguanta sin vida. El día que a mí no me quede aliento quiero que me hagan un funeral como el de los padres de Haere; sin nadie que cuente mis defectos, solo yo entre las plantas que nunca admiraron los que me despreciaron.

ADLER Y LA OPORTUNIDAD

«Pakeha» es como llaman los maoríes a un neozelandés blanco de origen europeo, generalmente británico.

La mañana estaba bastante fresca aquel diez de febrero, sobre todo cerca del parque natural. Adler Fuchs había aprovechado para coger la bicicleta y dar una vuelta por algún terreno asfaltado, y allí todas las carreteras llevaban a Okarito. No había visitado el pueblo más que un par de veces desde que llegó, tampoco es que hubiera mucho que ver y el trabajo le tenía absorbido casi todas las horas del día, ya fuese explorando o durmiendo.

Seguía en buena forma. No perdió el ritmo a los pies de las montañas hasta que el aliento comenzó a desaparecer a la entrada del pueblo. En uno de los descansos paró en un supermercado a comprar un barrita energética y rellenar el agua en el servicio para mentalizarse sobre la vuelta al hotel en cuesta arriba. Nada especial para cualquier persona, si no fuera porque en su caso llevaba dos meses observando pájaros, kiwis para ser exactos, registrando cada paso que conseguía encontrar entre los bosques de la isla sur de Nueva Zelanda. Esos pequeños pájaros le estaban volviendo loco, tanto observarlos y seguirlos le hacían pensar a veces que eran la última especie sobre la tierra, que no quedaba nada más allí afuera, ni siquiera humanos, él era el último o quizás ya se hubiera convertido también en un kiwi de esos que acababa dibujando como si estuviera haciendo una investigación en el siglo XIX.

Recorrió los pasillos del supermercado con tranquilidad, hacía tiempo que no se tomaba tiempo para sí mismo y se detuvo en la parte de las barritas energéticas.

Se quedó petrificado.

Ante él estaba una cara conocida, una chica que charlaba con un amigo.

No conseguía ubicarla. La miró directo unos segundos, después retiró la mirada al sentirse descubierto por el chico, que le mantuvo la mirada sin vergüenza mientras comentaba algo. En sus planes estaba volver al hotel después de comprar, dormir algo y estar preparado para el trabajo de seguimiento de la noche. La evolución singular de los kiwis formaba parte de un proyecto en el que su parte era el Apteryx rowi, también conocido como Kiwi marrón de Okarito del que la universidad de Colonia guardaba un ejemplar disecado desde hacía años.

Paseaba indeciso, no sabía si comprar las barritas de nueces y miel o algo de chocolate, cuando vio al tipo que le había mirado un momento antes de nuevo. Ese chico no le sonaba de nada, juraría que no lo había visto nunca, pero ella... Esa cara se le había quedado grabada desde... la noche anterior.

«Cómo podría olvidar esos ojos, es imposible».

Mientras hacía la cola para pagar, volvió a ver esos ojos negros que recordaba asustadizos, huidizos de la luz. Cuando la miró de frente la reconoció al instante, no volvería a olvidarla.

—¡Hola! Perdona que te moleste —dijo Adler con una exquisita educación.

—Hola… Disculpa, ¿nos conocemos de algo?

—Sí, o bueno, no… Mejor dicho, me presento, yo soy Adler y me crucé ayer contigo en Waiho.

—¿Ayer? —preguntó Haere frunciendo el ceño.

—Creo que no debería haberte dicho nada. Solo quería disculparme por cómo me acerqué.

—No, tranquilo. El tipo de la linterna, ¿no?

—El mismo. Estaba perdido y no sabía a quién acudir.

—De verdad que no pasa nada... Adler. Mi nombre es Haere y creo que es mi turno para pagar —dijo señalando al chico de la caja registradora.

Haere comenzó a poner su compra en la cinta ante la atenta mirada de Adler, que no dejó pasar el detalle de sus dedos desnudos de cualquier anillo y una pequeña marca en uno de ellos.

—Si solo vas a comprar eso, puedes pasar —dijo ella señalando las barritas que llevaba en la mano.

—No tengo prisa.

—Como quieras, no insistiré.

—Tranquila, Haere, tengo todo el día. Tu nombre es precioso.

—Gracias —respondió la chica incómoda.

—¿Qué significa? Mi nombre es bastante obvio, en alemán significa águila.

—El mío es maorí, no tengo la más remota idea de lo que significa.

—Me enteraré. Oye, quiero disculparme por lo de ayer, sé que te asusté, no era mi intención llegar como un fantasma en medio de oscuridad.

—Olvídalo, solo me tomaste por sorpresa, eso es todo.

—Son doscientos sesenta dólares —dijo el cajero a Haere.

—Bueno, pues encantada de conocerte —le dijo a Adler tras pagar.

—Lo mismo digo.

Adler vio como Haere se iba, otra vez tras un encuentro incómodo. Él pagó corriendo y salió del supermercado para encontrarla metiendo la compra en el maletero de su coche, lamentándose de no haber sacado todavía el material de la clínica de Jules.

—Haere, ¿puedo invitarte a un café para compensarte por lo de

ayer? —preguntó manteniendo las distancias.

—No hace falta, tengo un poco de prisa.

—Insisto, he visto una cafetería en el pueblo con muy buena pinta.

—No es el mejor día, de verdad —dijo la chica en un tono bajo.

—A ver, es sábado, seguro que hoy no tienes nada mejor que hacer. ¿Por favor? —preguntó Adler con cara de cordero degollado.

—Bueno, no he desayunado todavía.

—Entonces perfecto, voy en bicicleta, nos vemos allí.

—Puedes poner la bicicleta detrás. —Haere señaló al maletero.

—Como quieras, lo importante es el café.

—¿Sabes el nombre de la cafetería para que vayamos en mi coche?

—Luck Café, ¿la conoces?

—Esto es Okarito, lo extraño sería que fuese otra.

Adler se montó en el asiento del copiloto, casi no cabía debido a sus piernas interminables. Haere le llamaba mucho la atención, tenía una mirada muy profunda y una sonrisa que le hacían querer besarla como un impulso irrefrenable. Le gustaba aquella chica pequeña y angelical, era especial. Fue un flechazo a primera vista que no debería haber sentido y que no podía evitar que le invadiera como un tsunami.

—¿Estás divorciada? —preguntó Adler al verla cambiar las marchas del Toyota.

—¿Cómo?

—Perdona si me meto en lo que no me importa, pero no pude dejar de notar la marca en tu dedo.

—Ah… Eso… Pues sí, algo reciente.

—Hay un tipo ahí fuera con muy mala suerte.

—No es algo agradable, la mala suerte es de ambos.

—Bueno, siento si te incomoda el tema. —Adler dudó por estar disculpándose constantemente—. ¿Entonces eres de Okarito?

—En general, podría decirse que sí, aunque viví bastante tiempo en Dunedin. ¿Tú estás de turismo?

—No... no. Trabajo para la universidad de Colonia y estoy desarrollando una tesis sobre el estudio de los kiwis de esta zona con una beca. A veces me pierdo todavía y el teléfono resulta inútil en la mayoría del parque.

—Interesante. ¿Llevas mucho por aquí?

—Mes y medio en el hotel Glaz, me quedan dos meses antes de irme.

—¿En serio? —La cara de Haere se iluminó—. Yo crecí cerca de allí, mi padre era el guardabosques del sitio y vivíamos dentro de la reserva natural antes de que existiera ese hotel.

—Debió haber sido una infancia increíble, me parece el lugar más

mágico de la tierra.

—Sí, debió serla. A veces voy allí para relajarme y hacer fotos.

—Si tienes algunas de kiwis no me importaría comprártelas —dijo Adler.

—Lo más que tengo es un dibujo que encontré ayer, esos pájaros no son fáciles de capturar por la cámara.

—¿Te gustó el dibujo?

—Era interesante, no es que entienda mucho de arte. Lo que más me gusta es plasmar el firmamento. Es lento, pero también tiene su recompensa.

—El cielo es impresionante en Nueva Zelanda, te sientes pequeño.

—Cuando no hay nubes —aclaró Haere.

—He tenido suerte, a veces me parece que estoy en el verano alemán.

—No es siempre así, en invierno esto es aburrido y el tiempo es un infierno.

—Seguro que podría acostumbrarme, todo sería tener la compañía adecuada.

Se quedaron en silencio un momento, Adler supo que ella había notado la intención del comentario de forma clara y esperaba algún gesto por su parte.

—Hemos llegado al Luck Café —dijo la chica.

Adler abrió la puerta del coche y sacó medio cuerpo. Haere no se movió.

—¿Vamos?

—Creo que te dejo aquí con tu bicicleta, tengo que irme.

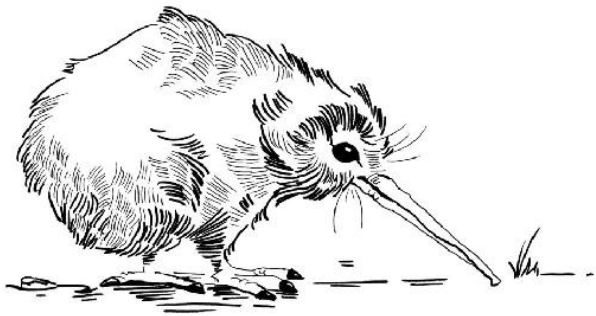
—Pero si no has desayunado, al menos quédate un momento —suplicó Adler.

—Es tarde, comeré algo después de colocar la compra. Llevo alguna cosa que podría estropearse.

—Haere espera, no te vayas, por favor.

—Creo que esto ha sido un error. No quería confundirte.

—Por favor, dame tu número por lo menos —insistió el chico.



—No te busques complicaciones. Encantada, Adler.

Adler sacó un papel del bolsillo y lo dejó en el asiento del copiloto. Haere ni siquiera le miró. Después el chico cedió, cerró la puerta y se comió sus deseos de insistir al ir a buscar la bicicleta. Tenía ganas de intentarlo otra vez, pero no quería asustarla ni que se sintiera presionada. Estaba seguro de que ambos sintieron una conexión especial de esas que se pueden contar en la vida con los dedos de una mano. Es curioso, pero a pesar de ser un hombre de ciencia, creía mucho en las energías y un poco en el destino. Tal vez ese tipo de cosas son las que le ayudaban a seguir teniendo fe y a no convertirse en un completo escéptico, como la mayoría de sus colegas.

Anduvo unos pasos sin sacar de su mente a Haere y miró a su alrededor con la esperanza de verla aún por allí, pero no estaba. Entró en la cafetería y un tipo alto con tatuajes le preguntó qué quería. En ese momento se dio cuenta de que no quería un café, recordó que antes de Haere su único plan era irse al hotel. Podía ver grabada en su retina su sonrisa, se había quedado en lo más profundo de su memoria, al igual que su voz dulce, sus manos delicadas y esa timidez con la que le miraba de reojo mientras estaba al volante.

Salió a la calle, se comió su barrita de miel y nueces y decidió irse. Estuvo todo el camino sufriendo con Haere en su cabeza. Ni siquiera se iba de su pensamiento cuando sus piernas temblaban por la pendiente que hacía imposible un pedaleo regular.

Sudaba de forma impropia al llegar al hotel, a la entrada se encontró con Edward, el dueño del lugar. Le parecía un tipo duro, bien parecido para rondar las cinco décadas, con el que a veces se

quedaba charlando hasta tarde con un par de cervezas. Ambos tenían en común las largas jornadas de espera y las noches sin dormir. Sus miradas a veces eran penetrantes e incómodas, así que había supuesto que era parte del choque cultural y no le daba importancia.

—Hola Adler, te he dejado lo que me pediste en la habitación, me ha costado encontrarla con todos los tratos que tengo en la cochera.

—Gracias, me será de mucha ayuda —agradeció a Edward.

—¿Qué tal por el pueblo?

—Mejor de lo que pensaba, he estado hablando una chica fantástica.

—¿Dónde la has conocido?

—En el súper… O bueno, no, nos encontramos antes una vez aquí cerca.

—¿Se hospeda en el hotel? ¿La conozco?

—No, no es del hotel, pero quizás sí la conozcas, dijo que solía vivir aquí antes —aclaró Adler.

—¿Cómo se llama?

—Haere.

—Hacía mucho que no escuchaba ese nombre —dijo Edward extrañado.

—¿La conoces?

—La conocí, hace mucho. Eran otros tiempos.

—¿Sabes cómo podría contactarla?

—No tengo ni idea. —Edward miró el reloj de su muñeca antes de seguir hablando—. Bueno, tengo que arreglar el grifo de la habitación quince, gotea desde ayer.

—¿Sabes dónde trabaja?

—Olvídate de esa chica, para ella solo eres un *pakeha* extranjero. —El dueño del hotel se detuvo un instante inseguro—. Nos vemos —sentenció.

—Encantado, aunque este extranjero está deseando oír todo lo que sepas sobre ella.

—La que yo conocí se debe parecer poco a la que tú has visto, el tiempo hace estragos en todos.

Edward se fue sin esperar un segundo, aunque algo le dijo a Adler que realmente estaba huyendo de la conversación.

Adler buscó su apartamento, la habitación ocho que hacía la labor de su hogar. A la entrada había una pequeña lámpara roja que Edward Green le había prometido con un papel que decía «Para el señor Fuchs». La recogió sin hacerle mucho caso y cayó rendido en la cama tras tantas horas sin dormir.

Se despertó cuando comenzaba a anochecer y se preparó para salir en busca de algunos kiwis. Su labor estaba siendo una decepción

y pasaba la mayoría de las noches planeando cómo maquillaría todo para poder compensar el fracaso. Una ducha y ya estaba preparado para caminar por senderos con su chubasquero y lidiar con la frustración de no ver ninguno de esos pájaros en su hábitat.

Decidió hacer la ruta del día anterior con la tenue luz roja, cerca del lago en el que vio a Haere y la asustó sin pretenderlo. Llevaba un pequeño plano dibujado en un papel con los principales puntos que le podrían servir de referencia, cosa inútil porque la oscuridad se lo pondría difícil para localizarlos.

Se sentó un momento en la madera del embarcadero, el tiempo suficiente para sentirse un tonto por su actitud con aquella chica. Una luz lejana le sorprendió, era un coche que proyectaba los faros al infinito hacia donde se encontraba. Una silueta se acercaba, Adler se levantó.

—Sabía que estarías aquí. —Escuchó entre la iluminación desde la voz de Haere.

—¿Has vuelto a hacer fotos? Esa luz de los faros del coche no creo que sea muy buena.

—Ya te dije que también vengo a relajarme.

Haere se acercó y se sentó junto a él.

—No he dejado de pensar en ti.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

Las palabras de Haere le atrajeron, le fascinó que ella tomase la iniciativa. Adler se acercó y le acarició el pelo que se movía con la brisa, con la otra mano palpó su cara a la luz de las estrellas sin poder creer lo hermosa que era. No podía resistir más las ganas de besarla, pero fue ella la que se lanzó hacia su boca.

Pronto las caricias escalaron a otros niveles de pasión y la ropa comenzó a molestar por mucho que hubiera bajado el termómetro nocturno. Las palabras se volvieron innecesarias y solo el deseo hablaba. Desnudos, entrelazaron sus cuerpos bajo las estrellas mientras Haere cabalgaba encima de Adler sintiéndose deseada. ¿Cuánto tiempo pasó? Hay momentos en los que es imposible medirlo, las olas del océano en el embarcadero fueron infinitas. Explotaron a la vez en un éxtasis de placer que parecía unirles para siempre entre la naturaleza salvaje usurpada por la luz de un Toyota.

Ignorando el fresco de la noche, ambos miraron al firmamento y, en un acto casi místico, agradecieron en silencio la oportunidad de volver a hacer el amor.

BENJAMIN WEBBE

Cincuenta años casado, cuarenta años siendo la máxima autoridad de Okarito y casi setenta veces soplando velas desde que salí de la casa de un albañil que casi no podía dar de comer a sus hijos. No puedo pedir más. Quizá sí, pero la vida hace justicia y hay que asumirla.

He visto de todo, de todo lo que se puede ver en un rincón como este. Disputas domésticas, borrachos y niñatos que se creen dueños de todo lo que pueden ver hasta el horizonte. Algunos saben que hay mundo más allá, otros lo han olvidado a un nivel que piensan que lo que hay más allá de los Alpes no existe.

Me ha tocado ver muchas lágrimas, súplicas y crueldad, aunque nunca he podido olvidar los ojos negros de aquella niña. Fue Edward Green el que nos llamó, al parecer Haere se había perdido y la estaban buscando desde hacía bastantes horas antes.

Lo que encontré allí no era lo que me esperaba tras maldecir el cielo en todo el camino a Waiho. No sé si lloraba cuando llegué, llovía tanto que las lágrimas se habrían diluido en un segundo.

La llevé a mi casa, ¿qué otra cosa podía hacer? La niña no tenía un familiar en cientos de kilómetros a la redonda, si es que había alguno que se hubiera hecho cargo de ella. Prometo que nunca se me hubiera ocurrido si Barbra no lo hubiera dicho tras dejarla tomando leche caliente en la cocina. Era de locos, ¿adoptarla? Aquella noche no parecía una locura, en ese momento nada parecía imposible mientras los cuerpos salían de Waiho rumbo al tanatorio de los Natana. Debía seguir el protocolo, llamar a los servicios sociales, informar de la situación y plantear la solución de Barbra. Una inspectora de Dunedin vino a buscar a Haere a las ocho de la mañana, yo todavía no había pegado ojo y la niña dormía con mi mujer en el sofá cuando me enfrenté con la cruda realidad. Haere pertenecía al plan de integración gubernamental, en la práctica, la misma responsabilidad sobre sus padres era del gobierno, así que la niña pasaba automáticamente bajo la tutela de Nueva Zelanda. El país mantendría su custodia o buscaría una familia apta para su integración total para completar el programa. Nosotros ya pasábamos los cincuenta años y nunca se nos concedería la adopción, podíamos aceptarlo y olvidar o comenzar una lucha infructuosa con la administración.

Elegimos... elegí seguir con una vida tranquila. Aquel caso daba muchos problemas, aunque después de los años sé que me hubiera

ayudado luchar para así conciliar mejor el sueño.

«Whitebait Fritter» es una especie de tortilla de huevo elaborada con pequeños pescados y tomates típica de Nueva Zelanda.

Quedaban veinte minutos para que sonara la alarma de Jules aquel domingo once de febrero. El día había amanecido fresco y agradable, el verano estaba pletórico aquel año y se notaba en el aire que rodeaba la casa al abrir la ventana del baño.

Jules se miró en el espejo y se colocó la corbata, como cada domingo iba a acompañar a su madre a misa. Por suerte ese día no iba a llegar tarde, durante la noche había estado despertándose cada poco rato a la espera de Haere. Nunca llegó.

Bajó las escaleras, la descubrió acostada en el sofá con la melena negra revuelta y acurrucada entre los cojines como si nada hubiera pasado entre ellos. Nada más lejos de la realidad, el día anterior había sucedido algo que le robó la tranquilidad. Mientras Haere estaba en el garaje, haciendo esos trabajos de acrílico para férulas de descarga bucales que le ayudaban a él a ganar un dinero extra por no tener que enviarlos al laboratorio de la capital, Jules preparó una cena especial, un intento de celebrar el aniversario que no pudieron realizar el viernes, un vino tinto Momo para regar una fuente de whitebait. Haere entró en la casa, vio la mesa puesta, las velas y la botella abierta y no dijo nada hasta que Jules apartó la silla para que se sentara. Ni una palabra en una mirada vacía que se rompió para decir algo al levantarse tras dos segundos: «Tengo que irme, volveré tarde». Se dio la vuelta hacia la salida, dio un portazo y desapareció en su Toyota, sin dar la más mínima explicación.

Jules se sintió estúpido al verla dormida por la mañana en el sofá, humillado en su intento de hacer que aquello funcionase. ¿Dónde había pasado la noche? Ni siquiera estaba seguro de querer saberlo.

Se subió en su moto y se dirigió a casa de su madre por la carretera desierta. Antes paró para buscar un café para llevar en el Luck, frente donde pasaba su vida laboral y había crecido, y se lamentó por ser tan estúpido como por ir solo para ver al camarero.

Al entrar encontró al tipo tarareando una canción de Jessica Mauboy que no dejaba de sonar en la radio por algo de un festival, importaba poco por verle mover las caderas aunque fuera un segundo.

Jules se conformaba con poco: —Hey, Doc. No pensaba que también vendría en domingo.

Claro que iba a ir en domingo, y en todos los días que pudiera escaparse.

—Ningún café como el tuyo, Patrick —dijo Jules con una sonrisa.

—Mérito de la máquina, o eso espero porque me iré pronto.

—¿Te vas de Okarito?

—Vine a estudiar y ya estoy preparado para ser policía.

—Te deseo toda la suerte en la búsqueda de tu sueño.

Todo el mundo se iba de allí, para el que llamaban «Doc»

comenzaba a no haber nada que atase a una tierra estéril al crecimiento de los sueños.

Jules respiró hondo frente al cartel del águila de la clínica dental Eagle, lo veía por el cristal de la cafetería como si estuviera a kilómetros. Después, cruzó Cloudesley Road hasta su antigua casa familiar.

Su madre salía justo en ese momento, tan elegante como siempre, pelo cardado y traje azul planchado con esmero para ser vista. Ella vivía para llamar la atención, nada le daba más satisfacción que una adulación en el momento correcto. Se dieron un beso y comenzaron a andar camino de la iglesia, mientras él seguía recreándose en su café con cada paso por Cloudesley Road.

Llegaron con tiempo de sobra al lugar en el que se casó poco más de cinco años antes y su madre se quedó fuera conversando con algunos de los feligreses habituales, amigos desde hacía décadas. Jules se quedó apartado con su vaso casi frío, lo que menos le apetecía era tener que saludar a alguno de los estúpidos con los que compartió clase en la adolescencia, demasiado tenía con poner buena cara en la clínica y no torturarles hasta que suplicasen clemencia. Se mantuvo con la mirada perdida hacia una valla de madera que enmarcaba una bella estampa cuajada de flores.

—Es un placer seguir viendo algún alumno en misa.

—Buenos días, Señora Webbe. ¿Qué tal está?

—Agobiada, celebro mis bodas de oro y estamos preparándolo todo. No te imaginas el trabajo que me lleva.

—¿Su marido no la ayuda? —se interesó el chico.

—Mi marido piensa que es una tontería gastar tanto dinero en esa fiesta. A mí me parece la mejor forma de hacerlo. ¿Te quedarás el próximo domingo a comer tras la misa en la que nos van a consagrar?

—Claro, será un placer —respondió Jules con educación.

—¿Y Haere?

—Se lo comentaré, aunque ya sabe que no suele venir a misa. Le gusta pasar los domingos descansando. No es que sea muy practicante, lo sé.

—Puede que la vea esta semana por el tema de las invitaciones. ¡Qué deleite de trabajo ha hecho! Yo la convenceré para que venga, puedo ser muy insistente cuando quiero.

—Doy fe, todavía recuerdo las fechas que nos hizo estudiar de Edmund Hillary. 29 de mayo la cima del Everest.

—Cuesta creer que alguien me escuchase —admitió la señora con un sonrisa—. Me da esperanza para convencer a Haere.

—Suerte —bromeó Jules.

—Vamos dentro, el oficio está a punto de empezar.

Jules esperó que Barbra Webbe entrase delante, tiró el vaso de

cartón a la entrada de la iglesia y buscó acomodo cerca de su madre, en la tercera fila. Los dos miraban al frente cuando su madre comenzó a hablar.

—¿Cómo está Haere?

—Bien mamá, como siempre —respondió Jules condescendiente.

—Hace mucho que no la veo. ¿Está enfadada por algo conmigo?

—Claro que no, está ocupada y ya está. —Jules pensó que su madre merecía alguna excusa mejor—. La verdad es que no le gusta ir a casa con Heathcliff, dice que le huele a gato.

—Claro que huele a gato, no va a oler a elefante. ¿Qué hay de malo en eso?

—A ella no le gusta.

—Bueno, intentaré comprar unos ambientadores para cuando venga a casa.

—Mamá, no es eso.

—¿Está embarazada? —preguntó su madre sin girar la mirada.

—Por favor, mamá. Ya hemos hablado de eso.

—Cada vez que te saco el tema lo rehuyes, ya va siendo hora de crear una familia.

—Basta, por favor, va a empezar la misa —dijo Jules en tono seco.

—El que nada debe, nada teme. Recuerda que todas las madres sabemos más de lo que decimos —sentenció Sarah.

La ceremonia transcurrió con total normalidad, pero Jules se sentía incómodo pensando en las preguntas de su madre. Ella suponía que su matrimonio no iba bien, con toda la razón, pero estaba dispuesto a luchar para que todo quedase en un mal sueño. La convivencia nunca es sencilla y el amor es un asunto bastante complicado cuando los sentimientos se confunden. Jules se sentía bastante confundido, todos lo hemos estado alguna vez, ¿verdad?

Respiró profundo e intentó disipar sus pensamientos, algo complicado entre aquellas paredes que habían visto pasar su vida. Puede que allí, cerca de la esquina oeste fuera la primera vez que estuvo confundido, el momento en el que fue consciente de que no era lo que se esperaba de él. Tenía quince años, problemas para estudiar, de acoso escolar, y una oportunidad de dar unas clases de aprendizaje de métodos de estudio que la iglesia ofrecía por toda la isla. Una vez cada dos meses aparecía Keith Funam para ayudar a cualquier chico que lo solicitase. ¿Cuántos iban en Okarito? Jules y Connor, nadie más aguantó más allá de la primera sesión y ellos usaban aquello para desconectar de los que los llamaban «maricas» y cosas peores cada vez que tenían la oportunidad de hacer daño. Puede que fuera antes del tercer encuentro con Keith cuando tuvo ese sentimiento con su amigo de pelo blanco. Los dos chicos esperaban tras la misa que diera

comienzo en la escuela parroquial la reunión, no había nadie en la iglesia y aquel viejo parecía que no iba a llegar nunca.

—Estuve practicando los ejercicios de relajación, ¿y tú? —preguntó Jules a su amigo.

—No me sirven mucho, sigo sin poder concentrarme. ¿Cuándo nos van a dejar en paz?

—Cuando te tiñas el pelo —bromeó Jules.

—Mi madre no me deja —lamentó Connor.

—No lo decía en serio, Connor.

—Lo sé, pero me gustaría que todos se fueran y nos dejasen en paz. ¿Podríamos repetir curso?

—No les daré ese placer —respondió Jules con orgullo.

—A mí la señora Webbe me va a suspender cuatro.

—Si yo suspendiese cuatro mi padre me echaría de casa.

—El mío no lo haría, conmigo se enfada, pero se le pasa pronto. ¿Sabes? He leído que masturbarse es bueno para relajarse y olvidarse de todo.

Jules miró a otro lado, intentaba ocultar la vergüenza que le provocaba escuchar eso.

—¿Tú no lo haces? —insistió Connor.

—Connor, no voy a contarte eso. Tampoco tú deberías.

—Eres mi mejor amigo, a mí no me importa que me lo digas. El otro día besé a Verónica Chase y no te importó que te lo contase con todo detalle.

—No es lo mismo, yo nunca he besado a nadie. Me encantaría saber lo que se siente.

—Eso es fácil, ¿no?

Jules no tuvo tiempo para reaccionar, Connor se acercó a su boca y le besó, fue corto, como un destello eléctrico que le hizo erizar toda la piel hasta cargar sus brazos. Jules empujó a su amigo con fuerza, tanta que cayó al suelo desde el banco y se quedó mirándole aterrorizado.

—Maricón, conmigo no hagas eso —le dijo Jules con la rabia de sus ojos marrones.

Connor se levantó y salió corriendo, se fue de la iglesia como si tuviera el diablo dentro.

Keith llegó con retraso, la carretera estaba en obras por los nuevos tramos y no tuvo previsión. Jules estuvo a solas en aquella sesión de técnicas de estudio, tuvo que hacer esfuerzos para disimular y sacar de su cabeza lo ocurrido con su amigo.

Al llegar a su casa llamó a Connor, no sabía si pedirle perdón o ignorar el tema. No pudo hablar con él, su abuela le dijo que estaba en la cárcel y habían ido a buscarle sus padres. Al día siguiente ese fue todo el tema del que hablaron, una aventura que nunca olvidaría,

aquel beso nunca ocurrió, solo sus consecuencias calladas en el tiempo.

Fueron en paz.

Cuando salió de la misa acompañó a su madre hasta su apartamento encima de la clínica. Fueron todo el camino en silencio y Jules lo agradeció, ya que lo que menos necesitaba ese día era que su madre se metiera en sus asuntos y siguiera indagando en sus problemas maritales.

Su madre le pidió que se quedase a comer, pero Jules dijo que no a la oferta. Le encantaba la comida que ella preparaba como a la mayoría de los hijos, sin embargo, quería volver pronto a casa. Necesitaba hablar con Haere y confirmar que todo estaba bien, o al menos igual que en los últimos meses. Estaba decidido a que todo mejorase, poco a poco en pasos sin tregua, pero sentía que había perdido la conexión con Haere. Cuando estaban en Dunedin eran uña y carne, inseparables con su amiga Pam siempre ayudando a que fraguase la relación.

«Ella podrá ayudarnos, debe hablar con Haere y saber lo que puedo mejorar».

Se sentó en un banco de la calle principal, lejos de Cloudesley Road, y comenzó a buscar entre los contactos de su teléfono. No tenía muchos amigos, la mayoría eran contactos de trabajo o antiguos compañeros de estudio.

—¿Perdona? ¡Qué sorpresa! —dijo su amiga al descolgar.

—Hola, Pam, creo que no te hace falta que te diga quién soy.

—Dos años sin saber nada de ti. ¿Cómo estás, Jules?

—Agobiado con el trabajo, pero qué te voy a contar a ti que tampoco has tenido tiempo de llamarme.

—Está bien, lo dejamos en tablas. ¿Cómo sigue Haere? Con ella si intercambié algún mensaje en su último cumpleaños.

—Bueno, pues llamaba para hablar de ella —explicó Jules pasando a un tono serio.

—¿Qué pasó? ¿Se amplía la familia?.

—No, no es eso por muchas ganas que tenga todo el mundo. ¿Y tú estás embarazada?

—Ni siquiera tengo pareja, no llevo casada cinco años como vosotros. Me sigo dedicando a vivir la vida, que a todo esto no puedo hablar mucho porque he quedado con unos amigos que me vienen a buscar para pasar el domingo en Tunnel Beach —relató Pam—. ¿Qué le ocurre a Haere?

—Intentaré resumir. Haere y yo hace semanas que somos como desconocidos, como si solo fuéramos compañeros de piso. Ayer intenté

darle una sorpresa para calentar un poco la relación y se fue. No dijo nada, solo se marchó y hoy la encontré dormida en el sofá sin explicaciones.

—Jules, todas las relaciones tienen etapas. Estoy segura de que si lo hablas con ella pasaréis este bache y entraréis en una mejor fase de mayor confianza. Estas cosas acaban uniendo más a las parejas, pero ni se te ocurra hacer ninguna tontería.

—Tranquila, solo quiero que seamos felices los dos.

—Todo es intentarlo.

—Lo sé. El problema es que no consigo hablar con ella aunque lo intente. ¿Podrías llamarla tú e interceder un poco? —preguntó Jules con un tono de súplica.

—No me gusta meterme en cosas de parejas, pero te prometo que en cuanto tenga un rato hablaré con ella.

—Muchas gracias, de verdad necesito tu ayuda.

—No te prometo nada, solo que la llamaré cuando tenga un rato para saber cómo está.

—Es suficiente para mí. Mil gracias —agradeció Jules un poco aliviado.

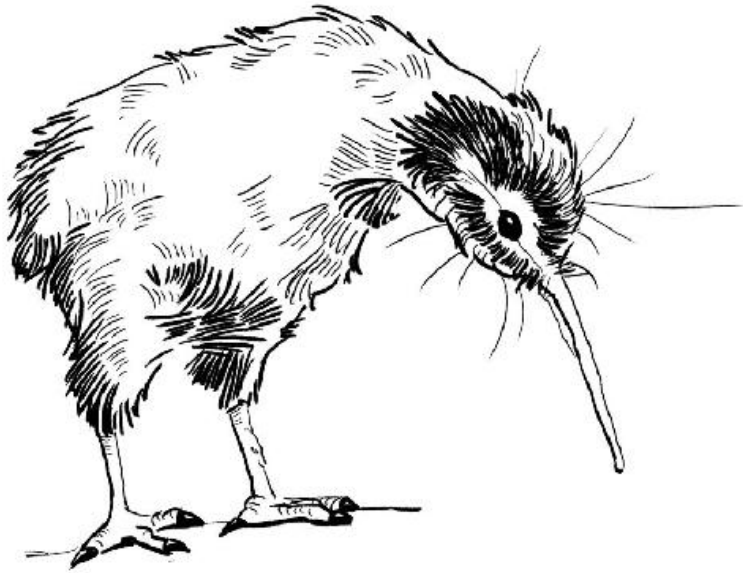
—Un beso, ya han llegado a buscarme. Hablamos pronto y a ver si vienes por Dunedin.

—Pronto, lo prometo.

Pam colgó el teléfono y Jules sintió ganas de llorar por encontrarse tan solo. ¿Qué había hecho con su vida? Pam era amiga de Haere, ella se pondría de parte de la chica que creció como una hermana a su lado. Sintió que no tenía a nadie a quien acudir, dejó a todos sus amigos de la universidad atrás para poder llevar una existencia como el esposo perfecto en Okarito y el único amigo que le quedaba en el pueblo, Connor, estaba a años luz de él.

Aún recordaba lo feliz que estaba el día que se casó con Haere. Estaba preciosa en su vestido blanco de novia, los dos perfectos para la ceremonia donde estaban todas las personas que amaba y que le importaban. Allí estaban todos sus viejos amigos, incluidos Pam y Connor, su padre aún vivía y vio la mirada de orgullo en su cara entre los litros de alcohol que entraron en su cuerpo. En ese momento creía que estaba haciendo lo correcto, incluso cuando sentía una punzada en el estómago por el miedo que le provocaba lanzarse a una fase vital nueva e intransitada hasta ese momento.

Jules dejó la moto en frente de su casa, atravesó el salón y encontró a Haere desayunando en el jardín mirando un papel. Le alegró que estuviera en casa. Se acercó a ella y se sentó su lado interesándose por lo que estaba atrayendo su atención.



—¿Lo has dibujado tú? —preguntó Jules.

Ella se giró para mirarlo, lo observó con expresión seria y mirada triste en sus ojos. No era la Haere que él conocía. Estaba ante otra persona que se había transformado ante sus ojos sin darse cuenta.

—Vaya horas de desayunar, cariño —insistió Jules para sacarle una palabra.

Haere volvió la mirada y apartó su mano dejando a la vista en la mesa, al lado del dibujo, el anillo de casada.

—Acabo de levantarme —dijo ella por fin.

—Tenemos que hablar. Ayer trabajé mucho en prepararte la cena. ¿Por qué te fuiste?

—Tenemos que hablar, Jules. En eso estoy de acuerdo.

—¿Qué te ocurre? Cada día siento que estás más lejos de mí —reprochó Jules.

—¿Alguna vez hemos estado cerca?

Haere lo miraba a los ojos, pero no era una mirada como la que había sentido en otros momentos, era desafiante.

—No me preguntes eso, quiero arreglar lo nuestro —insistió Jules desconcertado.

—Quiero el divorcio.

—No me hagas esto, necesito luchar por nuestra relación.

—No te quiero, no me quieres. Me ha costado saber la verdad

muchos años y ahora lo tengo claro.

—¿Yo no tengo nada que decir sobre mis sentimientos?

—Está bien, di lo que sientes —permitió Haere resignada.

—Te quiero y quiero estar contigo, cariño.

—¿Cariño? —Haere hizo una mueca de burla con su pregunta irónica.

—¿Ahora te molesta que te diga eso?

—La verdad, Jules. Mírame a los ojos y dime que me deseas más que a cualquier cosa. Dime que quieres tumbarme encima de la hierba y follarme hasta que los dos estemos exhaustos.

—¿Quieres eso?

—No, nunca lo he querido y tú tampoco. Estábamos bien juntos, cómodos, pero eso se acabó.

—No te precipites.

Jules acercó su mano a la de Haere, ella la retiró sin darle oportunidad a rozarla.

—Nunca he estado tan segura de algo, ayer me di cuenta de que esta farsa no puede continuar. Lo único precipitado fue casarme contigo, yo nunca quise venir a vivir a este pueblo para vivir una mentira.

—Lo que he vivido contigo es real, los años más felices de mi vida.

—La verdad es que ni tú te crees esa tontería.

—Haere, no me hagas humillarme.

—Mientes. Te mientes. Mírate al espejo y acepta la realidad. No voy a ser más un estorbo para tu felicidad y la mía.

—Creo que no estás segura de lo que dices, podemos superar esto —pronunció Jules con un tono pausado.

—El espectáculo debe continuar, ¿verdad? Yo no quiero seguir siendo parte de él, nunca se me ha dado bien actuar.

Haere se levantó y se fue al garaje sin mirar atrás. Jules se sentía como una sombra para ella, algo invisible que ocupaba espacio de forma virtual, estaba sin estar, ya no importaba.

Unos minutos después Jules se levantó con náuseas, sentía que le faltaba el aire y que las palabras se le aglutinaban en la garganta. Sentía terror, miedo a buscar a Haere y seguir esa conversación por los derroteros que pudiera tomar. Luchó contra los impulsos de ir a buscarla, fue a tomarse una ducha pero solo se lavó la cara, supo que tenía que irse de allí si quería poder encarrilar una conversación con ella en algún momento futuro.

No estaba preparado para decir nada, no quería que el frágil cristal que los separaba manteniendo el respeto se rompiera sin estar seguro de poder asumir lo que escucharía por boca de Haere.

Comenzó a andar por un camino entre la maleza, muy usado por los turistas que hacían senderismo en verano, rodeaba su casa y seguía el arroyo Zalas en ambos sentidos. Necesitaba un amigo, alguien que lo entendiera sin juzgarlo, pero no tenía a nadie. ¿Qué hacer cuando se está solo? Esconderse o buscar algo que le hiciera olvidar el dolor. No quería tropezar otra vez en la misma piedra, Connor no merecía eso y Haere tampoco. Nadie merecía sufrir por él, lo peor era que aquello no tenía visos de una solución sencilla que le permitiese seguir a él como hasta entonces.

La feria estaba al fondo, pasó de largo y dejó el bullicio a su espalda para entrar en el parque que rodeaba el lago Wahapo. Estaba desierto, cualquier otro domingo con ese tiempo estaría salpicado de gente ociosa, pero ese día todos disfrutaban de los puestos de comida que no volverían hasta el año siguiente.

Un chico barbudo estaba sentado en la hierba, no era del pueblo, de eso estaba seguro. Jules le miró, la mirada se mantuvo y el desconocido se levantó sin apartar sus ojos. El tipo se movió hacia unos arbustos cercanos e hizo un movimiento de cabeza antes de sumergirse entre ellos.

Tenía claro lo que pasaba.

Quería que ocurriese.

Jules tembló, dudó un segundo y acalló la conciencia para rendirse a sus deseos más profundos. No tardó en caer en ellos y después dio unos pasos para ver al tipo apoyado en un árbol sin dejar cabida a la duda de sus intenciones. Él también se bajó los pantalones y se acercó deseando besarle.

«Si todos los besos fueran así, podría pasarme la vida haciendo solo esto».

SARAH EAGLE

Una esposa lo supone todo...

«Te amo», le dijo te amo y eso me estuvo matando. No sé el porqué, no sé la razón por la que sigue importando, pero lo hace. Midred lo tuvo, delante de mí, en su lecho de muerte Abraham hizo su elección. Algunos dirían que me debería dar igual, pero yo tengo lo que ella nunca tendrá, soy su viuda y eso no lo puede cambiar nadie. Sé que a ella le duele, estamos en tablas, en un equilibrio como un ecosistema marino del que todos los miembros son parte importante y cualquier cambio lo puede desequilibrar. Fresa o chocolate, mentira o verdad. Ya no merece la pena dar un paso más a un lugar que no conozco y no quiero conocer, no voy a conseguir nada que no tenga al darme por aludida. La indiferencia es mi venganza, Heathcliff mi trofeo.

Una madre lo sabe todo…

«No me pasa nada», nunca le pasaba nada. Me duele Jules más de lo que nadie imagina, saber la verdad, saber la mentira y no poder aceptarla. ¿Y si me equivoco? Puede que me equivoque, que una madre no conozca a su hijo como carne de su carne. ¿Y si Jules se va? Me da miedo que empiece a navegar y explorar otros tipos de mares. Y, ¿por qué no? Llegar a un puerto o una playa donde descubra su paraíso. Mi paraíso es en el que estoy, no puedo renunciar a él, no quiero hacerlo aunque esté sostenido en cimientos que no puedo controlar lo que me gustaría. Yo no liberaré a Jules, pero la puerta está abierta para el rumbo que él quiera tomar. A veces es mejor no preguntar lo que no se quiere saber, lo que no sé es si eso significa indiferencia, porque no lo es. Tengo sentimientos y también importan, aunque nadie se acuerde ya de ellos.

La «Pavlova» es un postre típico neozelandés, hecho de un tipo de merengue cubierto con crema batida y con frutas frescas como fresas y kiwis puestas encima. Se llama Pavlova en honor a la bailarina de ballet rusa Anna Pavlova, quién visitó Nueva Zelanda en 1926.

Aquel lunes era un día especial para Connor, por fin empezaba el plazo para que le dieran una respuesta sobre su traslado a Dunedin, aquello que no se atrevía a contar a Haere y que llevaba dos días quemándole. El viernes al ir a abrir el parte de incidencia de la vieja impresora, vio algo en la intranet, un anuncio al que echó una solicitud sin avisar a su compañera.

Llegó tarde a Sooner para empezar la semana, había tenido un sábado largo con el francés y un domingo familiar agotador. Al final ni siquiera la presencia del Paul le había hecho llegar temprano.

Connor escuchó que Haere estaba hablando con el técnico, se sentó delante del ordenador y llamó a los señores Webbe para tener una respuesta sobre las invitaciones. Por suerte todo estuvo correcto y el policía jubilado casado con la maestra bruja dijo que podían seguir adelante. Solo harían falta un par de horas de trabajo y, con un poco de prisa, podrían tenerlo preparado antes de la hora de comer.

—Connor, ¿sigo yo con el tema de Paul? —preguntó Haere al asomarse a la oficina.

—Sí, creo que os entenderéis mejor.

—Tiene mala pinta —advirtió la chica.

—Ya me supongo que esa antigualla está a punto de morir, yo me pongo con el pedido de los Webbe. Todo aceptado sin pegas.

—Perfecto.

Haere se fue con una gran sonrisa tras conocer la noticia de las invitaciones.

Connor se levantó y fue a la zona de impresoras. Mientras buscaba las planchas doradas de los Webbe, Connor era capaz de oír la conversación de Haere y el técnico. No sabía quién hablaba más fuerte, si el técnico o Haere. También escuchaba ruidos guturales que salían de la máquina, movimientos devorando los papeles y acumulándolos en un baño de tinta. El técnico de la empresa saludó a Connor con una enorme sonrisa. Siempre le había gustado y por desgracia había estado lejos de su alcance. Si fuera gay, él lo sabría porque lo hubiera descubierto por alguna aplicación. Todos caían al final.

—No, no, no, no —se lamentó el técnico.

—¿Qué pasa, Paul? —Haere se sorprendió al verlo tan negativo.

—No vale la pena arreglar esta máquina.

—¿Qué? La necesitamos, de aquí salen la mitad de los trabajos.

—Es demasiado caro, demasiadas piezas —explicó Paul oteando la maquinaria.

—¿Tanto costaría arreglarla?

—Es que no tiene ningún sentido hacerlo a estas alturas.

—¿Por qué? Esto ya ha pasado antes, con cambiar los rodamientos se pondrá en marcha a duras penas, pero funcionando al menos.

—Sooner ya no da permiso para comprar nuevas piezas a estos modelos.

—Es la máquina principal, no podemos funcionar sin ella —insistió Haere.

—Créeme cuando se centralice todo, que será muy pronto, no hará falta y la empresa se habrá ahorrado este gasto.

—¿Se centralice? No entiendo de qué me hablas. —Haere esperaba un explicación de Paul.

Connor se revolvió y puso a funcionar la impresora a color de un golpe en el botón de encendido. A toda prisa interrumpió la conversación de Haere y Paul antes de que continuase avanzando. La chica estaba bastante confundida y a punto de enfadarse con el técnico. A Connor le parecía normal, él también hubiera hecho lo mismo si no tuviera idea de lo de la centralización, con toda seguridad habría ido a su cabeza que Sooner se la estaba jugando con algún tipo de ajuste de plantilla sin avisar.

—Paul, todavía está muy verde lo de la centralización, ¿no? Tenemos que hablar con la empresa de todas las condiciones —dijo Connor cuando se entrometió en la conversación.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Haere nerviosa.

—Luego te lo explico, tranquila. —Connor intentó tranquilizarla.

—Pues mejor que os deis prisa, yo me voy en dos semanas a Dunedin —anunció Paul.

—Hoy mismo nos informaremos.

Connor hizo un gesto a Haere pidiendo paciencia, ella no estaba acostumbrada a no entender la cosas y pedía una explicación.

—Cuando sepáis algo, avisadme, así preparo los partes de cierre y vengo a revisar lo aprovechable —informó el técnico recogiendo sus cosas.

—Te llamaremos —dijo Connor.

—Así lo espero, así traigo una de las pavlovas de mi novia como despedida. Ha sido un placer estar con vosotros mano a mano estos años —admitió Paul.

Haere y Connor sonrieron, podían sentir lo mismo, pero en ese momento les daba bastante igual.

Connor acompañó a Paul hasta la puerta y con algunas preguntas rutinarias acerca de la calidad servicio prestado. Se preguntó qué habría respondido Haere si hubiera sido la que contestase, algo así como un rapapolvo a la empresa por su secretismo sobre el tema.

Cuando regresó junto a las imprentas, vio a Haere sentada con cara de desconcierto y ella lo miró en busca de respuestas.

—Voy a explicarte todo.

—Por favor —suplicó Haere.

—¿Recuerdas que el sábado tenía que hablar de algo contigo?

—Sí, pero no pensaba que fuera tan importante.

—Bueno, a ti no te influirá mucho.

—Eso lo decidiré yo.

—Llegó un correo, avisaba que uno de nosotros se tendría que ir a Dunedin y el otro se quedaría aquí. Yo he echado la solicitud —admitió Connor con tranquilidad.

—¿Cuándo?

—La eché el viernes.

—¿Pero desde cuándo lo sabes? —insistió Haere subiendo el tono.

—Hace dos semanas, pero no sabía que se abriría el plazo el viernes.

—Yo no he visto ese correo.

—Se habrá perdido en la bandeja de entrada.

—¿Y qué decía? —preguntó la chica controlando su enfado.

—Una nueva estrategia, parece que es mucho más económico imprimir lejos y enviar aquí, que hacerlo en la zona de Okarito.

—Entiendo —admitió Haere con ironía.

—El caso es que Sooner ofrece el trabajo a alguno de los trabajadores, el otro se quedará en el pueblo realizando labores logísticas.

—Connor, ¿me la estás jugando? —preguntó la chica por fin.

—Para nada, creo que no hay mucho que discutir. Entiendo que tienes una vida aquí y supongo que no es muy sensato mudarte a Dunedin teniendo en cuenta que aquí está tu hogar y tu marido.

Haere arrugó su frente al escuchar aquello y anduvo al otro lado de la sala de máquinas ante la mirada de Connor.

¿De verdad Connor pensaba eso del hogar y el marido? No era cierto, temía la entrada de una Haere desganada de Okarito en la carrera de Sooner, podría aprovechar esa vía de escape para volver a Dunedin con su amiga Pam y trastocar sus planes.

Haere se mantuvo un rato alejada de su compañero, después se giró y se decidió a hablar despacio.

—¿Y cuándo abre ese plazo para las solicitudes?

—El viernes comenzó, ya está en la intranet.

—¿Sigue abierto?

—Eso te quería comentar.

Connor se sintió mal por ver la cara de decepción de Haere. Ella se dio la vuelta y fue camino a los despachos. Un pitido avisó a Connor de que el encargo de los Webbe estaba preparado.

Connor se puso nervioso, esperaba que a Haere se le pasase pronto el enfado por no habérselo contado antes, pero al mismo

tiempo, deseaba que el discurso de que su vida estaba en Okarito le hubiera calado hondo. Pensó en contarle la verdad desde el inicio, desde el día en que se enteró por aquel mensaje. Sentía que era lo que debía haber hecho, pero también miedo de que la desgana de Haere le hiciera plantearse el cambio. Fue egoísta, en cierta forma esperaba que su amiga no se enterara para no tener que competir con ella por el puesto, aquella era su única oportunidad para salir de ese apestoso pueblo.

Recogió y empaquetó las invitaciones de los Webbe con cuidado. Connor notó a Haere distante, sin reproches ni complicidad, la chica no le dirigió la palabra durante toda el día para nada que no fuese estrictamente necesario. No estaba acostumbrado a verla así, por una vez había pensado en sí mismo y le había salido mal.

Inició sesión en la intranet de Sooner para reportar la visita del técnico y ojear la oferta. Descubrió que ya había dos solicitudes para el anuncio, no había que ser muy listo para saber quién era el nuevo solicitante.

Connor casi entró en cólera, Haere tenía un currículo mejor que el suyo, además había sido reconocida por la empresa como una trabajadora eficiente y responsable con felicitaciones personales. Él siempre había cumplido con su trabajo, pero no al nivel de Haere y a Sooner le constaba.

Llegó la hora de la comida, siempre solían comer juntos en un bar cercano, en la misma oficina o, si hacía buen tiempo, un sándwich en el parque. Aquel día Haere no estaba preparada cuando Connor se estaba poniendo la chaqueta para salir. El chico se acercó sumiso ante lo que se le podía venir encima.

—Vamos, Haere, siento habértelo ocultado. ¿Vamos a comer?

—Tengo que terminar algo, ya nos veremos luego —respondió fría.

—¿Cenamos? —insistió Connor.

—¿No te das por vencido?

—No suelo hacerlo.

—Esta vez deberías —dijo Haere en tono cortante.

—No te pongas así, ya has solicitado el trabajo. No entiendo la razón, pero ahora que sea Sooner quien decida. ¿Te vas a ir lejos de Jules?

—Ya estoy lejos de Jules, he pasado una noche de mierda deseando gritar a los cuatro vientos que todo es una mentira.

—¿Ahora te das cuenta que todos guardamos secretos? —preguntó Connor sorprendido.

—Estoy harta de mentiras, solo eso. El telón ha bajado y no volverá a subir para mí. ¡Que le den a Okarito entero!

—No entiendo, ¿que te ha pasado?

—Voy a divorciarme —sentenció Haere.

—¿Cómo?

—Eso mismo, y no quiero hablar del tema. Nos vemos luego.

Haere se levantó y entró a la zona de impresoras, Connor pudo ver cómo revisaba los pedidos pendientes para evitar volver a hablar con él. Después sonó su teléfono y pudo oír como hablaba con su amiga Pam.

No tenía nada más que hacer allí, ella no lo quería cerca.

Connor salió a comer a la feria, casi había entrado en pánico al escuchar que Haere y Jules se iban a separar. Se comió paseando una especie de emparedado de pato con salsa azul que sabía a gloria, terminando con un helado de chocolate que hubiera hecho las delicias de cualquiera, pero a él le resultó demasiado suave para su exigente paladar al cacao. Quizá fuese por la sensación agridulce que tenía. Daba a Jules por perdido y a Haere como una compañera de trabajo más en la distancia, lo que le importaba era quién acabaría en Dunedin cuando llegase el momento de la verdad. Colocó su ordenador portátil en la mesa del parque y comenzó a revisar la solicitud para el traslado, se sentía impotente, por mucho que intentase adornar cada uno de los apartados no había mucho de lo que tirar y se lamentó por no haber previsto ese momento.

¿Suplicar a Haere? Podía ser una opción, aunque si se iba a divorciar, tenía poco sentido porque estaría decidida a irse de allí.

Cuando Connor regresó a la imprenta descubrió una nota de Haere encima de su teclado.

«Me he ido a entregar pedidos, cúbreme hoy, por favor. Ya recuperaré las horas otro día, me debes una».

Le extrañó aquello, era la típica nota que hubiera dejado él para librarse de un turno el viernes por la tarde, algo poco típico de ella y menos un lunes.

Entre el chocolate de 70% de pureza y las disculpas al colegio por el retraso en las copias del menú, Connor terminó su trabajo de ese día con normalidad y se dirigió al baño para hacer pis antes de salir. Al mirarse en el espejo saltaron todas las alarmas, su boca estaba totalmente rosa y marrón. Se lavó los dientes, aquello no se iba de ninguna forma por más que frotase. Buscó en internet y no encontró nada más que alguna leve mención a una infección por hongos. Sus últimas relaciones sexuales orales habían sido sin protección y temió haberse contagiado. El pánico le bajó desde la boca hasta detenerle el corazón, tenía que buscar una opinión que le tranquilizase o le dijera la verdad.

Sabía a quien acudir, aunque le costase tragar mucho orgullo.

Okarito era un pueblo pequeño y la única clínica odontológica era la de Jules, Connor hubiera preferido no tener que acudir a él, mucho

menos cuando Haere no estaba presente, pero ahora la prioridad era su propia salud, sin opción a esperas o dilaciones. Tendría que guardar su altanería y aceptar la incomodidad que le generaba verlo.

Llegó corriendo y entró en la clínica temblando, no había explicación a su reacción. No sabía si era del miedo por los hongos o por la ansiedad de ver a Jules, en realidad la respuesta sería una mezcla de ambas. Se acercó a la recepción y le dijo a Midred que informase al doctor Eagle que Connor estaba allí.

—Es urgente —insistió cuando ella entró.

Intentó distraerse con algunas revistas en la sala de espera, nunca había entendido porqué siempre eran todas tan viejas en las clínicas, la mayoría de las parejas que salían en portada ya se habían separado y la boda estrella era en esos días un divorcio con juicios por su hijo de cinco años.

Lo llamaron para que pasase a consulta, entró despacio buscando a Jules con la mirada. Cuando al fin estaban frente a frente, Jules sonrió con desgana y un poco desconcertado de verlo allí.

—Buenas tardes, Jules.

—Connor… Hola, ¿te ha enviado Haere?

—No, vengo por mí de urgencia, tengo una coloración poco común en mi boca.

—Esa revisión hace mucho que espera.

Jules arrugó su boca y le indicó que se sentase en el sillón dental para revisarlo, lo exploró unos minutos y dejó los instrumentos en la bandeja.

—¿Y bien? ¿Son hongos? —preguntó Connor ansioso.

—No tienes nada de qué preocuparte, lo que produce el color rosa en tu boca es un revelador de placa, el marrón viene de la mezcla con el chocolate.

—¿Revelador? No sé de lo que me hablas.

—Es extraño que lo tengas si tú mismo no te lo aplicaste, pero no hay nada qué temer, puedes estar tranquilo.

—Me quitas un peso. ¿Cómo se irá?

—Puedo hacerte una limpieza o puedes esperar a lavarte los dientes un par de veces cada dos horas.

—¿Solo eso? —preguntó Connor sorprendido.

—Nada más.

—Estarás ocupado con más pacientes, será mejor que me vaya y no te entretenga —dijo Connor al incorporarse.

—Es mi trabajo, no es molestia.

—De verdad, estoy más tranquilo. Volveré otro día.

Connor se incorporó y Jules le dio la mano con fuerza antes de hablar.

—Connor, ya que estás aquí me gustaría hacerte una pregunta.

Connor lo miró, no dijo nada pero asintió con la cabeza.

—¿Le has contado a Haere algo de lo que pasó?

—Si piensas que tengo algo que ver con el divorcio, estás equivocado —respondió Connor manteniendo su dignidad.

—¿Te lo ha contado?

—Hoy mismo, estaba muy extraña, ¿no?

—¿Extraña? Yo es que casi no hablé con ella —explicó Jules apesadumbrado.

—Enfadada conmigo, un tema de trabajo.

—Y tanto, creo que ella fue la que provocó tu incidente con el revelador de placa. —A Jules parecía haberle hecho gracia la situación.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, ya te habrás dado cuenta de que Haere tiene una fijación con la limpieza dental.

—Sí, es bastante obvio.

—Lo sé… Ella suele cargar esos reveladores en el bolso, de hecho lleva el maletero lleno de material de la consulta. —Jules se detuvo un momento—. De alguna manera debe haber hecho que tomaras una de las tabletas.

—Con el chocolate, no hay otra opción. ¿Pero por qué haría eso?

—Claramente para que vinieras a verme, no sé por qué, pero quizás sea que sospecha algo. ¿De verdad no has contado nada? —insistió Jules.

—Jules, no he contado nada.

—Pues eres el único que puede joderme y ahora estoy muy jodido.

Jules se giró y llevó las manos a su cara para apretar su rostro sin fuerza, solo para saber que seguía ahí.

—¿Seguro? Te encontré haciendo cruising en un cuarto de baño y soy el único... claro. —Connor usó un tono desafiante, no le debía nada a Jules y no pensaba achantarse.

—¿Por quién me tomas? —preguntó Jules.

—¿Tú sabes quién eres? Deberías preguntártelo.

—Lo que soy o dejo de ser es mi problema.

—Un problema grande y enorme, como un elefante delante de tus narices. ¿Vas a ignorarlo siempre? No intentes convencerme que esto es algo nuevo, Jules.

—Connor, que tú seas una puta que se acuesta con todo lo que se mueve no nos hace al resto igual que tú.

Connor se puso en pie ante Jules, respiró hondo y se tocó su pelo blanco intentando relajarse antes de hablar. No sirvió.

—Que tú seas un maricón reprimido no es culpa mía, ni tampoco de Haere.

—Fuera de mi consulta antes de que... —Los ojos de Jules se humedecían de rabia.

—¿Me pegues? No necesito que me apartes más de tu vida. Hasta nunca, Jules.

Connor salió de la clínica furioso, sin ni siquiera preguntar a Midred si la consulta tenía algún coste. Jules parecía bastante afectado, pudo ver cómo lo estaba pasando mal, pero eso no era su problema ni iba a pagar los platos rotos de un matrimonio fracasado, el mismo al que había guardado la más oscura mentira con una discreción exquisita.

No entendía su lugar, se sentía un fantasma entre Haere y Jules. ¿Seguía siendo amigo de Haere? ¿Lo odiaba Jules por lo ocurrido entre ellos? Quizá hubiera algo más allá entre ellos, algo que él no alcanzaba a descifrar.

VERONICA CHASE

Un poco de presión en el gatillo y ya está. Es sencillo relajarse cuando sabes lo que va a ocurrir.

Me gusta predecir el futuro, saberlo todo. Mientras pueda hacerlo estoy tranquila. Algunos dicen que tengo envidia perpetua, que me gusta destruir lo que deseo. Nada más lejos de la verdad, el problema es que no soporto ver a esas mojigatas pavoneándose, tampoco esos tipos amargados que me miran por encima del hombro como si fueran más que yo. Hablan a mis espaldas, lo sé. No me da igual, se arrepentirán si puedo conseguirlo.

Sería envidia si quisiera tener esa actitud de falsedad que derrochan, no está ni siquiera lejos de la verdad que me convierta en eso. Que me mate alguien si me reflejo en algo parecido a ellos, todo lo contrario a lo que anhelo y deseo para mí.

Soy más guapa que ellos, más lista y, por descontado, mejor en todos los aspectos. Eso es lo que no aguantan, son sabandijas entre helechos plateados podridos que desprenden olor.

Me dan asco, no lo puedo evitar. Me duele que me vean así, me siento una infeliz porque, por mucho que lo intento, nada me sale como debería al final. Eso es lo que me pasa, esa es mi verdad. Estas son mis miserias, me odio por eso, es un sentimiento que me gobierna y me hace vivir mal, se impone y me posee.

¿Qué culpa tengo yo de que me cuenten las cosas? Ninguna. Yo solo recojo, comparto y hago justicia a lo que la merece. Ya bastante me han juzgado a mí por cosas que no son mi culpa.

Mi madre decía que tenía un profundo complejo de inferioridad, pero poco importa lo que diga ella ahora. Nunca he hecho mal a nadie… o sí, quizá un poco para poner a cada uno en su sitio. He logrado algunas cosas, pero sabe a nada para mí, siempre hay alguien que intenta hundirme y cuando lo siento me vuelvo loca. Se dedican a refregarme su felicidad. ¿Estoy soltera? A lo mejor es por culpa de un maricón de pelo blanco que se dedicó a humillarme. ¡Con todo lo que hice por él! O porque alguna loba llegó de la ciudad a robarme a quien ya tenía echado el ojo. De la que me libré por esa amargada de metro y medio. Claro, si vienen de fuera, ¿qué hacemos las de Okarito?

Odio fingir ponerme feliz por los logros de otros, me siento sucia,

me vampirizo aún más hasta querer arrancarles la piel. Que se revuelvan entre su propia mierda llena de mentiras, son cerdos y como tales viven.

¿Crees que estoy loca? Bueno, créelo, es tu problema, no el mío, es exactamente la razón por la que no lo cuento. Hasta que no se me dé mi lugar en el mundo no voy a parar, es lo que me merezco, lo que se me debe por justicia.

¿Hay que joder la vida de alguien para que se den cuenta? Como si ellos pensaran en mí alguna vez. Seguro que si tienen oportunidad me despedazarían sin piedad para burlarse en medio de la calle Russell, lo veo en su mirada. Que miren, yo les devuelvo la mirada, sé demasiado y callo poco, a nadie debo ni un soplo en un ojo.

Haré que lloren, como yo lo hago e hice, que se enteren lo que me importan ellos o su puto gato, un golpe de gatillo y poco más.

HAERE Y LA LIBERTAD

Los «Dairy» son pequeñas tiendas o mini supermercados neozelandeses de alimentación con prácticamente todo lo imaginable para primera necesidad.

Meter cinco años en una maleta parecía una odisea para Haere. Un ejercicio de orden que debería haber hecho mucho antes. Siempre supo que acabaría pasando antes o después. Cada vez que colocaba algo en la maleta sentía un enorme alivio, como si cada objeto que encajaba la estuviera liberando de un largo y tedioso letargo vital en el que había estado inmersa desde que pisó Okarito. Sintió que le crecían alas, que lejos de Jules podría ser mejor. Si corriese por la ladera podría lanzarse volando y llegar a Melbourne. Por fin se sentía dueña de sus decisiones, no había nada que pudiera detenerla si se lo proponía. ¿Dunedin? Era una opción, incluso aunque una puñalada hubiera estado a punto de arrebatársela. Pudiera parecer que Sooner le importaba algo, qué gracia, estaba convencida de que esa empresa era lo peor que había pisado nunca.

No quería pasar ni una noche más en aquella casa rodeada de la nada. Estar cerca de Jules le hacía daño, la misma Pamela le había dicho que saliera de allí lo antes posible en su conversación. Era la única que podía contar como amiga, Pam le había demostrado más con su ausencia respetuosa y su aparición que el resto de aquel poblacho junto.

Con Adler fue distinto, le escribía mensajes preguntando cuándo se volverían a ver e incluso se planteaba que podría irse con él al hotel alguna noche. ¿Sería la comidilla del pueblo por estar con el extranjero? Le daba igual, pero la verdad es que no le apetecía tener que depender de nadie y su único amigo cercano, Connor, ya estaba muy lejos de considerarse como tal. La solución era sencilla, estar con Adler en un terreno neutral que a él también le apeteciese. Podía enseñarle todo lo que sabía sobre Waiho con una simple tienda de campaña, luego decidiría el siguiente paso. El camino había aparecido ante ella, nadie la iba a parar.

Agarró su maleta para ir al coche, al abrir el maletero sacó dos cajas de material odontológico de Jules y apartó unos paquetes pequeños de algún depósito dental para hacer espacio a su maleta. Apuntó en su memoria limpiar el coche de cualquier cosa que le oliese a la clínica, que no quedase nada. El plan era ir al supermercado y a la armería, donde podría comprar todos los artículos de camping que necesitase para el comienzo de la aventura. En el asiento trasero algo la detuvo, algo que había olvidado por un pensamiento excluyente, también tenía que entregar el pedido de los Webbe como coartada por la tarde libre.

Aparcó su coche cerca de la calle Victoria, lo suficientemente céntrica para poder hacer todos los recados. Agarró la carpeta de las invitaciones y rezó para ver a Barbra Webbe y no tener que

enfrentarse a Ben. Ninguno de los dos era agradable, pero sabía que ella tenía una corrección que le permitiría acabar rápido y sin dolor con la entrega.

Salió del coche, en el número diecinueve podía ver la puerta verde de los Webbe, Connor solía decir que no la habían pintado desde que ella se convirtió en profesora. Aquella puerta le hacía estremecer, porque Haere podía dar fe que, al menos ese color, llevaba siendo el mismo desde hacía muchos años, como un fantasma que le perseguía en sus pesadillas.

Respiró hondo, tenía planeado en su cabeza cada palabra. Lo más probable es que abriera Barbra, luego le daría las invitaciones, tras ello la invitaría a tomar un café y Haere lamentaría no poder quedarse por la prisa que tenía, ni más ni menos. Agarró el llamador gris de la puerta y la golpeó manteniendo la compostura en su espera.

Unos pasos se oyeron al fondo, solo podían venir de Barbra, el viejo Ben hubiera hecho mucho más ruido. El plan iba según lo previsto.

—Buenas tardes, Haere —dijo la señora al abrir la puerta de par en par.

—Hola, señora Webbe, no quiero quitarle mucho tiempo. Aquí tiene las invitaciones —se apresuró Haere acercándole la carpeta.

—Vaya prisas, pareces el vago de Connor.

—Es que tengo cosas que hacer, voy un poco justa de tiempo.

—Entra un momento, te tomas un café y saludas a Ben, estará encantado.

—De verdad que no puedo. Si me firma la entrega, encontrará toda la información de la cuenta en la que debe hacer el pago dentro —dijo Haere entregando un bolígrafo a la señora.

Barbra ojeó el recibo que debía firmar con cuidado, cuando casi iba a estampar su firma se detuvo.

—Haere, aquí dice que firme si estoy conforme con todo. ¿Cómo sé si lo estoy si no lo he visto? Pasa dentro, por favor. Será solo un momento.

—Ya ha dado el visto bueno a las pruebas de impresión,

—Debo asegurarme que sean iguales.

Haere se encontró acorralada cuando la señora dejó la puerta abierta y sin dejar que dijese nada se fue al interior. Los recuerdos de niña de Haere no la habían engañado, la casa seguía parecida a como la recordaba, quizá más pequeña al tener ella el doble de altura que entonces. Muebles de madera sin mucho lujo y cuadros costumbristas de paisajes ingleses, nada había cambiado.

Barbra dejó el sobre en la mesa de la cocina y se fue a servir un café que se calentaba en un fuego de gas.

—No puedo quedarme, mire las invitaciones y firme el recibo, por

favor —insistió la chica.

—No seas maleducada, Haere —ordenó Barbra como una auténtica profesora.

—Tengo prisa.

—Ya lo has dicho.

—Y parece que no ha servido para nada. —Haere agarró el sobre de la mesa con el recibo encima y se lo ofreció a Barbra.

—Está bien.

Barbra recibió el sobre y se sentó en la mesa, después lo abrió y observó la primera de las invitaciones con cuidado.

—Está según lo convenido. ¡Qué deleite! —dijo la señora agarrando una—. Esta es para Jules y para ti.

—Será mejor que se la dé a Jules, yo no voy a poder ir.

—No sé qué tienes contra la congregación de la iglesia, pero allí todo el mundo te aprecia mucho.

—Nada en absoluto, solo que ha habido un cambio de planes.

—Seguro que puedes sacar un rato —dijo Ben al aparecer en la cocina.

—Jules y yo nos vamos a divorciar, no estamos juntos ni volveremos a estarlo.

—Lo siento, Haere —lamentó Barbra.

—No lo haga, así es la vida. ¿Puede firmar ya?

—Yo firmaré en cuanto hable contigo —escuchó Haere a su espalda.

Desde la puerta, Ben tomó las riendas de la situación, lo que más temía la chica se hizo realidad.

—No tengo tiempo, señor Webbe. Tampoco ganas, esta cocina me trae malos recuerdos.

—Hace muchos años de aquello —añadió Barbra.

—Para mí se revive cada vez que tengo una pesadilla.

—Siento no haber luchado más para que te quedases en Okarito.

—¿Para qué iba a querer quedarme aquí?

—Estuvimos pensando en intentar adoptarte.

—En realidad se lo agradezco —dijo Haere, luego se giró a Barbra —. ¿Firma alguien o me voy?

—De acuerdo —dijo la señora plasmando un trazo con desgana.

—Que pasen un buen aniversario.

Haere se marchó de aquella cocina, ni siquiera cerró la puerta al salir a la calle. Una bocanada de aire entró en sus pulmones y agradeció haber dejado atrás el mal trago de los Webbe.

«¿Adoptarme?», pensó para luego imaginar su vida en aquella calle, pasando la puerta verde cada día hasta ese momento. Nunca hubiera conocido a Pam, nunca hubiera sentido Dunedin como su hogar, tampoco hubiera llorado en la noche porque nadie la

recordaba, porque a nadie le importaba si vivía o moría lejos de la residencia de menores. Al menos ella supo lo que era el amor de unos padres, la mayoría de los que crecieron con ella ni siquiera tuvieron la oportunidad de vivirlo ni una vez. El pasado no se puede cambiar, solo aceptarlo u olvidarlo. Haere no había conseguido ninguna de las dos cosas desde que volvió a ese pueblo.

Como todo en Okarito, solo existía una tienda donde vendían artículos de camping, la armería Chase. Abrió la puerta de madera y sonó un timbre anunciando su entrada, Haere dejó a atrás las vitrinas de armas de caza y comenzó a caminar entre los pasillos observando las tiendas de campaña y sus características por la zona del fondo. La dueña del sitio se le acercó al verla, era Veronica Chase, una mujer con la que nunca había llegado a hacer amistad, pero de la que tenía referencias más que dudosas por Connor y Jules.

Su madre murió en un accidente con una escopeta. Veronica se hizo cargo de la armería, como ya hacía esporádicamente cuando su padre no se encontraba en condiciones de seguir. Haere siempre había pensado que la herencia se le había subido a la cabeza, era alguien que con esfuerzo llegó a graduarse en el instituto y siempre le habían dado todo hecho. Sarah la definió una vez como una niña mimada cuyo mayor entretenimiento era hablar de los demás; si la mejor defensa era un buen ataque, Veronica nunca bajaba la guardia.

—Hola, Haere. ¿Cómo estás? —preguntó Veronica al acercarse silenciosa por su espalda.

—Buenas tardes, Veronica, estoy muy bien. ¿Y tú? —dijo mirando a aquella chica que le sacaba una cabeza de altura.

—¡Fabulosa! Hoy he vendido dos Browning Maxus, son las mejores escopetas.

—Me alegro por ti, no es por armas por lo que vengo.

—¿Una excursión con Jules? —preguntó Veronica mirando el cartel de la zona de camping.

—Estoy en esos tiempos que me gusta hacer cosas a solas.

—Lo suponía. —El timbre de la puerta hizo girar la cabeza a la dueña.

Veronica se volvió a Haere y sonrió. Después se dirigió a atender a unos adolescentes que habían entrado directos a la zona de escopetas de aire comprimido. Haere no soportaba a Veronica, le constaba que dijo de ella bastantes calificativos despectivos cuando se enteró que una maorí iba a casarse con Jules. Tampoco es que esa mujer fuera su problema principal, aunque moriría envenenada si se mordiera la lengua y ni siquiera sabía lo que se supone de ella.

Haere continuó mirando las tiendas de campaña, se decidió por una pequeña para dos personas, de esas de fácil plegado que hay que retorcer para guardar. Luego se fue a por un saco de dormir de dos personas, que le valiera para estar sola o acompañada según la ocasión. Llegó a tener dos sillas plegables en su mano, en la fotografía se veía que uno podía sentir estar como en el paraíso sentado en ellas, pero al final decidió que nada mejor como sentarse en la hierba.

Veronica había acabado con los chavales y esperaba en el mostrador cuando Haere llegó para pagar.

—Buen equipo para dos... supongo —dijo Veronica mirando las etiquetas.

—Ya te dije que es para mí. ¿Por qué supones tanto?

—¿Cómo? —preguntó Veronica haciéndose la sorprendida.

—Que dejes de suponer de mi vida y, de camino, deja de imaginar cosas de los demás.

—Supongo... Veo que no tienes un buen día, te entiendo con lo que llevas encima —insinuó Veronica.

—¿Entender? Lo que sepas o dejes de saber no te hace experta en la vida de la gente. —Haere usó un tono desafiante, se sentía atacada por aquella mujer que evitaba ser clara.

—A veces lo que se calla es más importante de lo que se habla.

—Veo que eres una experta en palabrería barata —acusó Haere cansada—. ¿Me cobras ya?

—Son ciento sesenta dólares.

—Aquí tienes. —Haere lanzó el dinero encima del mostrador—. Y puedes hablar de mí lo que quieras, me importa poco lo que piense cualquiera que pueda creerte.

—Yo no me he creído eso de que Jules se pasea por el lago y desaparece con hombres entre los arbustos.

—Yo tampoco me creí nunca que eras una amargada. La verdad es que todo el mundo lo comenta, Veronica. No pueden estar equivocados.

—Aquí hay pocas equivocaciones cuando tu marido necesita ir a comer pollas a desconocidos —atacó Veronica con su verborrea.

—¿Sabes? Me creo que tu madre se reventó los sesos porque no aguantaba más estar al lado de ti y de tu padre, ahora más que nunca.

—Eres una hija de puta.

—A veces. —Haere se dirigió a la puerta con los paquetes sin decir más.

—Al menos ya no me siento mal por haber meado en el esqueleto de Land Rover de tus padres, era el único sitio con intimidad cuando iba de excursión.

Haere se detuvo un momento al atravesar la puerta, iba a girarse

pero no lo hizo.

—La tumba de los Paniora convertida en un depósito de mierda —insistió Veronica.

En ese momento sí se volvió, pensaba devolvérsela, pero se detuvo al ver la estampa. Veronica Chase sola, al frente de un mostrador viejo con escopetas decadentes, recogiendo todo lo sembrado, que era indiferencia y odio. No volvería a hacerle daño, se pudriría allí entre la basura en la que se había convertido, su envidia era su tumba a los pies de Franz Josef. No podía desearle mayor maldición de la que tenía.

Haere atravesó la puerta de la armería Chase hasta la calle Russell. Una lágrima luchaba por salir de sus ojos. No estaba dispuesta a darle el gusto a Veronica de verla hundida. Se fue de la tienda sintiéndose una basura, no le importaba lo de Jules, de alguna manera su cuerpo había aceptado en aquellos meses que no lo conocía y nada le iba a sorprender. ¿Pero seguía el todoterreno de sus padres perdido tantos años después? Haere nunca se acercaba a la garganta de Jetty, era una zona prohibida para ella por los recuerdos que le traía, nunca pasaba más allá del lugar en el que estaba la casa en la que fue feliz.

Mientras iba cargada con el material de camping hacia la calle Victoria recordó aquellos momentos de la infancia junto a su padre. Cuando era niña solía acompañarlo los días que Edward Green tenía otras cosas que hacer. Haere y su padre pasaban momentos fabulosos en ese lugar, eran días interminables de risas y juegos hasta que todo se precipitó por su culpa. Durante su infancia tuvo educación en casa, su madre hacía de profesora los días que su salud se lo permitía y le daba clases en la cocina, incluso el gobierno le realizaba exámenes cada cierto tiempo con el fin de evaluar cómo iban las enseñanzas en el hogar de su madre. El último examen que le hicieron fue cuando tenía diez años, fue un desastre. A los dos meses llegó una carta a su casa, tendría que ir a un internado si no tenia posibilidades de ir a clase a diario desde donde vivía. Por desgracia no existía la carretera moderna todavía y se tardaba casi tres veces más, sumado a que en invierno se convertía en impracticable la mayoría del tiempo. Con más de dos horas hasta el colegio más cercano de Okarito, no tenían otra opción. Haere no creyó nada hasta que llegó un día en el que encontró su maleta en la puerta. Sus padres no querían problemas con el gobierno e iban a ceder. La niña gritó, lloró y pataleó sin encontrar la manera de que la escucharan. Cuando estaba desesperada, pero sin atisbo de rendirse, escapó por la ventana de su habitación y corrió por aquellos caminos invisibles entre la naturaleza. Haere los podía trazar como un mapa de propio creado por la experiencia.

Todo un día caminando, hasta que el sol se fue y llegó una

intensa lluvia nocturna.

Tenía frío y hambre, así de empapada ya no era capaz de aguantar más el acto de rebeldía y salió al camino principal para volver a su casa. No iba a usar los senderos, quería acurrucarse en el calor del hogar lo antes posible e intentar convencerles de que la dejaran seguir allí.

Un vehículo apareció a toda velocidad por una curva llena de baches en la bajada a la garganta de Jetty, la luz alumbró a la niña y tuvo que dar un volantazo.

Era el Land Rover de sus padres, los dos iban en él cuando se despeñó hacia la oscuridad desde aquel camino lleno de barro y piedras.

Nunca se lo había perdonado.

Dejó los bultos en su coche y se dirigió a la casa de la puerta verde. Volvió a golpear la puerta por segunda vez en el mismo día tras tantos años y Barbra abrió.

—¿Puedo hablar con el señor Benjamin Webbe? —preguntó sin saludar.

—Hola... Haere. Pasa si quieres —dijo la señora.

—No, dígale que venga.

Barbra despareció dejando la puerta abierta frente a Haere y Ben tardó unos segundos en aparecer.

—¿Están todavía los restos del accidente de mis padres en el fondo de la garganta? —preguntó la chica sin saludar.

—Haere... —pronunció Benjamin.

—Yo vi allí a la grúa al lado de la ambulancia que llevaba los cuerpos, lo recuerdo como si fuera hoy.

—Era el único agente aquel día, tuve que hacerme cargo de ti. Aquel tipo de la grúa me llamó y me dijo que no podía llevarse un vehículo accidentado sin la firma de una autoridad.

—Usted volvió, estoy segura que volvió.

—Sí, tardé muchísimo, la carretera estaba intransitable con el barro. El conductor de la grúa había estado inspeccionando el todoterreno y sabía que había perdido todo el líquido de frenos por un orificio. Según la ley, la policía judicial tenía que inspeccionarlo todo antes de la retirada.

—¿Fue provocado? —preguntó Haere sorprendida.

—No he dicho eso.

—¿Qué dijo la policía judicial?

—Era invierno, tardaron una semana en venir y cuando llegamos el vehículo estaba totalmente desmantelado.

—¿Nadie vigiló el lugar?

—Era imposible, aquello estaba alejado y no había personal. Le

coloqué un plástico por encima para la lluvia, pero alguien lo quitó y se llevó piezas, ni siquiera sabría que debían ser investigadas —explicaba Ben con detenimiento—. Solo quedaba la estructura cuando la policía judicial llegó. Llamé a la grúa y cuando apareció el cable para recuperar el vehículo era demasiado corto.

—¿Corto?

—Sí, el gruista tenía que conseguir uno más largo. Esperé su llamada los días siguientes, pero nunca la hizo.

—Y se olvidó del tema, claro.

—El tiempo pasó. Allí no quedaba nada importante, créeme. Yo mismo me ocupé del funeral de tus padres y de la cremación. Le di las cenizas a Edward Green para que las tirase cerca de dónde vivíais.

La chica se giró para irse.

—Lo siento, Haere —añadió Ben mientras ella se iba.

Haere se sintió estúpida por no haber pensado antes dónde estaba el todoterreno del accidente, o lo que quedase de él, siempre había supuesto que acabó declarado como siniestro total en algún desguace y desapareció hecho un cubo de lata.

Se sentó en su coche, agarró el volante y respiró hondo. Quería salir de ese pueblo lo antes posible. Un mensaje sonó en su teléfono, era de Connor.

«Hola, Haere. ¿Me has puesto una mierda rosa para los dientes en el chocolate?».

Aquello le hizo sonreír por primera vez en algunas horas.

«Te he dejado vía libre para que te tires a Jules, no te quejes. Suerte en la vida».

Y después de eso lo bloqueó. Al menos esperaba que su jugada le hubiera reencontrado con Jules. Incluso le pareció genial si hubieran ya follado a esas alturas en una salida como personas que no soportaban la soledad de aquella esquina del mundo.

Haere no sentía rencor por las mentiras, al contrario, se sentía libre para afrontar todo lo que siempre había temido.

Se detuvo un momento en el último dairy del pueblo a comprar algo de comida. Después buscó en su agenda y pulsó llamada.

—Buenas tardes, Adler.

—Qué sorpresa tu llamada.

—He pensado en ayudarte con tu estudio, conozco una zona de kiwis perfecta para que vayamos.

—¿Hoy?

—Espérame preparado en el hotel, nos vemos allí.

Y el coche enfiló la carretera de asfalto que habría cambiado su vida si hubiera existido unas décadas antes.

BIANCA WAGNER

Si la migración de los ñus tuviera rutas en avión, estoy segura de que serían como la mía. Desde Colonia a Dunedin, con escala en Fránfurt, Dubai y Singapur, nada más y nada menos.

Espero poder dormir en el avión, ojalá no me despierte nada más que en la escalas. No soy muy amiga de estos pájaros de hierro, puede que porque me cueste entender cómo se mantienen tanto tiempo en el aire sin caerse. Es cosa de tener fe.

Le prometí que iría a visitarle y casi se me viene el tiempo encima sin cumplirlo. Me suplicó, de verdad, no podía negarme a pasar San Valentín allí. No sé qué esperar de Nueva Zelanda, si al menos estuviera en Auckland sería otra cosa. Por lo que me cuenta, sí, lo imagino, naturaleza. Espero que sea tan impresionante como aparenta.

¿Otra cena? Esto ni se parece al pollo por mucho que digan.

ADLER Y LA OCASIÓN

El arte «Tā moko» es el tatuaje tradicional maorí, antiguamente se usaban cinceles hechos con huesos de albatros, aunque hoy en día se usan los métodos contemporáneos manteniendo su estilo característico.

Cayeron rendidos dentro de la tienda, sudaban como dos animales que se habían dejado llevar por sus instintos durante más tiempo del que muchos creerían. Habían llegado desde el hotel andando por el bosque a una zona que Adler no había visitado en su estudio. Le sorprendió como aquella chica se movía entre la maleza y encontraba siempre los lugares por los que pasar, incluso cuando se hacía de noche. Haere fue la que le informó del lugar en el que se quedarían, un claro cerca de una garganta, más allá de Waiho. Adler colocó una luz roja para observar kiwis mientras ella montaba la tienda. No sabía si había encontrado uno cuando la voz de Haere le llamó y aquella sombra cerca del farol desapareció. Pudo distinguir que estaba desnuda frente a la tienda y despareció en el interior.

Adler apuntó mentalmente que había tenido uno de los mejores polvos de su vida, ya no parecía aquella chica con prisas que se folló dos noches antes. Supo entregarse, disfrutar e ir despacio para que los dos subieran al olimpo de los cielos.

Tomaron el aire viciado encima del suelo frío de la tienda. Haere se incorporó y agarró el saco de dormir como una manta antes de salir fuera. Adler se asomó y vio como observaba las estrellas entre los árboles frente al océano, se acercó y ella le ofreció meterse bajo el saco con sus cuerpos pegados.

—Tu nombre significa «viajera», lo he buscado —le informó Adler.

—Lo sé, pero no quería acordarme.

—¿Por qué te torturas? Este lugar es el cielo.

—Esta zona era una de mis favoritas cuando era niña.

—No me extraña, es precioso.

—Vivíamos en una casa blanca con tejado azul en Waiho, cerca de donde nos conocimos. A veces mi padre debía recoger las muestras de estaciones meteorológicas de todo el parque y pasábamos la noche aquí o allá, dependiendo de lo que nos apeteciera. Los últimos meses mi madre estaba enferma y pasábamos más tiempo en casa, pero eso no impedía que hubiese escapadas.

—Una vida de excursión continua.

—Algo más, todo esto lo sentía como mío. A mis padres les obligaron a dejar el lugar en el que vivían, donde vivían todos los que habían conocido hasta entonces. Encontraron petróleo, ¿sabes? Eso significaba que debían irse por las buenas o por las malas y la única opción era hacer lo que el gobierno quería. Adiós al hogar, los recuerdos, los tatuajes y todo lo que les recordaba a sus orígenes. De repente eran salvajes que debían ser domesticados.

—Eso es horrible.

—Eran otros tiempos, ahora parece impensable, pero hay mucha sangre maorí derramada para conseguir el respeto que se merecían... —Haere se detuvo—. Que nos merecemos, estemos donde estemos. El gobierno pidió perdón por aquello. ¿Pero que importan las palabras vacías a estas alturas?

—Es más que nada.

—Sea como fuere, mi sitio era este, Adler.

—Me parece maravilloso poder compartir este lugar contigo —dijo Adler sin querer romper la magia.

—Este lugar soy yo, aquí nací y mi corazón se murió cuando tenía diez años. Ahora es el altavoz en el que prometo dejar de mentir al mundo, de mentirme a mí misma. —Haere se tocó su dedo desnudo.

—¿No estás divorciada?

—Separada, ese tema ya no me preocupa.

—Menos mal, Edward Green cortó la conversación muy pronto cuando le hablé de ti. Me había imaginado que quizá escondías algo. ¿Tu marido era ese del pelo blanco?

—De él también me estoy separando. —Haere se detuvo un momento bajo la mirada de Adler—. Escondo mucho, cosas que ni siquiera yo misma sé.

—Todos lo hacemos, Haere.

—Lo que haga el resto del mundo me importa poco, necesito ser más egoísta para poder comenzar a dar a los demás lo que se merecen, ni más ni menos. Nunca he sido dueña de mis actos, siento que pasé de mis padres a la residencia de menores y, de repente, Jules se hacía cargo de todo. No quiero delegar más mi destino.

Haere apoyó su cabeza en el hombro de Adler y cayó en un profundo sueño.

Adler no tenia sueño, miró las estrellas y, cuando menos lo esperó, una sombra cerca de la luz roja llamó su atención. Tumbó a Haere con cuidado y se fue a mirar. Era un kiwi de Okarito, el animal que más se le había escurrido desde que llegó. Corrió sin hacer ruido a la tienda y se puso la ropa para no enfriarse y tener la mala suerte de caer enfermo, después fue a por su cámara de vídeo y la colocó lo más cerca que pudo del pájaro.

Allí estaba, por fin, moviendo con su pico las hojas, caminando en círculos y ajeno a la presencia del investigador por su incapacidad de ver la luz roja. Adler movió con cuidado, de no hacer ruido, la luz y el trípode, siguiendo el camino tranquilo del animal. Pasaron más de dos horas de investigación y, al parecer, no había andado lo suficiente como para perder la cobertura en el teléfono porque un mensaje vibró en su bolsillo.

Miró la pantalla de su móvil. Era su novia Bianca, ya estaba en la

escala de Dubai. Un escalofrío estremeció su cuerpo e intentó centrarse en su suerte.

Volvió a la cámara, el kiwi de Okarito se había ido.

Intentó volver a encontrarlo, ya era imposible moverse tanto sin hacer ruido. Se alegró de tener al menos suficiente material sobre ese ejemplar en cuestión.

Volvió caminando al claro mientras amanecía. Haere estaba dentro dormida cuando llegó, se tumbó a su lado a buen resguardo, y lamentó el poco tiempo que le quedaba con ella.

—Adler —escuchó de boca de Haere mientras le acariciaba la cara.

—Buenos días.

—Dirás buenas tardes, son más de las doce de la mañana. ¿Dónde fuiste ayer?

—Ocurrió algo apasionante, grabé un kiwi.

—Me alegro por ti —dijo Haere con una sonrisa enseñando su cámara de fotos—. Hoy quiero que hagamos una ruta por la parte baja de Jetty, quiero ver algo que se quedó allí hace muchos años. En verano se puede andar por una ruta que usan los lugareños y cerca conozco otro buen lugar de avistamiento para que acampemos.

—No puedo quedarme a dormir esta noche.

—¿Por qué? Te prometo que tendrás suerte otra vez, estoy segura.

—A ver, tengo algo que contarte —admitió el chico.

—No me importa lo que sea, me da igual.

—Yo quiero que lo sepas. Tengo novia, llegará esta noche sobre las diez. Una visita por San Valentín, me avisó hace unos días de la sorpresa.

Haere abrió sus ojos sorprendida, después sonrió.

—Gracias por ser sincero.

El silencio se hizo entre ellos.

—Adler. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras.

—¿Puedes acompañarme hoy? Estarás en el hotel antes de que anochezca, te lo prometo.

—¿Dónde quieres ir?

—A la tumba de mis padres, o algo parecido. No quiero estar allí sola, además te puedo mostrar la zona para que vuelvas otro día, es de los pocos lugares en los que verás kiwis de Okarito con toda seguridad.

—Iré contigo. Además, me diste suerte. El de ayer era un kiwi de Okarito.

—Vaya suerte, están casi extinguidos por esta zona.

—Ellos fueron los que me trajeron aquí, ya te dije que la universidad tiene un ejemplar disecado de él.

—No sabía que era un ejemplar de Okarito, debe ser antiguo.

—Llegó en los ochenta, Edward Green se lo vendió a un catedrático que hacía su tesis de zoología en Nueva Zelanda. El profesor Adolf Himmler.

—Vaya nombre... —puntualizó Haere arrugando la cara.

—Demasiado tiene el pobre hombre... no comentes. El tema es que me sorprendió mucho la casualidad de ver a Edward al frente del hotel cuando llegué con su nombre apuntado en un papel.

—Esos pájaros hace siglos que están protegidos, es extraño que dejaran salir uno del país —afirmó Haere.

—Ya verás cuando les escriba diciendo que tengo imágenes de uno y que puede que consiga más.

Haere se abrazó a él y se quedaron un rato así antes de emprender el camino.

No existía mejor guía que esa chica para caminar por allí.

—Cuando vuelvas, solo tienes que seguir este camino hasta que termine, después verás una pequeña colina al sur. Esa zona es la mejor para los kiwis de Okarito —dijo Haere al detenerse cerca del mar bajo una pared.

—¿No seguimos hasta allí?

—Serían un par de horas más de caminata y debemos volver, pero antes tengo que hacer algo sola aquí en Jetty. No tardaré mucho.

—De acuerdo, esperaré aquí —anunció Adler resignado.

Haere desapareció entre la maleza con su cámara de fotos y él se sentó en una mesa de madera del camino para senderistas cansados, casi había sido devorada por la naturaleza salvaje. Eran casi las tres y decidió preparar algo de comer para cuando la chica volviera. Buscó en la mochila de la comida y se lamentó de que aquello tuviera las horas contadas. También sintió alivio. Si Bianca no hubiera roto la armonía quizá se hubiera enamorado de Haere. Cuando Adler se enamoraba no había vuelta atrás y su novia no se merecía que le hicieran daño de esa manera.

Haere apareció pasados treinta minutos, tenía los ojos y el rostro húmedo.

—¿Estás bien?

—Yo tenía diez años cuando ocurrió, siempre me culpé por lo que pasó. Y ahora solo queda un poco de chatarra abandonada —dijo la chica mostrando una foto en su cámara.

—Nadie tiene la culpa de un accidente —intentó consolar Adler.

—Ya ni siquiera sé si fue un accidente, nunca sabré lo que pasó en ese Land Rover para que perdiese el líquido de frenos. No queda nada más que hierro.

—No te tortures, hay que mirar adelante y recordar el pasado, no

lamentarse de él.

—El pasado no se puede ignorar como si nada, Adler. Cada lugar aquí es parte de mí.

Comieron charlando, a Haere le encantaba contar las historias de su padre y a Adler escucharlas.

Cuando terminaron comenzaron a caminar para volver al hotel Glaz. No fue hasta que pasaron por Waiho y se acercaron al hotel que a Adler le comenzó a invadir una extraña sensación de añoranza.

—Bianca se irá en una semana. No tengo derecho a pedirte nada, pero si no lo hago me culparé siempre. ¿Nos volveremos a ver?

—Yo no estaré aquí.

—¿Vas a intentar irte a Dunedin?

—Puede ser, pero no será en Sooner. Quiero un trabajo en el que me sienta bien, nada de imprentas.

—Lo que decidas lo harás bien.

Adler se acercó para besarla una última vez.

—Vas a pasar una semana con tu novia, sé de buena tinta que en este pueblo los ojos están por todas partes y el hotel a un paso. —Lo detuvo Haere.

—A lo mejor nos ven un par de kiwis, están cansados de ser observados, ahora les toca a ellos mirar —dijo mirando sus ojos negros.

—Se sorprenderán con la extraña conducta humana.

—Algún día también me tendré que despedir de ellos.

Se rieron a carcajadas y luego comenzaron a besarse, Adler aprisionó a Haere contra un árbol después de soltar las mochilas. Tras eso se desnudaron la parte inferior el uno al otro, rápidamente, con ansias de fundirse. Adler la levantó por las caderas y antes de introducirse en ella, la observó recostada contra aquel gran árbol, deseosa de estar con él. No comprendía cómo había tenido tanta suerte, entonces la penetró con fuerza y ella se aferró a él mientras clavaba sus uñas en la camiseta. El orgasmo llegó pronto, como también se acercaba el final de la historia.

—¿A qué hora llega tu novia? —preguntó Haere mientras se vestía.

—A ver, tengo que recogerla poco después de las diez en la parada de Okarito, Edward me llevará.

—¿Me permites un consejo?

—No haré esto cuando me despida de los kiwis.

—Adler, si no la quieres, no hagas que pierda el tiempo en una mentira. Solo eso.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Adler terminó también de acicalarse tras aquel arrebato, el que sería el último capítulo de sus mejores días en Nueva Zelanda.

Al llegar al hotel se abrazaron con fuerza y así se quedaron unos minutos entrelazados sin decir nada, respirando profundo hasta que una voz los interrumpió.

—Adler, te estaba esperando para ir a la parada de Okarito.

—¡Edward! Me estaba despidiendo de una amiga, creo que os conocéis.

Haere se separó de Adler y volvió su cara hacia el viejo Green.

—Hola, ha pasado mucho tiempo —dijo ella insegura.

—Haere, qué sorpresa. Sabía que estabas por el pueblo, pero no viniste a visitarme.

—Hoy es el día ideal.

—Me alegro de verte tan bien.

Edward se acercó y la abrazó ante la atenta mirada de Adler.

—Tengo que llevar a Adler a buscar a su novia, ¿vendrás a cenar otro día?

—No me quedan muchos días más en Okarito, me voy pronto.

—Si vuelves de visita, ven a visitarme para recordar viejos tiempos. —Edward se giró a Adler—. Voy a buscar mi coche, tenemos que irnos ya.

Adler y Haere volvieron a quedarse solos, incómodos de ser solo «amigos» fuera de la naturaleza.

—Sé muy feliz —dijo Adler mientras le daba un papel doblado con cuidado.

—Lo voy a intentar por primera vez.

Edward tocó su claxon en la salida de una caseta de madera que hacía de garaje. Adler corrió a montarse mientras Haere caminaba a la zona de aparcamiento. Fue la última vez que Adler la vio.

EDWARD GREEN

Aquí y allá, todo el día controlando cada detalle del hotel.

Este lugar ha sido el sueño de mi vida. La verdad que cuando decidí convertir la casa de guardabosques en un lugar de hospedaje no pensaba que llegaría a tanto. Como mucho esperaba tener algunas habitaciones para alquilar a gente de paso y a funcionarios en misión.

Gracias a esta carretera, gracias a todo lo que se puso ante mí para evitar que me desviara de mi sueño. Hay que luchar por los sueños, como sea y ante quien sea. Hace años pensaba en los demás, dejé de hacerlo cuando se fue mi mujer, ¿qué sentido tenía ya mantener una farsa? A nadie le importaba yo, lo mismo que a mí ellos. Que le den al mundo, yo tengo lo que quiero, voy donde quiero y no pasaré ni un invierno más en este lugar. Han aparecido nuevas prioridades, a veces está bien mirar al pasado.

Ya es hora de jubilarme, de vender esto y sacar un buen dinero. ¿Cuánto me queda hasta la muerte? Demasiado poco como para no disfrutarlo. Ya estoy preparando algo en Bora Bora, mejor clima, más gente con ganas de pasarlo bien y libertad absoluta. Allí podré empezar de cero, estoy de buen ver para encontrar a alguien. Con suerte se muere antes que yo y me quedo con una buena herencia, sería el colmo de la buena suerte.

No me puedo quejar, todo podría haber sido peor para un chico destinado a limpiar mierda de ovejas de sol a sol. No me resigné, no me resigno hoy. Mañana viene un comprador al hotel, tiene que salir todo perfecto y acabar cuanto antes.

HAERE Y EL VÉRTIGO

«Aotearoa», literalmente en maorí «tierra de la gran nube blanca», es la forma de llamar a Nueva Zelanda en el idioma nativo.

La luz se encendió, eran más de las once. Edward se quitó la chaqueta, cerró la puerta trasera de la cocina y se quedó petrificado cuando vio a Haere sentada en la mesa de la cocina.

—¿Haere? Qué haces aquí.

Despacio, Edward dejó la chaqueta sobre una silla, como casi todo era de madera hecho por él mismo.

—Te esperaba.

—¿Cómo has...? —preguntó el hombre, deduciendo la respuesta.

—La puerta estaba abierta, es normal, la verdad es que en Okarito nunca pasa nada —dijo ella mirando al suelo.

—No esperaba verte aquí a esta hora.

—Yo tampoco lo esperaba, la verdad.

—Será mejor que te vayas, Haere.

—No puedo, te resultará divertida esta historia. —Haere levantó su mirada—. Resulta que el otro día me dejé las luces puestas aquí cerca, cuando quedé con Adler.

—Haere, no sé a qué viene esto. —Edward se sentía incómodo y lo hacía palpable con sus movimientos de manos.

—Me quedé sin batería en el coche, no arrancaba. ¡Qué cosas!

—Tengo unas pinzas en la cochera, podemos engancharlo.

—Tu cochera es muy interesante, fui yo misma a verla porque no tenía dónde acudir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre.

—Encontré las pinzas, tienes de todo por allí. Después me apetecía mucho verte, tenerte frente a frente.

Haere se puso en pie y comenzó a caminar por la cocina.

—No te entiendo. Si necesitas quedarte en algún lado, puedes dormir en el hotel, no te cobraré nada.

—Me voy de Okarito esta noche. ¿Dónde dejaste las cenizas?

—En la zona de kiwis cerca de del glaciar Fox. Ellos lo hubieran querido así.

—Qué bonito... ¿Sabes lo que quiero yo?

—Si es por Bianca o tu marido, tranquila, mis labios están sellados y no contaré nada, tampoco he visto nada en realidad.

—Yo sí he visto cosas, en tu cochera. Piezas de un Land Rover viejas escondidas bajo una manta.

Haere se apoyó en la encimera y Edward no aguantó su intensa mirada negra.

—En ese garaje guardo de todo, son muchos años aquí.

—Debo tener cara de tonta, seguro.

—Está bien, Haere. No quería que se pudrieran allí los líquidos y

contaminasen la zona. Esto es un ecosistema delicado.

—Sabías que la policía judicial iba a venir, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

Haere se movió hacia un pasillo, después asomó su cabeza a la oscuridad de la casa de madera.

—He registrado tu despacho. ¿Cómo conseguiste el dinero para el hotel?

—Muchos años de ahorro y de trabajo.

—O vendiendo kiwis de Okarito. ¿Sabes que llamé al catedrático de Colonia? El bueno de Adolf acababa de llegar a la facultad —preguntó volviendo a mirar a Edward.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Te informo que ya no quiere más especímenes, la universidad controla a fondo las nuevas adquisiciones que llegan. Es una pena que se te haya caído el negocio.

—No sé de qué me hablas, Haere.

—La verdad es que lo que he encontrado en tu despacho lo deja bastante claro.

—¿Has registrado mi casa? Eso es un delito.

—¿Aquí te tiras a los tipos que ligas? —dijo Haere señalando la mesa con indiferencia a la pregunta.

—No sé de qué me hablas, pero aunque lo supiera no es de tu incumbencia.

—Tienes razón, de hecho hasta me hizo ilusión en parte cuando me enteré. Luego, al saber que eras un estafador cabrón se me pasó, incluso me molestó que alguna vez hayas sido feliz.

—Mi vida es el hotel ahora, hace años que no me dedico a eso.

—Desde que mataste a mis padres. —Haere no permitió que su mirada se apartase de él.

—Haere, ya basta.

Edward se acercó a la puerta de salida y la abrió de par en par invitando a Haere a irse.

—Sé lo de los frenos, he visto cómo te hiciste rico a espaldas de mi padre y también sé que mi padre te hubiera denunciado. Si hubiera tenido tiempo para hacerlo... claro.

—Estás muy equivocada en lo que dices.

—¿Seguro? Veinte años lamentándome por algo que tú hiciste.

—Será mejor que te vayas —dijo Edward como una orden.

—Pesadillas, remordimientos y dolor por un simple recuerdo de ellos, me negaba a recordarlos para no torturarme. ¿Sabes lo que he pasado? —Haere se detuvo un momento y lo miró desafiante—. Y ahora todo encaja, eras la pieza perdida.

—Estás diciendo locuras, no puedes demostrar nada.

—No sé si podría, pero tampoco importa porque está prescrito,

¿verdad?

—Vive tu vida, déjame vivir la mía. ¿Te vas ya? —insistió Edward.

Haere comenzó a reírse.

—¿Quieres dinero? —preguntó él.

Haere se rio más fuerte.

Edward cerró la puerta trasera de la casa y se adentró en su despacho por el pasillo. Haere visualizó, mientras escuchaba los pasos por la madera, cómo apartaba todos los papeles que ella había tirado y abría la caja fuerte que había encontrado incrustada en el suelo, bajo la mesa del escritorio que él mismo fabricó.

—Esto es lo que tengo, es lo que le hubiera pertenecido a tu padre —dijo el hombre al volver con un fajo de billetes.

—¿Mi padre? No te atrevas a nombrarlo.

—Yo no hubiera podido encontrar esos bichos solo.

—Nunca hubiera hecho eso, lo conocía bien y amaba este lugar como a sí mismo.

—Eras una niña, no sabes lo que un adulto haría por dinero.

—¿Por qué lo mataste?

—Murió en un accidente, Haere.

—¿Por qué murió?

—Pensaba que toda tu familia tenía una maldición por matar kiwis, que tu madre estaba enferma porque habían enfadado al dios Rangi. ¡Estaba loco! —gritó Edward acercando su cara a la chica.

—¿Quería entregarse para redimirse?

—Haere, ha pasado mucho tiempo. Toma el esto y vete. — Edward dejó el dinero en la encimera.

—Por eso quería que fuera al internado, apartarme de su lado y el de mi madre.

—Estaba loco, tu madre tenía un cáncer e iba a morirse de todas formas. ¡Ningún dios iba a salvarla si se descubría todo! —Edward respiró hondo e intentó calmarse.

—Tenía derecho a estar en paz.

—Iba a arrastrarme a la cárcel con él por una maldición estúpida. Olvídate del pasado, aprovecha este dinero para dejar Okarito.

—¿Casa de huéspedes Aotearoa en Bora Bora? Es un nombre bonito para el nuevo proyecto —dijo la chica recordando los documentos que había encontrado un rato antes. Después, Haere dio un manotazo al dinero e hizo que saltase por los aires.

—¡Estás tan loca como tu padre!

Edward se abalanzó sobre Haere y agarró su cuello. La chica no podía respirar, su tráquea se cerraba por momentos ante la fuerza de aquel hombre mucho más corpulento que ella, que no parecía inmutarse ante sus intentos de librarse.

Una de sus manos fue al bolsillo de su chaqueta, apartó el papel que le regaló Adler y apretó entre sus manos el bisturí que guardaba del material de Jules. Lanzó la hoja de metal al cuello de Edward. Clavó firme en la carne e hizo un movimiento que seccionó su yugular. La sangre saltó en la cara de Haere con los impulsos del corazón del hombre.

Un latido, dos. La cara de terror de Edward palidecía por segundos.

Después soltó a la chica, sus músculos fallaban y ella cayó al suelo frente a él. Edward se retorcía en sus últimos momentos por intentar buscar ayuda frente a los quejidos de alivio de ella por sentirse liberada.

Edward pensó con los ojos horrorizados si hubiera cambiado algo decir «lo siento», pero, aunque su vida escapase a chorros sabía que no. Después vio como Haere se incorporaba y recogía del suelo un papel, lo miró un segundo y sonrió con la mirada aguada porque hubiera encontrado lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Todo iba a comenzar para que llegara el sonido del crepitar de las llamas, el kiwi de Adler también ardería con la gasolina que Haere se apresuró a buscar.

PAMELA FRASER

Eran más de las cinco de la mañana cuando sonó la puerta de mi apartamento. ¿Perdona? Algunas dormimos, o lo intentamos para levantarnos a las siete en punto. Tengo que reconocer que casi ni voy a ver quién era. El primer impulso fue dar una vuelta en la cama y volverme a dormir como si no hubiera escuchado nada.

Vivo sola, no es que tenga terror a que me pase nada, pero no suelo abrir la puerta a esas horas por mucho que nunca tuviera unos padres que me advirtieran. No hace falta, es sentido común.

Cuando vi a Haere al otro lado casi me caigo de culo. Vale que habíamos hablado y sabía de su ruptura con Jules, pero no imaginé que fuera a aparecer sin avisar. Ahora se está duchando, no ha dicho casi nada desde que llegó. Me dio un abrazo y preguntó si podía quedarse con un tono de súplica. No entendí bien su actitud, pero no iba a preguntarle por esas marcas en su cuello, ya tendría tiempo de hacerlo.

¿Hacía falta preguntar si podía dormir conmigo? Supongo que era una pregunta retórica, nunca me hubiera negado a ello ni la hubiera dejado estar en el sofá. ¡Ni que hubiera matado a alguien!

A ninguna otra persona le hubiera encontrado más razones para dejar quedarse que a ella; era mi hermana, mi amiga y la única que me demostró que se interesaba por mí. Todos se iban y venían, pero nosotras permanecimos en aquel albergue. Una chica maorí de diez años y la hija enfermiza de una drogadicta encarcelada que nunca volvió a buscarla; basura blanca y una chica indígena perdida en la burocracia. ¿Quién nos iba a querer?

Yo me prometí que nunca sería como mi madre, no vendería mi cuerpo por unos dólares, pero Haere... Ella en el fondo siempre quiso ser como sus padres, añoraba volver a Okarito todos los días, hasta que un día dejó de decirlo en voz alta. Yo podía leer en sus ojos que no lo había olvidado, solo acallado para que el tiempo lo disipase.

Volví a despertar sus recuerdos con la llegada de Jules, no sé si hice mal o bien, solo lo que el corazón me pedía para verla un poco más feliz.

Creo que Haere ha terminado de ducharse, voy a buscarle algo de ropa y un poco de crema para esos

moratones.

El «Ongaonga» es un arbusto perenne urticante. Es una especie endémica de Nueva Zelanda, donde crece en los bosques y llanuras costeras de la isla sur.

Jules llegó un poco tarde ese día al trabajo, no solía hacerlo, pero los últimos días no estaba siendo el mismo. Le costaba dormir, le picaba medio cuerpo y sudaba pese a dormir casi desnudo. Unas palpitaciones en los oídos no le dejaban conciliar el sueño, algo sin explicación porque se había tomado la tensión y las pulsaciones mil veces y todo parecía normal. Hacía una semana que Haere había desaparecido y no conseguía calmar sus nervios. Había avanzado algo: aceptaba que no la amaba y que no era la mujer de su vida. La perfección que irradiaba su existencia se había convertido en un montón de piezas rotas que poblaban una casa que se le caía encima en medio de la nada.

Su madre aún no tenía detalles de lo ocurrido. Aquel domingo, en la fiesta de los Webbe, le había dicho que su esposa se había ido por trabajo a Dunedin y poco más. De todas formas era un secreto a gritos en el pueblo que se iban a divorciar y tampoco ponía piedras en el camino cuando le preguntaban. Se acabó mentir y disimular. Ni confirmar, ni desmentir, su vida era suya y hasta que supiera el camino que iba a emprender era mejor ser discreto.

Echaba de menos a Haere, como amiga, puede que como compañera. No sabía nada de ella, la había estado llamando, pero nunca contestaba. Su teléfono daba tono, pero ella había decidido ignorarlo y eso le dolía en el alma aunque se lo merecía. Tampoco Pam daba señales de vida.

Midred se acercó al escuchar la puerta trasera de la clínica que daba al despacho.

—Buenos días, doctor. Tiene dos pacientes esperando y una urgencia que ya esperaba cuando llegué para abrir.

—Siento el retraso, Midred. Pásame la urgencia al primer sillón y un paciente al otro. Me siento un poco mal, pero vamos a sacar un día más adelante.

Jules frotó su cara cuando Midred se fue del despacho, tenía una de sus fotografías de boda en la mesa. La agarró y la metió en el cajón, después se levantó con la duda de lo que haría si Haere no volvía a dar señales de vida. ¿Serían marido y mujer para siempre? Justicia poética si no podía evitarlo.

Levantó el teléfono fijo y marcó.

—Clínica dental. ¿En qué puedo ayudarle? —escuchó Jules desde el otro lado del auricular.

—Buenos días. ¿Puede ponerse la doctora Fraser? Soy su amigo el doctor Eagle de Okarito.

—Un segundo, doctor.

Si Pam no contestaba a su móvil, Jules sabía bien dónde

encontrarla.

—Buenos días, Jules.

—¿Sabes por qué te llamo? —preguntó al escuchar la voz de Pamela.

—No está conmigo —sentenció la dentista.

—¿Sabes que te delatas así?

—¿Perdona? No me metas en medio.

—No es mi intención que intercedas, solo quiero saber si está bien.

—Lo está, no te puedo decir más.

—¿Le dirás que me llame cuando pueda?

—Se lo diré, pero comprende que, en este caso, ya he tomado partido. Haere es mi familia, recuérdalo.

—Lo sé.

—No seas dramático, Jules. Si te vale de algo, no te odia. Yo te haría vudú por las noches.

Jules rio.

—Cuídala —pidió a su amiga.

—Ella es muy capaz de cuidarse sola, créeme. Adiós, Jules.

De repente aquel pitido intermitente.

Jules colgó y se levantó para ir al primer sillón dental, un paciente esperaba. El tipo de la urgencia no era del pueblo, eso lo tenía claro.

—¿Es usted el doctor Eagle?

—Sí, el mismo a su servicio. Me han dicho que tenía una urgencia.

Jules comenzó a ponerse los guantes y la mascarilla mientras escuchaba la historia.

—En Wellington me estaban haciendo unas fundas, de repente he tenido que venir unos días a Okarito por trabajo con los provisionales. Ayer cenando se me despegaron y no sabía dónde acudir. En el momento que abro la boca más de un centímetro se caen. Como comprenderá, no puedo estar llevando una cuadrilla así —explicó el tipo de ciudad.

—Eso lo arreglamos en un momento, tan bien como en la gran ciudad —dijo Jules observando las fundas de acrílico—. Si le vuelve a pasar, se acerca y lo volvemos a pegar. ¿Cuándo vuelve a Wellington?

—Estamos limpiando la zona del hotel quemado, en un par de días habremos terminado. ¿Me durará dos días?

—Eso espero, al menos lo intentaremos.

Jules limpiaba los provisionales a la vista del alivio del hombre.

—Me has salvado la vida, no hubiera podido acabar el trabajo.

—¿Queda mucho hotel en pie?

—La estructura era de hormigón, revestida de madera. Aquello se convirtió en un horno que carbonizó todo y solo tenemos que desmantelar la estructura por eso de que es parque natural y ya no se permitirá que lo vuelvan a construir. ¿Conocía al fallecido?

—Era paciente de mi padre, pero yo nunca lo atendí. Una desgracia su muerte, aunque por suerte todos los huéspedes pudieron salir.

—¿A quién se le ocurre guardar gasolina en una cocina?

—Esto es Okarito, esas cosas son normales aquí. Nunca piensas que va a ocurrir una desgracia. Túmbese que voy a pegarle el puente provisional —ordenó Jules.

Continuó su rutina laboral con normalidad, tratando de enfocarse en el trabajo y no en sus problemas. Todos seguían hablando del incendio una semana después y él solo pensaba en cómo salir del paso sin Haere.

Mientras terminaba de revisar al último paciente de la mañana, Midred le informó que había recibido una llamada de su madre.

—Pregunta si vas a ir a comer.

Jules respiró hondo y asintió. Cada vez se encontraba peor, le picaba medio cuerpo, de cintura hacia abajo.

Subió las escaleras a su casa familiar, allí ya lo esperaba Sarah con un sándwich sobre la mesa.

—Hola, mamá. ¿Todo bien?

—Una mañana tranquila.

—¿No habíamos quedado en que vendría mañana? —preguntó Jules al sentarse.

—Tengo un problema, no encuentro a Heathcliff desde ayer.

—Ya volverá, estará en celo y se habrá escapado. Ese gato siempre ha sido un poco loco y este pueblo debe ser el paraíso para un animal así.

—Heathcliff no hace eso durante tanto tiempo, nunca lo ha hecho. Es un gato muy casero —explicó Sarah.

—Si no aparece esta noche pondremos carteles por todos lados. ¿Alguna cosa más?

—Solo quería comer con mi hijo.

—Debo volver al trabajo, tengo unos minutos para cumplir tu deseo.

—¿Qué tal está Haere por Dunedin? —preguntó a Jules.

—Muy bien —respondió de manera escueta.

Jules comenzó a comer. Cuando había dado cuatro bocados su madre volvió a hablar.

—¿Volverá pronto?

—¿Quién?

—Haere, ¿quién va a ser?

—No lo sé, mamá. ¿Esto es un interrogatorio?

—Sí. Si quieres voy directa al grano. ¿Por qué todo el pueblo sabe que te estás divorciando menos yo? A mí me dices que tu mujer se ha ido a otra ciudad y nada más.

—La gente habla mucho, también podrían meterse en sus asuntos.

Jules dio otro bocado y dejó el bocadillo.

—No hables así, Jules, está bien que tus vecinos se preocupen por ti. Somos una gran comunidad.

—Claro, están preocupadísimos… En joder la vida a los que no son como ellos.

—No hables así. ¿Te sorprende que Haere haya decidido irse?

—Es mayorcita para tomar sus decisiones.

—Todavía eres su marido, ¿no tienes nada que decir?

—A lo mejor te sorprende… pero no.

—Siempre evades los problemas —dijo Sarah.

—Se me ha quitado el hambre, voy a trabajar.

—Me recuerdas a tu padre, encerrado en el trabajo para que la vida pasase lo antes posible. ¿Sabes algo? Pasa de verdad, rápido.

—Tengo que pensar, decidir cosas… —dudó Jules.

—Yo espero que pronto tomes decisiones. —Sarah se levantó y fue a la cocina—. A mí ya no me importa lo que hagas, lo que quiero es volver a verte sonreír.

—¿De qué hablas?

—Hace mucho que no te veo relajado.

—Estoy agobiado, la clínica…

—Claro, otra vez la clínica —repitió Sarah.

———¿Qué quieres que diga? —Jules dudó un segundo por el tono que usaba—. Mamá, lo siento, es que no me encuentro bien.

—Deberías quitarte el anillo de casado.

—Sigo estándolo —dijo mirando su dedo.

—Te he preparado un lamington por si tienes hambre antes de cenar —añadió Sarah intentando cambiar de tema.

—¿De fresa?

—Es el que tengo hoy.

—Muchas gracias, mamá.

Salió de casa de su madre, seguía estando extraño, dudaba entre si era por no haber tomado el café aquella mañana o ese maldito picor que lo estaba matando. Al menos era un alivio haber salido de casa de su madre, lejos de la sesión inquisitiva a la que lo estaba sometiendo.

Regresó a la consulta, pero, sin que hubieran pasado más de cinco

minutos desde que empezó a arreglar una caries, comenzó a sentir como aumentaba el picor intenso en su entrepierna hasta convertirse en insoportable. Terminó como pudo el arreglo y temió no poder atender a sus pacientes al tener que rascarse cada dos minutos los huevos como si tuviera una alergia. No era solo que no fuera higiénico, tampoco daría una muy buena impresión teniendo en cuenta lo rápido que corrían los rumores por Okarito.

«¿Me la ha jugado Haere como con el revelador de Connor?», pensó mientras iba al baño. Podría haberle puesto algún polvo en la ropa interior, puede que la frotase con ongaonga, todo era posible. Al llegar al baño, cerró rápidamente la puerta para poder rascarse de nuevo, luego bajó sus pantalones del pijama sanitario y echó un vistazo a su entrepierna.

Su incidente no tenía nada qué ver con una alergia u ongaonga, había unos bichitos que le estaban caminando entre el bosque oscuro de pelo que cubría sus genitales. Se sentó en el inodoro y apoyó su cabeza en las manos, de repente tenía ladillas. Era lo que le faltaba, como si no tuviera ya suficientes cosas de que preocuparse.

Estaba seguro de que la gente comenzaría a hablar, se preguntarían por qué no estaba atendiendo ese día en la clínica, ya que en cinco años jamás había faltado ni un día al trabajo y de repente desaparecía cuando todo el mundo sabía de su divorcio.

Se sintió un estúpido, al final todos los sabrían y solo sería un chascarrillo más hasta que apareciera otro, como todo. ¿O es que alguien seguía hablando de la salida del armario de Connor? A él le daba igual; Jules debería aprender a sentir lo mismo.

Fue a su despacho y se vistió, antes de escaparse se asomó.

—Midred.

—Dígame, doctor.

—Me siento mal, anula la agenda, tengo que ir al médico.

—¿Pero qué le ocurre? —se interesó la asistente.

—Cosas mías, será mejor solucionarlas y acabar lo antes posible.

—Debo contarle algo.

—Dime, Midred.

—Ayer encontré al gato muerto, una pedrada o perdigonada, no lo sé. Estaba cerca del lago.

—Deberías contárselo a mi madre, está preocupada por él.

—Díselo tú, será mejor.

—Creo que es hora de que habléis... de verdad.

Midred no respondió, lo miró y se giró. Estaba a punto de ir a la recepción cuando se detuvo.

—Doctor Eagle, sé que está pasando un mal momento con Haere, puede contar conmigo para lo que sea. Es como un hijo para mí, se lo

debo a su padre.

—Muchas gracias, Midred.

—¿Me permite darle un consejo?

—Claro.

—Luche por lo que quiere, no se rinda. Puede que llegue un día que sea tarde y se arrepienta de no haber enfrentado la realidad.

—Lo sé. —Jules miró a Midred cuando se marchó, no estaba seguro si se refería a Haere con su consejo, pero no podía evitar leer un poco más allá.

La tarde estaba cayendo cuando tomó camino por Cloudesley Road hacia Russell. ¿Quién sería el médico que estaría en el ambulatorio? Solo podían ser a esa hora Luke o Carl, amigos de sus padres y potenciales testigos de su estúpida invasión genital.

Estaba seguro de que con un jabón y algún desinfectante todos aquellos visitantes se irían. Llegó a su moto, no estaba seguro de poder llegar conduciendo sin causar ningún accidente, ya le picaba el cuerpo entero y lo peor es que sabía que era más psicológico que real.

Decidió correr, lo más rápido que pudo.

En cinco minutos estaba en el ambulatorio.

Solo con entrar ya había visto a dos personas que le conocían, el vigilante y la recepcionista, gente que iba a estar cerca de su historial clínico con la palabra «ladillas» escrita bien grande. Se encontraba paranoico y el picor de la entrepierna le llegaba hasta la nuca.

—Es una migraña horrorosa. No puedo trabajar así —mintió Jules a la recepcionista de la entrada.

—Lo siento, doctor.

—Seguro que se pasa con una inyección y mañana estaré como nuevo.

—Tengo cita la semana que viene para la revisión —dijo ella mostrando sus dientes.

—Estaré encantado de verte en la clínica.

La recepcionista le indicó que fuera a la sala de espera, cuando entró allí lo primero que vio fue a Connor comiendo una barrita de chocolate mientras echaba un vistazo a su teléfono. Se sentó frente a él y solo le saludó cuando Connor levantó la mirada, había una tensión entre ellos que podía cortarse con un cuchillo. Jules quería preguntarle por Haere, pero había dos personas más en la sala y no le apetecía hablar en un tono que permitiera que cualquiera pudiera oírle.

Sin querer esperar más, Jules se levantó y fue directo a la silla

vacía del lado de su antiguo amigo.

—¿Estás bien? —preguntó Connor.

—Sí, solo es una migraña. ¿Y tú?

—Un mal día.

—¿Sabes algo de Haere? Me ignora desde que se fue a Dunedin.

—¿Está en Dunedin? Primera noticia. Sé que renunció al puesto de Sooner.

—¿Ya no está en la empresa? No tenía ni idea.

—Se esfumó. Yo voy el lunes que viene a incorporarme a la nueva central.

—Qué bien, felicidades —dijo Jules cuidando el volumen de su voz.

—Gracias, ya iba siendo hora de tener un poco de suerte. —Connor tenía una sonrisa sincera al decirlo.

—Con suerte no nos hacen esperar mucho.

A Jules ya no le preocupaba Haere, lo único que le deseaba es que fuera feliz en el camino que tomase, estaba tranquilo porque sabía cuidarse sola, siempre había sido muy autosuficiente. ¿Solo Okarito le hizo bajar la guardia? Las razones por las que aceptó ir con él solo las sabía ella y ahora era su momento para girar su cabeza a otros objetivos, los que fueran apareciendo si conseguía valor. ¿Estaba aliviado con la marcha de Haere? Ella se había atrevido a lo que él nunca se atrevió, a sacarle de una espiral de apariencias. Haere por fin había descubierto lo que quería, no era su amor simulado.

¿Qué era el amor para él? El único que había conocido era el que ella le dio, desde que la conoció en Dunedin mostró un ímpetu que de cierta forma le fue irresistible. Haere tenía algo que le atraía más allá de lo físico, por eso la consideró su mejor amiga y por eso le dolía tanto que ella lo hubiera apartado así de su vida. Lo que podía contar lo dijo con el corazón. Quizás nunca debió pedirle matrimonio, a lo mejor ni debieron ser novios, pero ahora no podía devolver el tiempo pasado juntos y se sentía más solo que nunca.

La entrepierna le picaba demasiado, quería rascarse, pero no al lado de Connor. Sin embargo, se distrajo por un segundo y llevó su mano para rascarse de forma automática. Jules, al darse cuenta de su error la retiró en un amago bastante evidente, Connor lo miró y se rio.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó Jules para disimular.

—Un rato, desde que terminé el trabajo.

—Esta migraña me está matando.

—Relájate, no voy a juzgarte.

—¿Qué insinúas?

—Un champú y tus amigos serán historia —Connor miraba al

frente intentando aguantar la risa.

—Lo sé, eso no me va a quitar el dolor de cabeza.

—Era guapo el francés, con un buen rabo, ¿no? Alain creo que se llamaba, a mí también me ha dejado los premios.

—Baja la voz —susurró Jules.

Connor continuó riéndose sin ocultarse. A Jules no le hacía ninguna gracia el asunto, si alguien llegara a enterarse de que estaba allí por las ladillas podría ser un problema. ¡Y Connor por la misma razón! Vamos, que la mayoría podría deducir que habían estado juntos sin haberlo hecho. Una especie de verdad con efecto retardado.

La recepcionista llegó y se llevó a los otros dos pacientes a una de las consultas dejándoles solos.

Jules comenzó a reírse a la vez de Connor por lo surrealista de esa situación.

—Sí que era guapo —admitió Jules.

—Tú lo eres más. —Jules le miró sorprendido por la afirmación —. ¿Qué pasa? Yo ya estoy fuera del armario.

—No te cebes, Connor, necesito mi tiempo.

—¿Vas a hacerlo?

—No sé qué voy a hacer, lo que sí quiero es no volver a mentir a nadie —admitió Jules.

—Tienes todo mi apoyo, haya pasado lo que haya pasado, sigues siendo mi mejor amigo.

—¿Me lo merezco?

—Probablemente no, pero siempre he sido un blando —bromeó Connor.

—Demasiados años siendo alguien que no soy, a veces se me olvida que todo era un papel y me cuesta aceptar que la realidad está un paso más allá.

—Incluso a mí me costó asumirlo. ¿Cómo echar en cara a otros que sientan lo que nosotros sentimos? —se preguntó Connor.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que a veces molesta que la gente reaccione de forma extraña, dude o le cueste unos días asumir algo que a la mayoría les cuesta años asumir en la soledad de su habitación. Si tuvimos tanta paciencia con nosotros mismos, ¿no merecen los demás un poco?

—Será difícil, pero hay que empezar por un pequeño paso. — Jules se detuvo y tomó aire—. ¿Sabes, Connor? Creo que al final tenían razón, soy maricón.

—Es un comienzo, lo sé desde que tenías quince años, puede que antes. Perdona que no me sorprenda.

—Contártelo a ti es un simulacro —dijo Jules con una sonrisa.

—También debo confesártelo, creo que nunca te lo he dicho: yo también tengo el pelo blanco, como si me hubiera asustado un

fantasma —bromeó Connor.

—Perdóname por no apoyarte cuando debí hacerlo. Fui cobarde y tuve miedo de mí mismo.

Jules comenzó a mirar a Connor a los ojos, hacía años que no lo hacía y echaba de menos esa sensación de sinceridad que había perdido con él.

—No hay nada que perdonar, el pasado no se puede cambiar. Ahora me toca a mí apoyarte a ti.

Jules miró a sus zapatos. La puerta de la consulta se abrió y salió una pareja de consulta.

—Adler, ¿por qué no me dijiste que no podía beber agua del grifo?

—A ver, yo no he tenido ningún problema desde que llegué.

—Pues yo casi muero en un incendio y no puedo parar una diarrea. Vaya viaje de San Valentín —se lamentaba Bianca a su novio.

—Tómalo como una aventura en el país de los kiwis.

—El síndrome kiwi voy a llamarlo, como el de Stendhal malo a lo bestia.

—Pues a mí me encanta Okarito, Bianca.

Connor y Jules intentaron mantener la risa para no incomodar aún más a la pareja, pero una vez que se fueron rompieron en carcajadas.

—¿Sabías que no se puede beber agua del grifo? A mí me parece buenísima —comentó Jules a su amigo.

—Imaginaba que los extranjeros eran sensibles. Una vez estuve con un holandés y hubo fuegos artificiales no deseados.

—¡Qué asco! ¿En medio de la faena? —preguntó a Connor.

—Mejor dejamos los detalles, pero he tenido polvos mucho mejores.

—Parece que no lo has pasado tan mal en Okarito después de todo.

—Es mi hogar, el lugar del que conozco hasta la última esquina y donde puedo moverme con los ojos cerrados. Puede que lo eche de menos, pero no veo el momento para irme a Dunedin —explicó Connor.

—Lo echarás de menos.

—Ya te contaré cuando vuelva.

—Espero que me llames.

—No lo dudes, aunque en mi casa de Dunedin siempre tendrás un sitio para cuando quieras ir… o mejor dicho, en la de Dylan hasta que encuentre una propia.

—Te he echado de menos, Connor.

—Y yo.

—¿Por qué no me detuviste? —preguntó Jules volviendo a un tono serio.

—¿Detenerte?

—De vivir una mentira.

—Es tu derecho, Jules.

Jules se quedó callado y mirando al suelo.

—Mira —comenzó a explicar Connor—, es como todo el tema de los terraplanistas si lo quieres ver así.

—¿Ahora crees que la Tierra es plana? —preguntó Jules sorprendido.

—No, pero creo en su derecho a estar equivocados, es parte de la vida aprender por uno mismo.

—No te entiendo bien, pero supongo que debo esforzarme en cambiar mi perspectiva.

—Te ayudaré, tengo que llevarte a un bar que...

—Despacio...

—Vale —dijo Connor resignado.

—Pero sí, acepto la invitación —aceptó Jules con una sonrisa.

En ese momento salió una enfermera que, por cierto, también era paciente de Jules. Llamó a Connor intentando no subir el tono de su voz.

—¿Te llamo luego y charlamos? —le dijo su amigo al levantarse.

—Está bien, podemos ir al Luck café —respondió Jules.

—Siempre dispuesto a ver al camarero —respondió Connor guiñando un ojo.

Cuando Connor se había ido, Jules se quedó solo en la sala de espera, todos estaban siguiendo su camino, puede que hubiera llegado el momento de hacer lo propio. Si su padre lo viera donde estuviese, sabría que lo intentó, de verdad que lo hizo para haber acabado descubriendo que no hay que depender de otros para ser feliz ni ceder a lo contrario.

Sonó el teléfono en su bolsillo, era su madre. Miró la pantalla y la canceló, no le apetecía hablar con ella, todavía no. Lo que si hizo en ese momento fue dejar su dedo desnudo de promesas vacías.

Por delante de la cara de Haere la gente caminaba mirando sus teléfonos, ni siquiera se paraban un segundo para disfrutar del perfecto día. Así era ella en su antigua vida, la que había dejado enterrada en el pasado antes de dedicarse a vivir su presente.

Por suerte, algunos turistas se acercaban a su puesto de artesanía y observaban las fotografías en resina que hacía en la comuna. Era lo que se le ocurrió para subsistir, la manera de combinar su afición a captar instantes con lo que aprendió haciendo las férulas de descarga con Jules.

Desde que comenzó el proyecto le había ido muy bien, al público le gustaba su invento, todos los días vendía lo suficiente para guardarse una parte y aportar al grupo para los gastos. No necesitaba más, era muchísimo más feliz que cuando tenía un contrato y con lo que ganaba le alcanzaba para vivir.

En Australia el aire le parecía más limpio, más fácil de respirar. Al norte de Okarito el sol brillaba más, los caminos estaban más despejados y nada la ataba a remordimientos o historias que nunca debió vivir. Había aprendido que había algo más allá, no tenía ataduras y pensaba estar unos meses con gente que no la juzgaba, no preguntaba sobre lo andado y disfrutaba de cada día como si fuera el último. No sabía si llamar al lugar en el que recaló como una comuna, puede que una tribu, de gente que se encontró otros iguales con ilusiones y sin cadenas que atasen al sistema establecido. La cabaña que ocupaba a cambio de solidaridad se había convertido en su hogar, lo más parecido a lo que necesitaba para alcanzar la paz.

Mientras pensaba, se acercó a su puesto un chico. Le pareció guapo a primera vista, aunque en realidad todo el mundo le parecía precioso a su manera desde que se sentía en paz consigo misma.

—Buenos días —saludó amable Haere.

—Hola. ¿Estas fotos del cielo fueron tomadas en esta zona? —dijo el chico con un extraño acento.

—Oh no, no son de Australia, las tomé en Nueva Zelanda.

—Me encanta, estuve hace unos meses recorriendo las islas.

—¿Qué isla te gustó más?

—Si me preguntas sobre el cielo, gana la sur por goleada.

—Yo soy de la isla sur. Tengo algunas que tomé en mi pueblo, te encantarán.

Haere se puso de pie con dificultad para ir a buscarla. Una barriga de seis meses de embarazo evitaba que se pudiera mover con libertad en el pequeño espacio. Se la pasó al chico que la mira con curiosidad.

—En Francia tenemos muchas cosas, pero no este cielo. ¿Cuánto cuesta?

—Esa pequeña son diez dólares, hecha con estas manos.

—Me la quedo, un bonito recuerdo. —El francés giró la fotografía —. ¿Haere? —leyó en la firma.

—La marca de fábrica —bromeó Haere.

El chico sacó dos billetes de cinco y se los entregó.

—¿Es niña o niño?

—La verdad es que ya sé que es niña.

—¿Tiene nombre?

—Sí, Ekara.

—No lo había escuchado nunca.

—Es águila en maorí.

—Muy original, espero que tenga tanto talento como su madre —le aduló el chico antes de despedirse con un gesto—. Nos vemos.

—Seguro. Adiós y muchas gracias —correspondió la chica.

Haere volvió a quedarse a solas a la espera de un nuevo cliente. Sonrío y pensó que le hubieran gustado algunos meses más de soledad para pensar en las huellas pasadas. Había caminado por el mundo sin hacer mucho ruido, quizá alguna lágrima de sangre y una nueva vida que crecía a latidos en su interior para acompañarle en silencio. Otra nadie más para el mundo, puede que alguien especial de entre miles de millones si conseguía explotar su libertad.

Solo quedaba esperar para Haere, unos meses para seguir volando en una nueva dirección, esta vez acompañada por Ekara.

Otras obras

Las causas perdidas

En estas páginas conviven veinte historias y fotografías de causas perdidas: amores ciegos, orgullos heridos, otros que se niegan a ver la verdad, venganzas mortales por las calles de Madrid, sexo del que hace daño sin tener que rozar a nadie o cuadraturas perfectas por Barcelona. Pero lo más importante son las personas que reflejan esa maldición tan humana de caer dos veces, o hasta el infinito, en la misma piedra sin sacar ningún aprendizaje. Todos somos una causa perdida de una u otra manera, no te sorprendas si el universo te mira extrañado porque es capaz de ver en ti algo que morirás sin saber. Y recuerda: esto no es un novela, si te lo parece será fruto de tu imaginación.

Los mártires callados

El cuerpo de un hombre joven cae muerto frente a la hornacina de una iglesia de Sevilla, se llama Marcos Cabeza, y a nadie le importa excepto a sus dos millones de seguidores y al periodista Tristán Savoy. Pese a sus años de autocompasión, por la pérdida de su marido Jakob Larsson a manos de una asesina en serie, Tristán encuentra en la muerte del hijo de la famosa escritora Luján Cabeza una vía de escape que le ayuda a sobrevivir entre el ron y la Toska, que se han hecho con su vida y la ciudad respectivamente. Pronto empiezan a llegarle advertencias para que abandone su investigación, pero ya es tarde desde el momento que su único aliado, el inspector Esteban Serena, admite que los crímenes de La Matasantos pueden estar relacionados con la muerte del chico. El camino de Tristán transcurre entre recuerdos que le atormentan, mientras duda si puede fiarse de Ariel y Grecia en el peligroso juego del que nunca ha llegado a salir.